

BIANCA®

El mejor postor

Susanne McCarthy



Seis años atrás, Ginny Hamilton había puesto fin a su compromiso con Oliver Marsden al pensar que tenía una aventura. De modo que, cuando Oliver «compró» a Ginny en una subasta con fines caritativos por mil libras esterlinas, ésta tuvo motivos para sentirse alarmada.

Pero él aún la quería en su cama, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirla. ¡Aunque tuviera que casarse con ella!.

La proposición de matrimonio que le hizo Oliver sin duda representaba una solución a los problemas de Ginny; la muerte de su padre la había dejado sin un centavo. Pero, ¿podía considerar casarse con un hombre que no lo hacía por amor, sino por deseo?



Autor

El mejor postorTítulo

Bianca 1021

ePub r1.0

LDS 23.10.16

Título original: *Bride for sale*
Susanne McCarthy, 1998

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—¿De conde Drácula, Oliver? —los ojos verdese Ginny Hamilton brillaron con expresión traviesa—. Se supone que es una fiesta de disfraces, ¿sabes?, no «Ven Como Eres».

Oliver Marsden apenas sonrió. Con su pelo negro azabache peinado hacia atrás, su frente ancha y autocrática y una capa forrada de seda que caía desde sus hombros, tenía un parecido asombroso con el vampiro. Irradiaba el mismo tipo de carisma letal.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó—. No me digas… ¿Escarlata O'Hara? Y sin duda igual de decidida a armar un escándalo.

—Después de todo, tengo que mantener una reputación —Ginny rió, adoptando un acento sureño al tiempo que realizaba una reverencia burlona, con el terciopelo verde de su amplia falda ondeando a su alrededor.

—No creo que tengas muchas dificultades para eso —desde su imponente altura, sus ojos oscuros se demoraron con sardónico aprecio sobre la blanca madurez de sus pechos, exhibidos con impactante efecto por el pronunciado escote de su vestido—. En especial con ese modelo. Es espectacular.

Ella volvió a reír con tono ronco.

—¿No vas a comentar lo sorprendido que estás de verme esta noche? —le desafió—. Papá murió hace menos de una semana. Y aquí estoy yo divirtiéndome en una fiesta.

—¿Debo estarlo?

—¿Lo esperabas? ¡Cielos! —hizo un mohín— ¡Odio ser tan predecible!

—No debes temer nada en ese sentido —la tranquilizó, con un humor seco en la voz—. Aunque lamento no haber podido asistir al

funeral… me hallaba en Tokio.

—Es una pena. Fue un funeral estupendo. Papá habría estado encantado. Hubo el grado correcto de pompa y circunspección… ¡hasta realizó los honores un obispo! Uno de esos primos lejanos que sólo aparecen en tas bodas y los funerales. Pero me temo que he asustado a todas las viejas brujas… me han dicho que mi comportamiento es bastante deshonroso.

—¿Alguna vez te ha importado lo que pensaran? —enarcó una ceja.

—¡En absoluto! —se encogió de hombros en un gesto de indiferencia. Jamás reconocería, ni siquiera ante sí misma, que esos comentarios susurrados y miradas de censura le habían dolido. La relación con su padre con frecuencia había sido difícil, pero lo había adorado, a pesar de lo antiguo, estrecho y cascarrabias obstinado que era.

Quizá Oliver fuera uno de los pocos que pudiera entenderlo, ya que sus padres habían sido amigos desde la infancia. Pero, por desgracia, Oliver Marsden era la última persona con la que podía compartir sus verdaderos sentimientos. Seis años antes, a instancias de los dos ancianos, al menos era lo que ella había sospechado entonces, el se le había declarado, y ella había aceptado. Como era de suponer, todo terminó en desastre.

Por suerte, no tuvo que verlo mucho en los años siguientes, ya que se trasladó a Nueva York para trabajar en una poderosa firma financiera de Wall Street. Sin embargo, dos meses antes su padre había anunciado que se retiraba como presidente de Marsden Lambert, el pequeño y tradicional banco de inversiones propiedad de la familia, uno de los pocos bancos independientes que quedaban en Londres. Y Oliver había regresado para ocupar su puesto.

Lo que significaba que, inevitablemente, se iban a encontrar con más frecuencia. En las pocas ocasiones en que se vieron, él se había mostrado muy correcto, aunque un poco distante, pero ella nunca fue capaz de suprimir un cierto sentido de aprensión. Seis años atrás, Ginny había roto su compromiso la misma noche en que se anunció de forma oficial, y Oliver Marsden no era un hombre que perdonara con facilidad algo así.

Pero sus ojos alegres no revelaron esos pensamientos atribulados mientras le dirigía una coqueta mirada.

—De todos modos, es probable que tengan razón —comentó con ligereza— ¡Me temo que soy una caprichosa y egoísta irredimible! ¿No te alegra no haberte casado conmigo?

—Si te hubieras casado conmigo, no habrías sido caprichosa.

Ginny sintió que el pulso se le aceleraba; algo en el humor lóbrego de su voz le advirtió que sólo bromeaba a medias. Pero consiguió reír, aunque sonó algo forzado incluso a sus propios oídos.

—Ah, me alegro de no haberme casado contigo entonces… prefiero ser caprichosa…

—Ginny, querida, no esperaba verte aquí esta noche.

Antes de que Oliver pudiera contestarle, una voz suave y bien modulada que resultaba demasiado familiar los interrumpió. Una Reina de la Nieve etérea, alta y de estrecha cintura enfundada en un vestido blanco, con escarcha plateada espolvoreada sobre el pelo rubio peinado elegantemente hacia atrás del rostro de finos huesos, se materializó al lado de él. Con sonrisa segura, le pasó la mano por el brazo.

Era la hermanastra de Oliver, tan hermosa como venenosa.

—Hola, Alina —la sonrisa de Ginny no disminuyó ni un ápice, y su voz no reveló otra cosa que deleite—. Sí, estoy aquí. ¡No soportaba la idea de perderme la fiesta!

—Quedé tan terriblemente afectada al enterarme de lo de tu padre —ronroneó con falsa simpatía—. Debió ser una sorpresa desagradable para ti.

—En realidad, no —respondió Ginny con voz tensa—. Llevaba bastante tiempo enfermo.

—Desde luego. Además, ya era muy mayor, ¿no? ¡El vestido que llevas es absolutamente divino! Creo que eres valiente al lucir un color tan difícil como ese.

—Gracias —supo que el comentario escondía cierta provocación, pero no tenía las fuerzas para responderle en ese momento—. Bueno, me ha encantado hablar contigo —murmuró, pasando de forma automática a la fórmula clásica para una escapatoria educada —. Nos veremos después, ¿verdad? Adiós…

Y con una última sonrisa radiante, se alejó, inmersa otra vez en

su papel social, risueña y coqueteando con todo hombre de dieciocho a ochenta años… Ginny Hamilton, la chica alegre en su elemento. Incluso esa noche, con tantas celebridades del mundo del espectáculo y la crema de la aristocracia presentes, todos los ojos la seguían a ella por el abarrotado salón.

No era que fuera especialmente hermosa, al menos no en el sentido clásico. «Impresionante» era el adjetivo que más a menudo se empleaba para describirla. Alta y de complexión esbelta, con una mata de cabello tan oscuro y lustroso como el ébano, que caía por los hombros en marcado contraste con su piel de marfil, y ojos de un verde otoñal protegidos por largas y sedosas pestañas. Pero la nariz era demasiado afilada, la boca un poco ancha, como si su cara no hubiera sido ensamblada en el mismo taller, tal como ella misma comentaba.

Pocas personas se acercaban lo suficiente para observar la inteligencia que había en esos ojos, la determinación en la postura del mentón, la insinuación de vulnerabilidad detrás de su generosa sonrisa. Lo que veían era exactamente lo que ella quería que vieran, la mariposa social, la pequeña malcriada por papá, frívola y superficial. Era un orgullo sutil el que hacía que se adaptara a los peores rumores que corrían sobre ella, pero hacía tiempo que había aprendido que se trataba de un disfraz muy eficaz.

Algunos de los que la contemplaban moverse por el salón eran vagamente conscientes de que tenía algo que ver con el comité que había organizado la velada; sólo unos pocos sabían que ella era el motor impulsor. Ése era el motivo real por el que había asistido, la razón que la obligó a disfrazarse y poner buena cara… aunque era lo último que le hubiera apetecido hacer.

Pero era su punto fuerte. Poseía un talento casi mágico para convencer a la gente de que metiera la mano en el bolsillo para los muchos y variados acontecimientos de caridad en los que participaba… tenía la tendencia a afirmar que era su único talento, aunque sus muchos amigos habrían discrepado con vigor. Sin importar cuál fuera la ocasión, siempre era capaz de conseguir que las personas disfrutaran… y entonces era más factible que se mostraran generosas.

Ni siquiera tenían por qué ser obras de caridad a las que estaban acostumbrados; por ejemplo, esa noche era a favor de una

organización que dirigía centros de acogida para la gente sin hogar, muchos de ellos alcohólicos y drogadictos, la clase de personas que los ilustres invitados presentes ignoraría con la nariz fruncida de camino a la ópera.

Y sin duda estaba en forma. Incluso las más críticas de las brujas no fueron capaces de permanecer indiferentes a su encanto cuando coincidió con ellas en el problema que representaba encontrar a un buen peluquero que no te cobrara un dineral; además, recordó los nombres de todos sus nietos y a aquellos que habían padecido el sarampión. Sólo sus amigos más próximos habrían adivinado el esfuerzo que le costaba mantener esa fachada resplandeciente.

Era algo que había perfeccionado de niña. Sólo tenía nueve años cuando su madre murió, pero no tardó en descubrir la angustia que provocaba en su padre cuando lloraba. De modo que ocultó las lágrimas detrás de una sonrisa luminosa, y ya era como su segunda naturaleza fingir que todo iba bien, aunque las emociones le desgarraran el corazón.

Y también le sirvió bien seis años atrás, cuando el desdén de Alina y su propio e ingenuo orgullo destruyeron sus sueños y pusieron fin a su compromiso con Oliver

La velada iba a ser un éxito. Hasta doscientas personas bailaban bajo las magníficas arañas que colgaban del elevado techo adornado con frescos, sus reflejos multiplicados por los grandes espejos que alineaban toda una pared. A la gente parecía gustarle disfrazarse, quizá porque le brindaba la oportunidad de dejar su vida cotidiana atrás y desempeñar durante unas horas otro papel.

Ginny miró en alrededor y sintió una oleada de satisfacción. El esfuerzo había valido la pena. Podía tomarse unos momentos de descanso. Con destreza, esquivó a una imponente María Antonieta absorta en descubrir las pistas de la búsqueda del tesoro y se detuvo un instante junto a las pesadas cortinas de damasco que cubrían los altos ventanales franceses en la parte de atrás del salón. Y entonces, cuando estuvo segura de que nadie la miraba, se deslizó entre ellas y desapareció.

En el exterior había un patio pequeño rodeado por las distintas alas del hotel: de día sería un lugar agradable en el que sentarse a beber café o tomar un helado, pero en ese instante se hallaba vacío. Aún podía oír la música y las risas, pero gracias a las cortinas

resultaba un sitio bastante íntimo.

A pesar de estar en mayo, el aire nocturno no era muy frío. Suspiró y se sentó en el borde de una de las mesas, cerró los ojos y con la punta de los dedos se masajeó las sienes; le dolía un poco la cabeza por el esfuerzo de mantener la sonrisa.

Quizá fuera un tipo de orgullo necio el que hacía que estuviera tan decidida a fingir que todo iba a ser exactamente igual que antes de que muriera su padre… aunque el orgullo era lo único que le quedaba ya. Y todos los que hacían correr esos desagradables rumores sobre ella y que tan ansiosos se mostraban por juzgarla no tardarían en averiguarlo. Y sin duda dirían que era su justo castigo.

En realidad, no debería quejarse… era culpa suya ser blanco de tanta atención crítica. La noche en que rompió su compromiso con Oliver había provocado un escándalo, y desde entonces no había hecho nada para redimir su reputación. Pero pocos la creerían si intentara decir la verdad. Además, no quería hacerlo; las mentiras eran un disfraz perfecto para el dolor que anidaba en su interior, dolor que comprendió que jamás había desaparecido.

Quizá fue un poco imprudente por su parte provocar a Oliver con ese comentario insolente, musitó con ironía. Su intención había sido sugerirle que el pasado estaba olvidado, que era historia, con todas las cicatrices curadas… pero el destello en esos ojos oscuros le había advertido que él no lo veía de ese modo.

Desde luego, hacía tiempo que ella lo sospechaba. Incluso con diecinueve años había percibido que bajo esa fachada suave y educada que Oliver presentaba al mundo se escondía una criatura peligrosa, al igual que bajo el perfecto esmoquin que lucía esa noche había un cuerpo musculoso y esbelto, más adecuado para un atleta que para el presidente de uno de los bancos de inversión más antiguos y respetados de Londres.

¿Que pensarían de él en Threadneetlle Street? Y, quizá más interesante aún, ¿qué pensaría él de ellos? Marsden Lambert, aunque los Lambert hacía tiempo que habían desaparecido, a pesar de que aún permanecía su nombre, tenía fama de ser una de las instituciones más pomposas, tradicionales y conservadoras. Ahora que Oliver estaba al mando, no veía que pudiera seguir siendo así durante mucho tiempo. En Nueva York se había ocupado del arbitraje de futuros, algo que, hasta donde ella comprendía, se

parecía bastante a un juego de apuestas. Y había tenido mucho éxito.

¿Y qué significaría para ella su regreso a Londres? Para ser sincera, reflexionó, probablemente lo mejor era que no se hubieran casado seis años atrás… ahora era lo bastante inteligente como para poder reconocer que lo que entonces había tomado por amor lo más posible era que no hubiera sido más que un capricho de adolescente. Y él no habría tardado nada en aburrirse con una prometida ingenua, con la cabeza llena de tontas ideas románticas sacadas de las páginas de las revistas.

Y aunque sin duda también él ya lo habría reconocido, no estaba segura de que aún no fuera a encontrar un modo de castigarla. Mientras su padre vivió, se había sentido a salvo… Oliver jamás habría hecho nada para molestar al mejor amigo de su padre. Pero, ¿muerto éste…? Esos ojos oscuros habían transmitido una advertencia inconfundible. ¿La tregua educada que había existido entre ellos llegaba a su fin…?

—Hola. Pensé que podría encontrarte aquí. ¿Tomándote un descanso?

Ginny miró por encima del hombro y saludó a su mejor amiga Sara con una sonrisa irónica.

—Breve —concedió—. Descubrí que, después de todo, no era capaz de soportar todas esas miradas reprobadoras. Todo el mundo piensa que soy una zorra sin corazón por estar aquí, ¿no?

—Bueno… quizá algunos —admitió Sara—. Los que no te conocen.

—¡Otra mancha en mi reputación! —rió—. Ya debo estar más allá de toda redención.

—No seas tonta —protestó su amiga—. No son más que cotilleos estúpidos.

—¡Ah, pero no hay humo sin fuego! —insistió Ginny.

—Es por tu culpa —bufó Sara—. Tú lo fomentas.

—Desde luego —reconoció con sonrisa perversa—. Es mucho más divertido ser una mujer fatal que una sosa.

Sara rió con ella, aunque no la engañó.

—Sabes que no había necesidad de que vinieras esta noche. Nosotros podríamos habernos ocupado de todo.

Ginny sacudió la cabeza con gesto serio.

—No… no podía dejaros toda la responsabilidad. Además, ¿qué sentido tiene quedarse en casa abatida? Eso no le devolverá la vida —titubeó y esbozó una sonrisa forzada—. En cualquier caso —añadió pensativa—, puede que esta sea la última fiesta elegante a la que asista.

—¿A qué demonios te refieres?

Ginny alzó la vista hacia las frías estrellas; al morir su madre, solía imaginar que ésta se había convertido en una estrella que estaba en el cielo y que siempre la cuidaba. ¿Estaría su padre allí en ese momento? ¿Los dos juntos en alguna parte…?

—¿Recuerdas aquella compañía de seguros que se fue a la quiebra hace unos años con deudas exorbitantes? Bueno, papá era uno de los accionistas.

—Oh… ¡Cielos! —los ojos de su amiga se abrieron mucho.

—Exacto —no pudo ocultar la amargura de su voz—. En realidad es irónico. Él siempre había sido tan conservador con el dinero, jamás habría invertido en algo que no creyera que fuera absolutamente seguro y respetable. Pero al parecer la empresa debe pagar demandas por varios desastres medioambientales… tardarán años en saber a cuánto ascenderá la suma.

—¡Pero eso es terrible! —protestó Sara—. ¿No hay nada que puedas hacer?

—¡Nada! Desearía que me lo hubiera mencionado. Supongo que no habría podido hacer nada, pero no puedo evitar sentirme culpable por todo el dinero que gasté en ropa y caprichos mientras él se afanaba por pagar las deudas. No dejó de darme mi asignación, como si no hubiera sucedido nada.

—Probablemente no quería que te preocuparas.

—Lo sé. Por desgracia, en este momento lo único que puedo hacer es preocuparme. Tendré que vender la casa.

—¡Oh, no! —los ojos azules de Sara se humedecieron—. ¡Es terrible! ¿Dónde se supone que vas a vivir?

—Ya encontraré algún sitio —Ginny se encogió de hombros, negándose a permitir que la dominara la desesperación.

—Podrías… venirle a vivir con nosotros —ofreció Sara con timidez—. Hay suficiente espacio.

—Me temo que ni el Palacio de Buckingham sería suficiente para Peter y yo —sacudió la cabeza y rió—. ¿Cómo demonios terminaste

casándote con mi estirado primo? Siempre consideré que era culpa mía por habértelo presentado.

—En realidad no es estirado —aceptó de buen humor—. Sólo un poco… cauto en ocasiones. Pero, en serio, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo te las arreglarás?

—Supongo que tendré que conseguir un trabajo o algo —musitó consternada—. El problema es que no estoy cualificada para nada. Pobre papá… tenía unas ideas muy anticuadas sobre las mujeres y los estudios. Imagino que yo fui lo bastante perezosa como para aceptarlo.

—No fue pereza —argüyó Sara, indignada en nombre de su amiga—. No querías perturbarlo, en especial con su problema de corazón.

—Bueno… sí —concedió Ginny—. Pero el resultado es que carezco de cualquier tipo de titulación… a menos que cuentes mi diploma de la Ecole de Cuisine. Lo único que sé hacer es organizar este tipo de cosas… —señaló en dirección al atestado salón.

—¡Y eres brillante! —aseveró Sara con entusiasmo—. Quizá pudieras dedicarte a ello. En la actualidad un montón de instituciones de caridad emplean recaudadores de fondos profesionales.

—El único motivo por el que puedo conseguir que esta gente asista es porque me muevo en los círculos adecuados —sacudió la cabeza con sonrisa triste—. ¿Cuánto tiempo crees que podría continuar si fuera pobre?

—Bueno, siempre podrías casarte con un millonario —Sara rió entre dientes—. Ahí dentro hay muchos donde elegir… no creo que tuvieras la más mínima dificultad.

—¡Eso es! —chasqueó los dedos—. Sara, eres brillante.

Su amiga se la quedó mirando con expresión perpleja.

—Sólo bromeaba —protestó.

—Pues yo no —declaró Ginny con firmeza—. Es la solución perfecta. Si me caso con alguien lo bastante rico, no sólo podría quedarme con la casa, sino que nadie más tendría que descubrir que el pobre papá terminó su vida peor que en la bancarrota. Era tan orgulloso, bendito sea… no quería que nadie lo supiera. Lo menos que puedo hacer es mantener su secreto. Y ahora —instó—, ¿a quién conocemos que sirva para el puesto? ¿Qué te parece Jeremy?

Es bastante atractivo… y agradable.

—Oh, no… es demasiado agradable —intervino Sara con risa insegura—. Lo pisotearías.

—Hmmm… quizá tengas razón —reconoció con la cabeza ladeada mientras meditaba—. De acuerdo… ¿y Ralph?

—Siempre huele a caballo —Sara frunció la nariz.

—¿Y qué? Me gustan los caballos. Aunque supongo que podría ser excesivo todo el tiempo. ¿Alastair?

—Siempre has dicho que tenía orejas grandes.

—Bueno, eso no significa que no pueda ser un buen marido —indicó con ecuanimidad—. Pongámoslo primero en la lista.

—Es una pena que te separaras de Oliver —comentó Sara—. Es muy rico… y además atractivo.

—¿Oliver? —logró emitir una risa indiferente—. Oh, no… ¡es demasiado arrogante! No me casaría con él ni aunque estuviera desesperada.

—Pensaba que estabas desesperada.

—Y lo estoy —reconoció—. ¡Y aun así no me casaría con él! Parece que ya están listos para servir la cena —con alivio aprovechó esa excusa para evitar que su amiga ahondara en el tema—. Entremos.

El salón se vaciaba con rapidez a medida que todo el mundo se dirigía al comedor. Ginny había comprobado antes que el jefe de camareros tenía todo bajo control. Las mesas estaban maravillosas, cada una adornada con un centro de fresias delicadas, y la luz de las arañas refulgía sobre las copas y la cubertería sobre los manteles de lino blanco irlandés.

—¡Ah, ahí está nuestra mesa! —declaró Sara, conduciendo a Ginny de la mano.

Mientras la seguía, se maldijo mentalmente. Debería haber comprobado las ubicaciones. Cómo se le pasó que Peter se apuntaría para compartir mesa con Oliver. Por el solo hecho de haber remado juntos en la universidad cualquiera pensaría que eran hermanos de sangre.

Con la facilidad de la práctica prolongada, esbozó una sonrisa.

—¡Buenas noches otra vez! —volvió a saludarlo al acercarse—. ¿Cenarás con nosotros?

—Si no hay objeción —repuso con tono levemente burlón.

—No por mi parte. Ah, gracias —añadió cuando le apartó la silla, adelantándose a Jeremy, quien nominalmente era su pareja de la noche.

Pobre Jeremy, torpe y confundido, bajó la mano que había alargado en dirección a la silla y, con expresión de decepción en su cara atractiva e infantil, se sentó a su lado. Lo recompensó con su sonrisa más cálida, la cual le provocó una mirada de ligera sorpresa. Sí, Sara tenía razón, pensó con ironía, no sería justo persuadirlo de que se casara con ella, aunque probablemente sería el blanco más fácil. Estaba demasiado ansioso por agradar… la volvería loca en una semana.

Otra pareja ocupó las dos sillas restantes de la mesa, también viejos amigos de Peter y Oliver. Lucy, resplandeciente como bailarina de flamenco, se dejó caer rápidamente junto al asiento de Oliver.

—¡Oliver, cariño! ¡Ven a sentarte! —su voz un poco sonora delató el hecho de que ya había bebido demasiado jerez—. ¿Por qué te has mantenido tanto tiempo lejos de Londres, chico malo? ¡Aquí no hay suficientes hombres atractivos!

—Lo siento… si me hubiera percatado de que m¡ ausencia llamaría la atención, habría regresado antes —respondió con una sonrisa de perfecto caballero. Lucy estalló en una carcajada.

—Cuéntame, ¿qué tal Nueva York? A mi me encanta. ¡Es tan estimulante! Y no hay nada como Macy's para ir de compras. Voy todos los años… realizo mis compras de navidad allí. ¿Has ido alguna vez? —le preguntó con sonrisa benigna a Ginny, que estaba sentada frente a ella.

—Una vez —respondió con cierta tirantez, sin dejar que sus ojos se desviaran hacia Oliver.

—Ah, sí —intervino Alina con voz meliflua—. Fue una pena que se tratara de una visita tan breve. En realidad, no se puede disfrutar en unos pocos días de lo que Nueva York te ofrece.

La insinuación fue tan sutil que se podría haber pasado fácilmente por alto. Pero era imposible que Ginny hubiera olvidado que Alina había pasado mucho tiempo en Nueva York.

Por suerte. Nigel, marido de Lucy, cambió inocentemente la conversación con un comentario sobre el estado del índice DowJones, y cuando los hombres se enfrascaron en una discusión

sobre finanzas internacionales, Ginny pudo tomarse unos minutos para recuperar una serenidad razonable.

También pudo estudiar disimuladamente a Oliver. Los últimos seis años apenas parecían haberlo marcado, de hecho, estaba más atractivo ahora. Lo rodeaba un halo de madurez que se reflejaba en los pómulos angulosos y en la línea de esa boca que siempre le había resultado fascinante. Aún recordaba la primera vez que la había besado…

Un leve destello burlón en su expresión le indicó que la había descubierto observándolo. Con perezosa actitud, dejó que viera que la sometía al mismo tipo de escrutinio; bajó la vista por la esbelta curva de su cuello y se demoró casi con insolencia en la firme madurez de sus pechos, que aprobó con una sonrisa.

Ginny sintió una extraña oleada de calor por la espalda. Seis años atrás, aún era una adolescente delgada y larguirucha sin ninguna curva… jamás se podría haber puesto un vestido como el que llevaba esa noche. Ante su mirada, notó que el rubor se extendía por su cuerpo, pero se negó a brindarle la satisfacción de apartar los ojos y, a cambio, le devolvió una sonrisa indiferente.

Jeremy le llenó la copa con vino; asió el tenedor, aliviada de poder centrar su atención en el plato. Aunque la comida era deliciosa, tanto para el paladar como para la vista, su generalmente buen apetito parecía haberla abandonado. Al terminar, se dio cuenta de que había comido casi tan poco como Alina, que siempre lo hacía como un pájaro, obsesionada por mantener su delgada figura.

En contra de su voluntad, miró a la esbelta rubia cuando se inclinó hacia Oliver y le susurró algo que evidentemente era demasiado privado como para que lo oyeran en la mesa…

Maldita sea, otra vez sintió la misma mezcla amarga de furia, resentimiento y celos. ¿No debería haberlo superado ya? Con diecinueve años, insegura de sí misma y de Oliver, había sido una víctima fácil de la inteligente mujer mayor. Pero ella misma ya había crecido y, con suerte, era más sabia… debía ser una rival más a la altura de Alina.

La llegada del café y el oporto era la señal para que comenzara el momento principal de la velada. Casi pudo sentirse la expectación en el comedor cuando todo el mundo buscó sus

programas.

—¡Querida, es una idea absolutamente extraordinaria! —una envejecida señorita Muffett con una araña espantosamente peluda en un palo, se detuvo junto a su mesa de camino hacia el tocador—. Estoy tan entusiasmada… ¡no sé por qué lote pujar!

—Entonces puje por todos, lady Lulworth —sugirió Ginny con una sonrisa—. Cuanta más gente lo haga, más subirán los precios.

—Oh, si, ¡desde luego! Oh, lo haré. Después de todo, es por una buena causa, ¿no?

—No tiene ni idea de para qué es —Ginny rió feliz al volverse a sus compañeros de mesa.

Los demás rieron, pero Peter fruncía el ceño.

—De verdad no estoy seguro de que esto sea de muy buen gusto, ¿sabes? —murmuró inclinándose hacia ella—. En especial si tú representas uno de los premios.

—¡No seas antiguo! —replicó—. Es sólo un poco de diversión.

—Pues no me interesa mucho, eso es todo —gruñó.

—Shhh —reprendió Sara—. Va a comenzar la subasta.

Era el triunfo secreto de Ginny; le había costado mucho esfuerzo y despliegue de encanto, pero había conseguido convencer aproximadamente a una docena de sus amigos y conocidos para que no sólo ofrecieran su dinero, sino también su tiempo. Cada uno iba a ser «Esclavo por un Día», poniendo sus habilidades o recursos a disposición del mayor postor.

La primera «Esclava» era otra de sus amigas más antiguas, famosa por sus arreglos florales; su oferta de llenar el hogar del ganador con flores resultó muy popular. La puja fue vigorosa, y Ginny permaneció sentada con los dedos cruzados; cada penique que se recaudara iría a la institución benéfica.

Fue un verdadero golpe de suerte haber podido reclutar los servicios de Cornell Elliot, el popular comediante, para ser el subastador. Tuvo al público muerto de risa con una serie de rápidas y breves imitaciones, una actuación en apariencia improvisada que Ginny sabía que había ensayado con tanto esmero como si le pagaran. Los tres lotes siguientes fueron tan bien como el primero; Cornell regateó con los asistentes y fomentó una alegre competencia, haciendo que subieran las pujas de forma satisfactoria.

—Y ahora… oooh, no, éste va a ser muy popular… en especial con las señoras. ¿Dónde está mi esposa? Éste no puedes quedártelo, querida. Oliver Marsden… ¿dónde estás, Oliver? ¡Ah…!

Igual que los otros «esclavos», Oliver se puso de pie unos momentos y agradeció el aplauso con una ligera inclinación de cabeza.

—¿A ver qué os parece? ¡Oliver se ofrece a llevar a aquella que puje más alto a París en su avión privado para cenar a la luz de las velas junto al Sena! Adelante, señoras —añadió con maldad—. Se trata de una oferta que no podrán rechazar. ¿Quién abrirá la puja? Ah, muchas gracias.

Las pujas se incrementaron a medida que Cornell alimentaba el entusiasmo. Oliver permanecía sentado con una sonrisa en los labios, recorriendo la sala con los ojos para observar quién pujaba. A su lado, Alina sonreía con expresión satisfecha, como si el premio que se ofrecía tuviera que ver con ella.

Lady Lulworth pujaba excitada, moviendo su araña en el aire para atraer la atención de Comell y lanzando aullidos de decepción cada vez que superaban su precio.

—¿Va a subir, lady Lulworth? —preguntó Cornell.

—¡Oh…! ¡Oh, cielos… yo…!

—A la una… —levantó el martillo.

—Ah! ¡Sí… cincuenta libras más!

—¿Lamentas haberte ofrecido, Oliver? —se burló Ginny en voz baja.

—En absoluto —respondió con tono levemente divertido.

—Te impondrá a su hija —advirtió Jeremy—. ¡Lleva años desesperada por casarla!

—¿Alguna otra oferta? —preguntó Cornell—. A la una… A las dos… —hizo una pausa para buscar un efecto dramático, mientras lady Lulwonh daba botes en su asiento—. Vendido a la señora con la araña.

—¡Oh, maravilloso! —se incorporó y se acercó a Cornell, a quien rodeó con los brazos y besó en la mejilla; luego, se volvió hacia Oliver—. ¡Estoy tan ansiosa! —farfulló, juntando las manos—. Casi no puedo esperar.

—Espero que disfrutes —respondió de buen humor.

—Estoy segura de ello. ¡Estoy absolutamente segura!

—Eso suena ominoso —advirtió Jeremy cuando la buena dama al fin regresó a su mesa—. ¡Ten cuidado con la hija! ¡Es terrible! Estuvo a punto de clavarle las garras a Edward Chatsby el año pasado… consiguió que se pusiera a buscar anillos de compromiso. Logró escapar justo a tiempo. Aunque no creo que tú necesites una advertencia, ¿en? Ya debes de ser bastante hábil para huir de la trampa de la vicaría… Oh… —calló de golpe, sonrojándose al comprender que había cometido un desliz embarazoso—. Oh, cielos… Lo siento… Olvidé… Quiero decir, vosotros dos…

Ginny sintió como un puño en el pecho, pero de algún modo logró emitir una risa alegre.

—Oh, no te preocupes por eso, Jerry. Fue hace mucho tiempo. Ahora… ambos podemos mirar hacia atrás y reír… ¿verdad, Oliver?

Él devolvió la sonrisa, educada y sosegada… ¿fue un exceso de imaginación lo que hizo que captara un destello de amenaza en sus ojos?

—Desde luego —respondió, llevándose la copa de vino a los labios. Sería una necedad que alguno de los dos albergara… antagonismo.

Ginny sintió la boca seca y alzó su copa. De pronto, le pareció que hacía mucho calor en la sala. Se abanicó con el programa, pero no fue de gran ayuda.

Con el público entregado ya por completo a la idea de la subasta, las pujas continuaron a buen ritmo. Ginny sumó mentalmente las cifras y su satisfacción creció cuando sobrepasó sus cálculos más optimistas. Sí que había valido la pena.

—Y así, damas y caballeros —anunció Cornell—, llegamos a nuestro último lote de la noche… y no me cabe duda de que será el más popular de todos, ¡Nuestra Ginny! Vamos, corazón… saluda.

Riendo, se puso en pie y ensayó una grácil reverencia en respuesta a los aplausos.

—Ginny ofrece su talento único para organizar fiestas a la persona que puje más alto. ¿Quién va a abrir la subasta?

La puja tuvo una viveza inusitada, ayudada por Ginny, que con las manos hacía gestos para que subiera. No tardó en superar los otros precios; la mayor oferta fue de una agradable pareja a la que hacía años que conocía; su hija iba a casarse pronto y sospechó que ése era el motivo por el que se mostraban tan ansiosos por obtener

sus servicios.

—¡Han ofrecido seiscientas libras! —animó Comell—. ¿Alguien ofrece más? —alzó el martillo—. A la una…

De pronto, una voz lacónica habló desde su propia mesa,

—Mil libras.

Una oleada de sorpresa recorrió la sala, en parte debido a la cantidad ofrecida, pero también por la persona que la realizaba. Oliver. Ginny sintió la traición del rubor en las mejillas al mirar esos ojos oscuros. ¿Por qué lo hacía?

Miró a Douglas y a Marjorie con expresión de súplica. Pero, a regañadientes, Douglas sacudió la cabeza.

—Lo siento… no podemos subir —indicó.

Todas las miradas se posaron en Oliver cuando Cornell alzó el martillo.

—¿Alguien da más de mil libras? —preguntó—. A la una… A las dos… —el ruido seco del martillo pareció caer sobre el corazón de Ginny—. Vendida a Oliver Marsden.

Capítulo 2

ERA TARDE. La subasta, que recaudó una gran suma, había terminado; algunas personas se habían marchado, pero otras parecían decididas a bailar hasta el amanecer. Al fin, Ginny sintió que podía empezar a relajarse. Volvió a salir discretamente por el ventanal hasta el patio abrigado, respiró hondo y se dio unos leves masajes en las sienes.

¡Maldito Oliver Marsden! ¿Por qué demonios había pujado por ella de forma tan descarada? Debió imaginar que despertaría el interés en los asistentes. recordándoles su aciago compromiso de seis años atrás. ¡Seis años! A veces, parecía como si hubiera sido el día anterior… y otras una vida entera.

Los recuerdos que durante tanto tiempo mantuvo encerrados daban vueltas en su interior, retrotrayéndola al pasado, a un día soleado de mayo a punto de cumplir los dieciocho años. Para ella, aquel había sido el comienzo, aunque en su momento no fue consciente de ello.

Como un favor a su padre, Oliver había ido a recogerla al colegio para las vacaciones. La sala común daba al camino que conducía hasta la entrada del colegio, y en cuanto su coche atravesó la cancela, una oleada de curiosidad recorrió la estancia…

—¡En! ¡Mirad las ruedas!

—¡Es un clásico!

Una docena de adolescentes atestó los asientos de la ventana, afanándose por captar un atisbo del recién llegado. El coche era magnífico, un aerodinámico Aston Martin que rugía como un león enjaulado y cuya pintura verde brillaba bajo el sol. Al detenerse, una figura alta y de cabello oscuro salió del vehículo y la excitación alcanzó una cota más elevada. —Olvidaos de las ruedas… ¡miradlo

a él ¡Mmmm! ¡Es guapísimo! —¿Quién es? ¿A quién ha venido a buscar? Ginny miró por la ventana, levemente perpleja. Conocía a Oliver Marsden de toda la vida, pero hasta ese momento había dejado poco impacto en su conciencia. Después de todo, era casi diez años mayor, y mientras ella crecía él había estado ausente, primero en la universidad y luego en Nueva York, trabajando para algún banco aburrido.

¿Era tan atractivo? Nunca había pensado en ello… aunque sus amigas parecían no dudarlo. Aquello hizo que se sintiera orgullosa de estar relacionada con él. Se apartó de la ventana con un aire de indiferencia casual.

—Oh, sólo es Oliver-anunció—. Es… como mi hermano.

—¿Qué quieres decir con eso de «como mi hermano»? —protestó Laurel Kennedy, desconcertada—. Tú no tienes hermano.

—Bueno, su padre es mi padrino, y mi padre es su padrino —explicó Ginny con una cierta lógica confusa—. Supongo que es bastante atractivo. En cualquier caso, debo irme —añadió pasándose la mochila al hombro—. Odia que lo hagan esperar.

En mitad de las escaleras, se detuvo y, después de mirar para cerciorarse de que no la veía nadie, hurgó en la mochila hasta que encontró un cepillo que se pasó por su largo cabello, al tiempo que maldecía la regla del colegio que prohibía el maquillaje. Luego, le dio una vuelta a la cintura de la falda para acortar el bajo y con aire lánguido salió. Oliver estaba ejerciendo su considerable encanto sobre la formidable señorita Danvers, la subdirectora.

—Ah, Virginia, ahí estás —los ademanes de la señorita Danvers eran casi juveniles—. Bien, querida, que tengas unas vacaciones estupendas. Conduzca con cuidado.

—Lo haré —garantizó Oliver con una sonrisa—. Sube, Gin.

Ginny le regaló lo que esperaba que fuera una sonrisa tentadora y enigmática, rodeando el coche con grácil dignidad hasta la puerta del pasajero, que él había abierto al sentarse detrás del volante. Oliver le lanzó una mirada divertida cuando arrancó el motor.

—¿Tienes muchos deberes? —preguntó al mirar la abultada mochila.

—Algunos —reconoció, irritada de haber atraído la atención sobre su rango de colegiala cuando intentaba parecer adulta.

—Bueno, entonces lo mejor será llevarte a casa —indicó con

inflexión sardónica en la voz—. Cuanto antes los empieces, más pronto los terminarás, así luego podrás relajarte y broncearte al sol.

—No tomo el sol —informó con frialdad—. Envejece la piel.

Se acomodó en el asiento con toda la elegancia que pudo, con el pelo cayéndole sobre los hombros, las piernas cruzadas y saboreando el pensamiento de los ojos envidiosos que la observaban desde los altos ventanales a medida que el coche salía por la cancela y ponía rumbo a Londres.

Hacía un par de años que no lo veía, pensó al tiempo que lo estudiaba furtivamente. No parecía un banquero, por lo menos ella jamás había visto a uno con esos hombros, anchos y duros bajo la camisa blanca de algodón. Tampoco tenia manos de banquero, blandas, regordetas y débiles. Las suyas eran fuertes y controlaban sin esfuerzo el coche, pero también sensibles, atentas a cada movimiento del volante…

Una extraña oleada de calor la recorrió, y en el acto apartó la vista, sobresaltada por el modo en que de pronto su corazón se había puesto a palpitar.

Él la miró, y su boca se curvó en una sonrisa lacónica.

—¿Hace demasiado calor para ti? —preguntó con impecable educación—. Puedo poner el aire acondicionado.

—Oh… No, está bien, gracias.

—¿Un poco de música?

Asintió y él apretó un botón, llenando el coche con las notas de un clarinete que sonaba como si hubiera sido marinado en whisky. Nunca antes había oído nada parecido, pero cuando la música la envolvió y penetró en su cerebro, pareció invocar imágenes que le calentaron la sangre y le aceleraron el pulso.

Pero no era sólo la música la que provocaba ese extraño efecto, comprendió con cierta sorpresa… era el hombre que iba con ella en el coche. Qué extraño; había salido con muchos chicos, y nunca había reaccionado de ese modo. Pero, claro, Oliver Marsden era un hombre, maduro, experimentado…

¿Cómo sería si la besara? Con otra mirada secreta, estudió ese perfil levemente arrogante. Tenía la boca firme, con apenas un destello de plenitud controlada en el labio inferior. Imaginó que, al estar enfadado, mostraría un aspecto de dureza. Pero al sonreír habría un indicio fascinante de sensualidad…

La música terminó y el CD se apagó. Ginny ladeó la cabeza y respiró hondo para relajar la voz.

—Me ha gustado —comentó.

—¿Te ha gustado? —la miró con una ceja enarcada—. Pensé que a la mayoría de las chicas de tu edad les gustaban esos grupos de neandertales peludos con guitarras de una sola nota.

—Yo no soy la mayoría de las chicas —respondió, picada.

—¿No? —esa boca fascinante esbozó una sonrisa de perezosa diversión—. Intentaré recordarlo.

Maldita sea… se reía de ella. Sus ojos se encendieron con furiosa indignación y giró la cabeza para mirar la campiña.

El silencio se extendió incómodamente entre ellos, al menos para ella; si Oliver fue consciente de él, no lo reveló. Si tan sólo pudiera pensar en algo ingenioso para decir e impresionarlo… Aunque, por desgracia. sabía la edad que tenía y resultaba poco probable que lo impresionara mucho una chica de diecisiete años.

El hermoso vehículo devoró los kilómetros y demasiado pronto salieron de la carretera y entraron en el pueblo. Por encima de los árboles, pudo ver las chimeneas victorianas y los lechos de Thornton Lodge. Oliver introdujo el coche por las altas puertas del sendero de entrada y las ruedas crujieron sobre la grava bien cuidada; se detuvo con suavidad.

Con una sensación aguda de frustración, Ginny se dio cuenta de que cualquier oportunidad que hubiera podido tener de asombrarlo con su inteligencia y personalidad había desaparecido. Muy bien, quizá no hubiera sido igual de fácil cautivarlo como a un chico de su edad, pero al menos podría haberlo intentado. Pero había desperdiciado todo el viaje con la boca cerrada… ¡Oliver debía considerarla la mujer más aburrida que jamás había conocido! Furiosa consigo misma, lo único que deseaba era largarse lo más pronto que fuera posible. Agarró la mochila y, al tratar de salir del coche, el pie se le enganchó con el cinturón de seguridad y estuvo a punto de terminar con los huesos en el suelo. Se enderezó y sus ojos lanzaron un gélido desafío… ¡que se atreviera a volver a reírse de ella…!

Pero no se reía… sonreía. Y el impacto de esa sensualidad sin freno la dejó sin aire.

—Yo… eh… gracias por el viaje —logró expresar de algún

modo.

—De nada.

Se estiró y cerró la puerta. Arrancó, dio la vuelta, recorrió el sendero de grava y volvió a marcharse.

Ginny tuvo más de un año para lamentar la oportunidad desperdiciada, ya que Oliver regresó a Nueva York. Aunque en realidad no pensó tanto en él; sólo había una imagen en el fondo de su mente, de la cual apenas era consciente, una especie de hito con el cual comparaba subconscientemente a lodos los chicos que parecían querer tomarse sus ligeros coqueteos como una muestra de ánimo. Fue inevitable que ninguno estuviera a su altura.

Además, tenía otras cosas en qué pensar. A pesar de las ominosas predicciones de sus profesoras, salió de la escuela con un nivel razonable de sobresalientes, aunque aún no tenía idea de la carrera que quería estudiar. Y cuando sacó el tema con su padre, éste lo descartó con frivolidad.

—¿Para qué molestar tu cabeza con cosas de ese tipo? —había preguntado—. No necesitas pensar en trabajar. Además, no tardarás en casarte. Es una pérdida de tiempo.

En privado tenía ciertas reservas sobre eso de casarse, pero, al carecer de ambiciones claras, no se opuso tanto como podría haberlo hecho. Pero le preocupaba la salud de su padre, ya que el médico acababa de diagnosticarle una angina de pecho, y no quería irritarlo. Para desterrar el aburrimiento de ser una dama ociosa se apuntó a un curso de cocina, aunque jamás le pareció la vocación de su vida.

Volvió a ver a Oliver la noche de su decimonoveno cumpleaños. Ni siquiera había sabido que estaría en casa, de modo que quedó más que sorprendida cuando, al atravesar el vestíbulo durante la velada, miró en dirección a la puerta de entrada y lo vio llegar con su padre y su madrastra.

De pronto la imagen encerrada en su mente adquirió pleno relieve, y comprendió por qué los chicos le habían parecido tan inadecuados. Respiró hondo e intentó controlar una alarmante aceleración de sus latidos.

—¡Tío Howard… tía Margot! —gritó, corriendo a su encuentro —. Qué agradable veros. Gracias por venir.

—Virginia, querida —su padrino, igual que su padre, siempre se

había negado a emplear la versión abreviada de su nombre. Se inclinó para acariciarle la mejilla—. Feliz cumpleaños. ¡Qué adulta estás! ¿Verdad, Oliver?

Esos ojos oscuros se clavaron en los suyos con una apreciación divertida antes de recorrer su esbelta silueta. Había elegido llevar pantalones ceñidos de un gris oscuro, a juego con una blusa sin mangas con un ligero escote. Sabía que le sentaba bien.

—Muy adulta —respondió al comentario de su padre—. Feliz cumpleaños, Ginny.

Para su irritación, sintió que se ruborizaba, aunque logró devolverle lo que creyó que era una sonrisa mundana; si pensaba que podía mostrarse condescendiente con ella, como lo había hecho en el pasado. descubriría que se equivocaba mucho. Ya no era una colegiala ingenua.

—Gracias —repuso con dignidad— Por favor, pasad. ¿Te sirvo una copa?

—Un whisky, por favor.

—¿Con soda o sólo con hielo? —inquirió con educación.

El enarcó una ceja y sacudió la cabeza.

—¿Con el whisky? Oh. no… jamás le eches agua a un buen escocés —indicó con suavidad.

—Oh… —no fue capaz de mirarlo a los ojos. Confusa ante su inusual timidez, escapó tan pronto como pudo, enviando a uno de los camareros que había contratado su padre con el whisky.

La fiesta estaba en su apogeo, y todo el mundo parecía pasarlo bien, pero Ginny se mantuvo ocupada, haciendo de perfecta anfitriona. cerciorándose de que hablaba con todos, presentando a aquellos que no se conocían y llevando a los más tranquilos con los más conversadores. En todo momento, veía a Oliver por el rabillo del ojo.

Estaba pasando una bandeja con canapés cuando de pronto él apareció a su lado.

—Mi padre me ha dicho que debería probar uno —comentó, eligiendo un canapé—. Hechos por ti, ¿verdad?

—Oh… sí. Así es —logró contestar con tono ligero—. Aunque en realidad hice trampa, ya que la pasta estaba congelada.

—No deberías habérmelo contado —sonrió—. Nunca lo habría adivinado. ¿Así que estudias para ser chef?

—Eso suena demasiado grandilocuente —repuso, fugazmente sorprendida de haber sido tema de conversación en casa de los Marsden—. Aunque he aprendido un montón de cosas útiles, como qué vino debe acompañar al faisán asado, y cómo pelar espárragos.

—Nunca sabes cuándo te puede ser de utilidad ese tipo de información.

—Es verdad —sus ojos se iluminaron—. Sí alguna vez me veo atrapada en un bote salvavidas, y tengo que convencer a los demás de que no me tiren por la borda, puedo decir: «Yo no, sé cómo pelar un espárrago». ¡Podría salvarme la vida!

Él rió con humor sincero, y ella sintió una luz interior al haber tenido éxito en divertirlo. Pero, por algún motivo descabellado, eso mismo hizo que se sintiera incómoda, por lo que intentó marcharse.

—Bueno, sí me perdonas, debo… ocuparme de los invitados…

—Lo has estado haciendo toda la noche —con gesto decidido, le quitó la bandeja de la mano y la depositó en una mesita cercana—. Es tu cumpleaños… vamos a bailar.

La había tomado de la mano y, de repente, se sintió tan mareada que tuvo miedo de desmayarse. En el jardín se había levantado un toldo, y casi todos los jóvenes invitados bailaban al son de la música de un trío local que, aunque de aficionados, sonaba muy bien. Ginny sintió que se ponía un poco rígida cuando la sacó a la pista y la rodeó con los brazos.

—No sabía que ibas a regresar —comentó con tono ligero—. Papá no me lo mencionó.

—Volví el sábado —respondió—. Me temo que es sólo por viaje de negocios. Tuve suerte de disfrutar de la oportunidad de mezclarlo con un poco de placer.

Le sonrió, y ella tuvo que luchar contra la sensación de que se ahogaba en la líquida oscuridad de sus ojos.

—¿Cómo… es Nueva York? —preguntó sin poder mantener firme la voz.

—Veloz, ruidosa, atestada… Es estupenda, si logras mantener su ritmo. Siempre pasa algo, y a cualquier hora del día o de la noche puedes encontrar un sitio donde comer o un bar. Tendrías que ir.

—Oh… sí… Sería… divertido —contestó casi sin aire. Sabía que sólo se mostraba educado, no lo decía en serio.

Pero al estar entre sus brazos le dio la impresión de que

cualquier sueño podría convertirse en realidad. Había tanta gente en la pista que tuvieron que bailar muy apretados, y sus cuerpos de vez en cuando se rozaban.

Ginny era sorprendentemente consciente de él, de la insinuación de absoluta masculinidad que estaba más allá de su experiencia; él se había quitado la chaqueta y la corbata y tenía el cuello de la camisa abierto, y pudo percibir un vello oscuro y rizado en la base de su cuello. Sentía sus músculos duros y tonificados bajo el impecable algodón y de su piel emanaba un sutil aroma.

Era como estar drogada. Imágenes extrañas y perturbadoras remolineaban en su mente y, cuando la acercó un poco más, tuvo miedo de que se percatara de la velocidad a la que latía su corazón. La canción terminó y empezó otra, pero ellos continuaron bailando. Ginny había cerrado los ojos para perderse en una fantasía que sabía que era peligrosa y tentadora. Nada era real salvo la música, y los brazos que la rodeaban…

—Muy bien… mmm… eso es todo por ahora. Vamos a… eh… tomarnos un descanso. Volvemos en… una media hora.

Las palabras del cantante quebraron el hechizo. Ginny se apartó, sin ganas de retornar a la realidad, temerosa de que al alzar los ojos Oliver pudiera leer en ellos lodos sus sueños descabellados. Pero él le levantó la barbilla con un dedo y, al sonreírle, no vio ningún rastro de la burla que había caracterizado su actitud anterior hacia ella.

La pista no tardó en despejarse cuando lodos se lanzaron hacia el bar, dejándolos solos excepto por una o dos parejas que no parecían conscientes de su presencia.

—Me temo que tengo que irme —dijo Oliver con suavidad—. Mañana debo asistir a varias reuniones, y esta noche he de leer algunos informes aburridos —pasó fugazmente el dedo pulgar por sus labios temblorosos, y luego inclinó la cabeza y apoyó la boca firme y sensual en la suya—. Buenas noches, dulce y pequeña Virginia —murmuró—. No rompas muchos corazones.

Lo último que Ginny esperaba era que fructificara la invitación informal de Oliver para visitar Nueva York… no había dudado de que lo olvidaría todo al instante.

Había sido sugerencia de su padre; le ofreció el viaje como recompensa por su graduación, lo que le sorprendió un poco, ya que

nunca había mostrado un gran interés por sus logros académicos. Al observar la amplia extensión de azul grisáceo del Atlántico, sonrió con melancolía. Tenía la incómoda sospecha de que su padre y el tío Howard habían tramado algo, y no sabía si a Oliver le iba a gustar que le impusieran su presencia una semana entera.

Pero al encenderse la luz que anunciaba que se pusieran los cinturones de seguridad y ladearse ci enorme 747 para comenzar su largo descenso al aeropuerto Kennedy, la excitación desearlo cualquier otro pensamiento de su cabeza. ¡Nueva York! Disfrutaría del viaje, sin importar la reacción de Oliver.

Volvió a tener dudas al pasar por Aduanas. Su padre había dicho que Oliver iría a buscarla, pero durante un momento la atestada sala de llegadas fue un mar de rostros anónimos. Y entonces lo vio, un poco más alto que la gente que lo rodeaba. Al instante, su corazón se desbocó.

Se abrió paso entre la multitud hacia ella, exhibiendo esa sonrisa levemente burlona que ya le resultaba familiar, y alzó su maleta sin esfuerzo.

—Hola. ¿Has tenido buen viaje? —preguntó con tono amable.

—Oh… sí, estupendo, gracias —contestó, tratando de mantener la serenidad. No había dejado de soñar con él desde la noche de su cumpleaños, y ahí estaba, en carne y hueso, delante de ella.

—¿Cansada?

—Un poco —reconoció, poniéndolo como excusa para su ligero jadeo.

—Entonces iremos directamente al apartamento —sugirió—. Esta noche cenaremos allí, y nos lo tomaremos con tranquilidad. Mañana, ya podrás empezar a ver la ciudad.

Ella titubeó y lo miró con ojos entrecerrados.

—Es… muy amable por tu parle venir a recogerme, pero… estoy segura de que estás muy ocupado —murmuró con cierta timidez—. No tienes que perder tu tiempo yendo conmigo a todas partes.

El brillo en esos ojos oscuros fue inescrutable.

—Es un placer para mí —respondió—. Además, le prometí a mi padre que me ocuparía de ti.

—Bueno… —eso es lo que había temido—. Muchas gracias —murmuró con ironía.

El trayecto por el Puente de Queensboro hasta Manhattan hizo

que a Ginny le diera vueltas la cabeza, a pesar de la lujosa protección del elegante Rolls Royce color champán de Oliver. Resultaba extraño ver en la vida real algo tan familiar gracias a la televisión y las películas, pero nada en la pantalla la había preparado para el absoluto impacto del lugar: los coches, el ruido, el olor a gasolina y a una inmensa variedad de comidas, lodo ello ampliado por las paredes de cristal y cemento que se alzaban sobre ellos y que parecían tocar el ciclo.

El coche se detuvo ante unas amplias puertas de cristal con un toldo que llegaba hasta el borde de la acera. Dos maceteros grandes tas flanqueaban, vigilados por un imponente portero cuyo uniforme verde oscuro habría complacido a un general de cinco estrellas.

Éste se adelantó y abrió la puerta del coche con un saludo formal.

—Buenas tardes, señor Marsden; buenas tardes, señorita. Hay bastante tráfico esta larde, ¿verdad?

—Sin duda —coincidió Oliver—. Haga que suban las maletas de la señorita Hamilton, por favor.

—Desde luego, señor.

Ginny alzó la vista y recibió la impresión de un soberbio edificio art decó; entonces las puertas se abrieron en silencio y entró al frescor de un recibidor con suelo de mármol. Una bonita fuente interior centelleaba entre unas palmeras, un romántico punto de encuentro perfecto para Deborah Kerr y Cary Grant.

—¡Ohhh…!

—¿Qué pasa? —inquirió Oliver.

—¡Esto! —se quedó quieta, mirando en derredor maravillada—. ¡Es fabuloso!

—Sí, supongo que lo es —rió y miró como si lo viera con ojos nuevos. Llamó el antiguo ascensor de hierro—. Lo diseñó Baughan, que trabajó con el tipo que al parecer diseñó el edificio de la Chrysler.

—¡Oh! —Ginny temió que supusiera que debía haber oído hablar del edificio de la Chrysler.

El ascensor subió suavemente hasta el último piso; salieron a un rellano enmoquetado. Había dos pares de puertas dobles, una a cada lado, y mientras Ginny aún asimilaba el hecho de que el piso de Oliver debía ocupar media planta del edificio, una de las puertas

se abrió.

—Ah… Ginny, querida. Has llegado. Pasa.

—¿Alina? —parpadeó sorprendida.

La miró con cierta incertidumbre; habían pasado casi diez años desde la última vez que vio a la hermanastra de Oliver, quien se había casado con un hombre de negocios americano que había conocido en Londres, para luego mudarse a Texas. Fue una sorpresa para todo el mundo, recordó… habían creído que Oliver y ella serían una «pareja inseparable».

De pronto se sintió torpe e incómoda… Alina parecía haber salido de las páginas de una revista de moda. Su espléndida figura resaltaba a la perfección con un ceñido traje azul de seda; tenía el pelo rubio recogido y el lápiz de labios rojo se veía impecable.

—¡Claro! —sonrió con gentil indulgencia—. Pareces exhausta, querida. Te enseñaré tu cuarto… estoy segura de que querrás refrescarte antes de la cena.

—Gracias.

La siguió al interior del piso. Por algún motivo sentía una curiosa sensación de abatimiento; debía de ser por el cambio de horario. En realidad no había esperado tener a Oliver para ella sola.

Unos escalones conducían a la estancia principal, espaciosa y de lechos altos. El suelo de madera estaba cubierto con alfombras chinas y los enormes ventanales con cortinas de muselina blanca; éstos daban al oasis de Central Park. En un nivel superior al del salón se veía el comedor.

En las paredes había varios óleos grandes: un inusitado estallido de colores llenos de movimiento, como figuras danzantes o aves en vuelo. Ginny los contempló, fascinada. Oliver la miró con una sonrisa.

—¿Te gustan?

Ella titubeó, con la cabeza un poco ladeada mientras estudiaba el más grande de los lienzos, una tormenta de fuego de rojos y naranjas, con vetas de un verde vivido.

—No estoy segura —confesó—. Ciertamente… es inusual…

—Vamos, Oliver —rió Alina con ligereza—, ¡no esperarás que la pobre niña empiece a opinar sobre arte moderno cuando acaba de llegar! La llevaremos al Met y al Museo de Arte Moderno… ¿te gustaría, Ginny?

Ginny forzó una especie de sonrisa; había esperado ese viaje con tantas ganas… pero no estaba segura de llegar a disfrutarlo con Alina acompañándolos en lodo momento y tratándola como a una niña a la que le dieran un helado. Aunque no debía ser desagradecida, se reprendió. Alina sólo intentaba ser amigable.

Ella atravesó la estancia para abrir una puerta en el extremo opuesto que daba a un pasillo ancho, del cual salían más habitaciones. Ginny captó un vistazo de una cocina con azulejos blancos y lo que parecía ser un estudio. Después, Alina abrió otra puerta.

—Éste es tu cuarto —anunció—. El cuarto de baño está ahí. Cenaremos más o menos en una hora… ¿te parece bien?

—Oh, sí… por supuesto —parpadeó y miró alrededor un poco abrumada. Una estrella de cine se habría sentido a gusto en esa habitación.

Tenía una vista al parque y la cama grande estaba cubierta con un edredón de salen color crema, parecía casi sacrílego sentarse en él. Pero estaba tan agotada, y apenas disponía de tiempo para un breve descanso antes de prepararse para la cena. Apartó con cuidado el edredón, se quitó los zapatos y se echó, observando las cortinas mientras se agitaban suavemente debido al aire acondicionado que salía de los conductos del techo.

En realidad no debería haberle sorprendido ver a Alina con Oliver, se recordó; después de lodo, era su hermanastra. Además, a pesar de su aspecto deslumbrante, no había tenido una vida muy feliz. Su primer matrimonio, con un hombre rico y mayor, había terminado en divorcio al cumplir el la los veintiún años, y el segundo al parecer seguía el mismo rumbo, según la tía Margot.

Era una tontería estar celosa de ella… debía ser triste haberte casado dos veces sin que ninguna de las uniones funcionara. Y era agradable para ella poder recurrir a su hermanastro, cuando tenía a su madre tan lejos. No había motivos para suponer la existencia de otra cosa.

Bostezó y miró el reloj. Debería levantarse y empezar a vestirse para la cena. Sólo unos minutos más…

Cuando volvió a abrir los ojos, el cuarto estaba bañado de luz.

Sobresaltada, se sentó… y, sorprendida, se dio cuenta de que estaba bajo las sábanas y con el camisón puesto. Su ropa se hallaba

bien doblada sobre uno de los sillones de cuero junto a la ventana. Alina debió ayudarla.

Salió de la cama y descubrió que las maletas estaban abiertas y toda su ropa guardada en el armario junto al cuarto de baño. Frunció el ceño… no se imaginó a Alina haciendo eso. Tampoco a Oliver. ¿Qué habría pensado la sofisticada Alina del Señor Honey, el viejo osito de peluche que metió en una de sus maletas y que en ese momento estaba apoyado en el otro sillón?

Después de ducharse en el elegante baño y ponerse uno de los conjuntos que había comprado especialmente para ese viaje, una chaqueta de lana de un suave rosa coral con una blusa y pantalones grises oscuros, pensó que se hallaba preparada para enfrentarse a ambos.

Pero al entrar en el salón encontró a Oliver solo ante una mesa en la amplia terraza que daba al parque, leyendo el periódico mientras terminaba de desayunar. Vestía una camisa blanca y unos pantalones de color beige; alzó la vista y la saludó con una sonrisa cordial al doblar el diario.

—Buenos días, dormilona. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias —respondió luchando contra el súbito nudo en la garganta—. Lamento haberme perdido la cena.

—Cariño, estabas tan cansada que ni siquiera te despertaste cuando te metí en la cama —otra voz, con una leve calidez de sol caribeño, habló detrás de ella—. Dormías tan a gusto.

—Oh… —Ginny respondió con cierta sorpresa al ver a la matrona que había salido de la cocina con una jarra de cristal de la que emanaba el delicioso aroma a café recién hecho—. ¿Fue usted quien… me metió en la cama, entonces? —preguntó, algo aliviada al ver que el misterio se había resuelto de forma tan prosaica.

—Claro que sí, cariño —la mujer rió entre dientes, sus ojos negros brillantes—. ¿Quién si no podría haber sido?

—Ginny, te presento a Willa —explicó Oliver con una leve sonrisa—. Es quien manda aquí.

—Así es —coincidió la jovial mujer—. Jamás conocí a un hombre que supiera cuidarse bien. ¡Leyendo el precio de las acciones durante el desayuno…! —le arrebató el periódico; estaba claro que era una discusión frecuente—. ¿Cómo espera iniciar el día a menos que primero le preste atención a su estómago?

—Y si tú" le sigues prestando más atención a tu estómago, ¡tendremos que ensanchar las puertas! —replicó.

—¡Ja! —la buena señora se volvió a medias, contoneando su amplio trasero con orgullo—. ¡Soy una mujer, no voy a negarlo! Cariño, ¿qué quieres desayunar? —le preguntó a Ginny—. ¿Bollos? ¿Huevos con tostadas?

—Unos bollos, por favor —supo que Wilia no aprobaría que se sallara el desayuno para cuidar su figura, aunque estaba demasiado hambrienta como para que eso se le pasara por la cabeza.

—Buena chica. Siéntale y bebe un poco de café, que en seguida te traigo las bollos.

—Gracias… —murmuró, ocupando el otro sitio que había preparado en la mesa.

Oliver alzó la jarra de café y sirvió unas tazas para ambos.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó.

—¿No tienes que ir a trabajar? —inquirió con cierta timidez.

—Es sábado —le recordó con expresión divertida.

—Oh… desde luego… —sintió un ligero rubor—. Bueno… ¿qué sugieres?

—Podríamos empezar por el World Trade Center, es donde se obtienen las mejores vistas. ¿Querrás ver la Estatua de la Libertad?

—Oh, sí —repuso con entusiasmo—. Y según un libro que leí, debo viajar en el Ferry de Staten Island.

—De acuerdo —Oliver asintió—. Saldremos en cuanto terminemos de desayunar. Vamos a tener un día bastante ajetreado.

—¿Vendrá… Alina? —trató de mantener la voz neutral mientras removía el café.

—¿Alina? —se mostró un poco sorprendido—. No, claro que no. Oh, Willa, ¿podrías traerme más tostadas? —añadió cuando la mujer regresó con los bollos de Ginny.

Capítulo 3

LOS DÍAS siguientes fueron un torbellino de actividad. Recorrieron Central Park en coche a caballo, caminaron por el Barrio Chino, discutieron alegremente sobre los méritos arquitectónicos del Museo Guggenheim y cada noche cenaron comida de una región distinta del mundo. Ginny podía afirmar con sinceridad que nunca antes lo había pasado tan bien.

Jamás había soñado que Oliver fuera tan divertido. Al principio, se mostró un poco tímida con él, pues temía que la considerara inmadura o tonta, pero no tardó en comenzar a relajarse al descubrir su sentido del humor seco, y que reían con las mismas cosas. También había resultado una sorpresa verlo tan dispuesto a pasar su tiempo yendo de tiendas y haciendo el recorrido turístico, sin parecer aburrirse en ningún momento.

Y no había rastro de Alina; Ginny no quiso preguntar de nuevo dónde estaba, y Oliver no la mencionó.

Tampoco quiso preguntarle por qué no iba a trabajar. Pero el jueves por la mañana salió a desayunar y lo vio hablando por teléfono. Titubeó, pero él le indicó que se sentara, así que se sirvió café y extendió una ración generosa de mantequilla y miel en uno de los bollos recién hechos de Willa.

Oliver recibió varias llamadas, y un rato después al fin colgó.

—Lo siento —se disculpó con una mueca irónica—. Negocios.

—Oh… sí, desde luego —vaciló, removiendo el café—. ¿ Hoy… tendrás que ir a la oficina?

Él sacudió la cabeza, echando la silla hacia airas hasta que reposó contra la barandilla, y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Me he tomado la semana libre —declaró—. Trabajo.

—Oh… —le sonrió con un poco de timidez—. No tendrías… que haberla perdido para mostrarme la ciudad —murmuró.

—No la he perdido.

El corazón le dio un vuelco. El modo en que la miraba, en que le sonreía… No, eran imaginaciones suyas. Debía mantener sus fantasías bajo control o él lo adivinaría, y entonces se sentiría como una completa idiota.

—¿Que haces exactamente? —trató de entablar conversación.

—Se llama «arbitraje». Básicamente, compro y vendo futuros y gano dinero entre la diferencia de precios entre dos mercados. Digamos que es cobre… en el pasado la gente sólo intercambiaba acciones. Luego empezó a especular con que el precio iría en una dirección determinada… subiría o bajaría. De modo que acordaba comprar las acciones a un precio determinado en un día específico del futuro… o a veces vender acciones que aún no había comprado. La cuestión es que sólo se debe cubrir un pequeño porcentaje del dinero.

—¿De modo que si el precio de las acciones iba en la dirección que habían predicho, podían embolsarse los beneficios sin haber tenido que dedicar gran parte de su propio dinero? —preguntó, fascinada.

—Correcto. En cualquier caso, no lardaron en comprar y vender las opciones como si fueran acciones, y así surgió todo. En 1983 el valor del mercado de futuros superó el valor de toda la Bolsa de Nueva York.

—Me suena un poco a apuestas.

—Lo son. Desde luego, debes conocer los mercados bastante bien, aunque nunca dejas de estar en la cuerda floja… siempre existe la posibilidad de darte el tortazo.

—¡Suena excitante! —comentó con ojos brillantes.

—¿Quieres verlo?

—¿Podemos visitar la Bolsa?

—Termina de desayunar y llamaré a Devlin para que traiga el coche.

Fue divertido visitar la Bolsa con alguien que trabajaba allí. La llevó a la galería para el público, desde donde pudo observar el parqué atestado con sus famosos puntos de compra octogonales, con monitores que reflejaban los últimos precios y los agentes y

reporteros con sus coloridas chaquetas.

—¡Parece caótico! —exclamó, mirando una pequeña estampida hacia un rincón cuando se anunció un precio nuevo—. ¿Cómo demonios saben lo que pasa?

—Instinto de manada —contestó Oliver—. Aunque no se parece en nada a cómo solía ser… en la actualidad casi todas las transacciones se realizan por ordenador.

—De todos modos, no me gustaría ser la persona encargada de barrer al final del día —comentó, ante los montones de papeles que se acumulaban en el suelo.

Él rió y, con un gesto del que no pareció ser consciente, apoyó la mano izquierda en su espalda y continuó el recorrido, primero para ver la exposición de la historia de la Bolsa y luego para ir a la sección que le estaba vedada al público, donde la presentó a varios de sus colegas, a los que prohibió hablar de negocios, Esta semana no… ¡sólo soy un turista! —insistió—. Nos vamos a Battery Park a comer helados y mirar el ferry.

Las calles de la zona baja de Manhattan eran un homo al mediodía, pero en el verde promontorio de la punta sur la bahía traía una suave brisa. Oliver compró helados en uno de los puestos del parque y se sentaron en la hierba mientras él le señalaba los diversos hitos que podían contemplar.

—Tienes helado en la barbilla —comentó Ginny con una risita.

—¿Sí? —sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió—. ¿Mejor?

—No… sigue ahí —sin pensárselo, alargó la mano para quitárselo con el dedo pulgar. Pero justo cuando iba a tocarlo, titubeó, la mano temblorosa. Dio la impresión de que hubiera una descarga eléctrica entre los dos… Oliver la miraba con expresión divertida y Ginny supo que se estaba delatando.

Tenía la piel cálida, levemente áspera a lo largo de la mandíbula. Le limpió el helado y retiró la mano con presteza, apartando la vista. Reinó un rato de silencio; lo único que ella podía oír era el sonido de su propia respiración, la aceleración de su corazón…

De pronto, un movimiento extraño a unos doce metros captó su atención. Un hombre mayor se tambaleaba. De pronto, cayó al suelo. Ginny se levantó, asombrada de ver que la gente pasaba de largo y lo ignoraba.

—¡Está enfermo! —jadeó, corriendo a su lado.

—Probablemente esté borracho —advirtió Oliver, que la siguió.

—No —se arrodilló junto a él y le tomó la mano, preocupada por lo fría que estaba al tacto. ¿Cómo se comprobaba el pulso?

—Saca tu teléfono móvil y llama a una ambulancia —ordenó, olvidado ya el respeto que le inspiraba.

En realidad no sabía por qué tenía tanta certeza de que el anciano no estaba borracho… quizá fuera por llevar la contraria, ya que lodo el mundo parecía dar por hecho su embriaguez. Pero no daba la impresión de ser un alcohólico. Tenía una cara amable, podría ser el abuelo de alguien.

Dos hombres vestidos con trajes de negocios se habían detenido para mirar con expresión de desdén.

—Malditos borrachos —comentó uno despectivamente, y siguieron su camino.

Oliver frunció el ceño y sacó el teléfono. Después de hablar, se arrodilló junto a ella y puso la mano sobre la frente del anciano, luego se inclinó para olerle el aliento.

—Tenías razón; no es un borracho. Está en coma diabético —aflojó la corbata del hombre y le abrió la camisa para que respirara mejor.

—Lleva uno de esos colgantes de SOS al cuello —señaló Ginny —. Tendrá su nombre y dirección.

—Y los detalles de su seguro médico —añadió Oliver—. A menos que dependa de la seguridad social.

—¿Eso representa un problema? —Ginny frunció el ceño.

—La gente de la ambulancia querrá enterarse… así sabrá a qué hospital llevarlo, y quién va a pagar la factura.

—Yo, por supuesto —insistió ella sin siquiera pensarlo—. ¿Estará casado? Ah, ahí llega la ambulancia.

Era tarde cuando abandonaron el hospital. Resultó que el anciano era viudo y que su única hija vivía en Filadelfia. Por lo que Ginny había insistido en quedarse hasta que llegara. Oliver, para su sorpresa, se quedó con ella, y no se quejó ni una sola vez. Al subir a la parte de atrás de su Rolls Royce, que había ido a recogerle sonrió.

—¿Has olvidado que esta noche íbamos a ir al Richmond? —preguntó.

—Oh… sí —confesó—. Lo siento. ¿Si vamos ahora llegaremos

demasiado tarde?

—Depende del tiempo que tardes en arreglarte —respondió con tono divertido.

—Poco, lo prometo.

—¿Cuántas veces le he oído decir lo mismo a una mujer? —rió.

Era un tópico, pero Ginny sintió que se le encogía el corazón; habría preferido no tener que pensar en las mujeres con las que salía. Sabía muy bien que, aunque daba la impresión de haberlo pasado bien esa semana con ella, sólo había sido un intervalo. ¿Oliver Marsden comiendo helados en el parque? Imposible.

Pero al menos esa noche intentaría impresionarlo, cumpliendo su promesa de no tardar y arreglarse bien. No pudo contener un escalofrío de placer mientras se preparaba. Había llevado el vestido con la descabellada esperanza de tener una oportunidad para ponérselo, y en cuanto Oliver sugirió cenar en el Richmond había decidido que sena perfecto.

Era de satén negro, muy sencillo y elegante, con la parte superior sin tirantes y una falda larga y ceñida que resaltaba sus esbeltas curvas. Empezaba a ser diestra en el arte de recogerse el pelo, y las únicas joyas que llevaba eran una cadena de oro con pendientes a juego en forma de hojas.

Al terminar se observó en el espejo. Había acertado al ponerse poco maquillaje. Incluso así parecía adulta y… sí, sofisticada.

Sonrió al recoger el bolso. ¿Qué diría Oliver cuando la viera? ¿Le gustaría? Respiró hondo para tranquilizarse, abrió la puerta y se dirigió al salón.

Pero al llegar lo vio hablando por teléfono. Titubeó, lista para retroceder, pero él alzó la mano.

—De acuerdo, Alina, iré en seguida. No, no importa. Diez minutos, ¿vale?

Sintió una decepción tan grande, que fue como un cuchillo que le atravesara el corazón. Cuando él colgó y se volvió hacia ella, se obligó a sonreír.

—¿Algo va mal? —preguntó.

La miró, pero Ginny se dio cuenta de que no la veía… ni siquiera pareció notar su vestido.

—Eso me temo. Lo siento, Ginny, pero esta noche no podremos ir al Richmond. Ha surgido… algo urgente.

—Oh… no pasa nada —nunca estuvo más agradecida por los años de práctica que le permitieron mantener la sonrisa—. Casi no hemos parado; para variar me vendría bien una noche en casa.

Él asintió distraído.

—Mañana iremos a South Street a almorzar en uno de los restaurantes donde preparan los pescados en el mismo muelle —prometió, poniéndose la chaqueta de camino a la puerta—. Buenas noches.

La puerta se cerró a su espalda y Ginny permaneció sola en medio del amplio salón, vestida y sin ningún lugar al que ir, las luces de Manhattan brillando a través de las ventanas a medida que las lágrimas caían despacio por sus mejillas.

Fuera lo que fuere lo que hizo que Oliver corriera al lado de Alina con tanta prisa, lo mantuvo fuera toda la noche. No pegó ojo, sin parar de decirse que no debía ser tan estúpida.

Después de todo, había pasado una semana con ella. Era poco razonable esperar tenerlo a su alrededor en todo momento. Alina era su hermanastra, tenía más derecho a su atención que la hija de un viejo amigo de familia.

¿Y si era algo más que su hermanastra? Ella ni podía llegar a compararse con Alina. Era muy hermosa, con una perfección elegante y aristocrática que por lo general sólo se veía en las páginas de la revista Vogue. Además, se vestía con elegancia y poseía una figura perfecta.

Tenía dieciséis años cuando su madre se casó con el padre de Oliver, e incluso a esa edad no había mostrado señal alguna de torpe adolescencia. Las dos habían sido damas de honor en la boda, y a Ginny, de seis años, le había parecido una especie de princesa.

Cuando a las cinco y media empezó a salir el sol, Ginny se levantó con el cuerpo dolorido de no haber conseguido dormir. Tomaría un poco de zumo de naranja, y si Oliver llegaba y preguntaba qué hacía levantada tan pronto, bueno, ya se le ocurriría una excusa.

Se sentó en camisón en la terraza y bebió el zumo a medida que el sol se alzaba y el tráfico diurno alcanzaba su habitual cacofonía. Oliver seguía sin volver. Era el día libre de Willa, así que se preparó el desayuno, aunque apenas pudo comerlo.

A eso de las once decidió que parecería mucho más ecuánime si

no la encontraba esperando; además, quería comprarle un regalo a su padre. Se vistió y se lanzó a recorrer las tiendas de la Avenida Columbus, donde consiguió distraerse al menos un par de horas.

Pero hacía mucho calor para estar fuera, de modo que, a regañadientes, volvió al piso. Había un portero diferente del que estuvo toda la semana anterior y con el que había empezado a intercambiar algunas palabras cada vez que salían y entraban. Pero a ése no lo conocía. Resultaba un poco extraño estar en una ciudad donde no conocías a nadie, donde no había pronunciado una palabra en toda la mañana salvo «Me llevaré éste» y «Gracias» con el dependiente de la tienda donde había comprado un señalador de libros de plata para su padre, grabado con la cabeza de un águila americana.

Oliver aún no había llegado; era peculiar el modo en que podías percibir que un lugar estaba vacío en cuanto abrías la puerta. Con un poco de optimismo, buscó alguna nota… quizá había ido y se había vuelto a marchar No encontró nada. Almorzó unos copos de maíz y luego se sentó frente al televisor, sin detenerse mucho en cada canal.

Eran casi las seis cuando oyó el clic de la puerta. En el acto puso expresión de serenidad y miró por encima del hombro cuando él entró.

—Hola —lo saludó con indiferencia.

—Hola —parecía extenuado. Aún llevaba la ropa de la noche anterior. Se había quitado la corbata y tenía la chaqueta al hombro. Logró esbozar una sonrisa forzada—. Lamento haber lardado tanto.

—Oh, no importa —repuso—. Estaba viendo la televisión.

Echó un vistazo a la pantalla y enarcó una ceja.

—¿Sabes español?

—Oh… —maldita sea, ni siquiera se había dado cuenta de que había conectado un canal hispano—. No, yo… la película acaba de terminar, y estaba viendo qué ponían en otros canales.

—¿Eso es lo que has hecho lodo el día… mirar la televisión?

—Oh, no —le alegró poder decir la verdad—. Fui de compras. No muy lejos… por Columbus. Me divertí. Le compré un regalo a papá.

Él asintió, aunque Ginny percibió que su interés sólo era por cortesía. Dejó la chaqueta en una silla, atravesó la estancia y se dejó

caer en uno de los solos, con las piernas estiradas y los brazos doblados detrás de la cabeza. Cerró los ojos un momento.

Ginny lo observó con el corazón en un puño. Si hubiera tenido aspecto feliz, le habría estado agradecida a Alina, a pesar de los amargos celos que le desgarraban las entrañas. Se habría sentido satisfecha de verlo feliz. Pero parecía agotado. ¿Qué había pasado? ¿Qué clase de atractivo fatal tenía esa mujer que podía lograr que un hombre lo dejara todo y corriera a su lado para luego enviarlo a casa completamente exhausto?

Ella nunca le haría eso. Sólo quería amarlo, quitarle la tensión alrededor de los ojos a besos, darle calor a su cuerpo agolado con el suyo. Si la dejara. le daría todo…

Cuando él abrió los ojos, ella desterró rápidamente esos pensamientos descabellados y le devolvió una sonrisa.

—¿Has pensado dónde te gustaría cenar esta noche? —preguntó—. Podemos intentar otra vez el Richmond, si te apetece… por lo general hay que reservar mesa con antelación, pero creo que podríamos conseguir una.

—Oh, no lo sé —se encogió de hombros—. En realidad, no estoy segura de que quiera salir a cenar fuera… Tengo que hacer las maletas y levantarme a primera hora de la mañana. ¿No podríamos cenar aquí para variar?

Se vio recompensada por la expresión de alivio que pasó por los ojos de él.

—¿Estás segura? Si quieres, la encargamos por teléfono…

—Oh, no. ¿Por qué no dejas que le prepare algo? Siempre que a Willa no le importe que hurgue en su cocina. Sería mi agradecimiento por haberme mostrado la ciudad —la sonrisa que él le dedicó fue toda la compensación que necesitaba para paliar la tristeza que la había dominado desde la noche anterior.

—De acuerdo. Gracias, me parece una idea estupenda. Y Ginny… —añadió cuando ella se incorporó de un salto y se dirigió a la cocina—. Ponte ese vestido negro que llevabas anoche —pidió con un tono extraño que ella no pudo descifrar—. Me gustó.

Ella asintió sin decir palabra, ya que no confiaba en su voz. Había notado el vestido…

Por suerte, Willa mantenía los armarios y la despensa bien equipados, de modo que tuvo un gran abanico de opciones. Eligió

un menú bastante sencillo, filetes ahumados con miel y jengibre, que podría acompañar con verduras rehogadas. De primero, se decidió por un caldo de pollo con granos de maíz. Y de postre podían tomar flan de coco decorado con almendras ralladas y rodajas de kiwi.

Mientras preparaba los platos logró darse una ducha. Sacó el vestido del armario y lo colgó de la puerta. No se recogió el pelo; como no iban a salir, le pareció un poco excesivo. Lo cepilló hasta dejarlo lustroso; ya casi le llegaba a la cintura. Un toque ligero de lápiz de labios rosa, un poco de sombra alrededor de los ojos y algo de rímel para enfatizar sus largas pestañas, y estuvo lista.

Cuando regresó al salón, vio que, aunque Oliver se había cambiado a ropa informal, ya había puesto la mesa con velas y abría una botella de vino. Alzó la vista y la recorrió con sus ojos oscuros cuando se quedó titubeante en el umbral, esforzándose por controlar la respiración entrecortada y la velocidad de su corazón. El no dijo nada, simplemente asintió con lo que esperaba que fuera aprobación.

El olor que llegaba de la cocina le anunció que la cena estaba casi lista.

—Traeré… la sopa —logró decir con un ligero temblor en la voz,

Ni siquiera el Richmond podría haber sido más romántico. El destello de las velas se reflejaba en el ventanal, cinco puntos de cálida luz dorada contra las luces brillantes procedentes de la Quinta Avenida.

Comieron en silencio. Quizá al día siguiente hubiera una huelga de controladores en el Aeropuerto Kennedy y pudiera quedarse unos días más…

Finalizada la cena, Oliver insistió en que no se moviera mientras él llevaba los platos a la cocina. Volvió con café. Mientras lo removía, ella se preguntó en qué pensaba. ¿Acaso en Alina?

—Ha sido una cena excelente —comentó, mirándola de un modo que siempre conseguía acelerarle el corazón—. No creo que hubiera sido mejor en el Richmond.

Le devolvió la sonrisa y agradeció la tenue luz de las velas que le ocultó el rubor.

—Gracias —murmuró.

Oliver se reclinó en la silla y bebió café.

—¿Has disfrutado de tu estancia en Nueva York? —preguntó.

—Sí, mucho. Gracias por… pasar tanto de tu tiempo conmigo. Aunque temo que fue tu padre quien te acorraló para que lo hicieras —susurró, mirándolo con expresión tímida.

—Bueno, sí —reconoció con una risa seca—. Fue idea suya… tu padre y él lo planearon. Y creo que podemos asumir que una semana en Nueva York no es el límite de su ambición —el corazón le dio un vuelco y lo miró con expresión sobresaltada. Él exhibió un destello enigmático en sus ojos—. Sospecho que esperan vernos casados.

—Qué… idea tan tonta —protestó sin aliento y las mejillas coloradas.

—¿De verdad lo crees? —estiró el brazo. Le asió la mano y le acarició la palma; ella sintió un nudo en la garganta—. Dulce y virginal Virginia… En realidad, me parece una buena idea.

Capítulo 4

—¿ESCONDIÉNDOTE, Ginny? No es tu estilo.

El tono sardónico de Oliver hizo que se volviera con rapidez, y con una sonrisa frágil ocultó el dolor de esos viejos recuerdos.

—Me tomo un breve descanso —respondió con ligereza—. Hace tanto calor ahí dentro. Además, no esperarás que baile sin parar hasta el amanecer.

—Supongo que no —concedió—. Esta noche has sido el alma de la fiesta… como siempre. Has bailado con todos… menos conmigo. Pensé que quizá querrías solucionar esa omisión.

A pesar de tener el corazón descontrolado, logró emitir una risa alegre.

—Bueno, como has pagado un precio tan alto por mí, no puedo negarme, ¿verdad? —repuso con tono levemente burlón.

En la profundidad de sus ojos, brilló algo que no pudo leer.

—He pagado por mucho más que un baile —le recordó, dejando que su mirada bajara y se demorara en la blanca firmeza de sus pechos.

Ginny tuvo la certeza de que buscaba perturbarla adrede, aunque no pudo hacer nada para contener el rubor que ascendió a sus mejillas. Alzó la barbilla decidida a no dejar que viera el efecto que surtía en ella; ya había cometido ese error una vez, cuando era demasiado joven para defenderse de su implacable encanto. Desde entonces, había aprendido mucho. Ocultó su miedo detrás de una sonrisa y aceptó la mano imperiosa que él alargó… pero al avanzar hacia el salón Oliver la retuvo.

—Tienes razón… hace calor ahí. Podemos oír la música desde aquí.

Ella se envaró en respuesta automática cuando la encerró en sus

brazos. No era que no hubiera bailado con él desde el desastroso final de su compromiso; en una o dos ocasiones, estando Oliver en Inglaterra, habían coincidido en alguna fiesta, y habría sido ridículo ignorarse, dados los vínculos existentes entre sus familias. Además, los dos se habían mostrado igual de ansiosos por desviar la curiosidad de los rumores comportándose como si nunca hubieran sido algo más que amigos.

Pero, de algún modo, esa noche era diferente. Por motivos desconocidos, Oliver había elegido agitar las cosas con esa exagerada puja. Y en ese momento, también por motivos que sólo él conocía, insistía en bailar en el patio, los dos solos bajo la luz de la luna, mientras la dulce fragancia de los jazmines los envolvía en el aire nocturno…

En el acto, ella descartó esos traicioneros pensamientos echando la cabeza atrás para verlo.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga por todo ese dinero? —inquirió con un tono de desafiante humor.

Él rió en voz baja y ronca, burlándose de todas las absurdas posibilidades que la mente de Ginny había invocado desde el momento en que Elliot Cornell había bajado el martillo.

—Algo que requiere tus… talentos únicos —contestó, dejando que su mirada se posara otra vez en las curvas cálidas y plenas de sus pechos, al parecer fascinado por el modo en que su aliento entrecortado los presionaba cada vez más contra el terciopelo verde.

La sangre se aceleró por sus venas y Ginny tuvo que esforzarse por mantener la compostura. Se obligó a mirar sus ojos burlones.

—¿Oh…?

Él sonrió, y de golpe pasó a una expresión de inocencia que le recordó lo engañoso que podía ser.

—Quiero que organices una fiesta.

—¿Algo especial?

—La jubilación de Howard. Vamos a celebrar una fiesta familiar por su septuagésimo cumpleaños, desde luego, pero también quiero una en el banco. Será una oportunidad para invitar a sus amigos de negocios de los últimos cincuenta años.

—Me encantará prepararla —aceptó, un poco sorprendida.

—Vaya suerte, ya que no tenías opción. A menos que quieras

que le pida al comité organizador que me devuelva las mil libras.

—No seas tonto —le concedió una sonrisa—. ¿Has hecho una lista de invitados?

—Creo que tengo la mayoría de los nombres, pero quiero que vayas a su despacho y te reúnas con su secretaria, ella podrá recordar cualquiera que se me haya pasado por alto, al igual que aconsejarle sobre lo que debas saber.

—Perfecto. ¿Qué fecha tienes en mente?

—¿Algún día del mes próximo? ¿Será tiempo suficiente para organizaría?

—Supongo que sí. Por supuesto, dependerá del catering… suelen estar bastante agobiados. Pero conozco a una o dos empresas que podrán servimos.

—Excelente —aprobó él—. Lo dejaré todo en tus manos.

Ella no borró la sonrisa de la cara, aunque lo estudió con suspicacia. Ambos fingían que no había nada más que un simple acuerdo entre amigos, y algo no terminaba de encajar.

—Lo que no entiendo —dijo con la máxima dulzura— es por qué pagas todo ese dinero para que lo haga yo. ¿Por qué no se lo pides a Alina?

—Cualquiera pensaría que intentas escabullirte del asunto —rió.

—¡Claro que no! —protestó—. Hice una promesa.

—Así es —murmuró con tono duro—. Y esta vez pretendo cerciorarme de que la cumplas.

Algo frío se apoderó de su corazón; no hablaba sólo de la fiesta. Tenía razón… no había olvidado ni perdonado. Intentó retroceder, pero sus brazos se habían apretado casi imperceptiblemente a su alrededor, pegándola a él y dejando claro que no pensaba permitirle escapar hasta que él decidiera darle la libertad.

En realidad, no podía culparlo; después de lodo, sólo conocía la mitad de la historia… la mitad que todo el mundo sabía. Estaba segura de que Alina jamás le contó la verdad. Pero Ginny había pasado los últimos seis años tratando de convencerse de que no tenía sentido llorar por lo que no se podía cambiar, que probablemente todo había sido para mejor… hasta que estuvo a punto de creer que las cicatrices habían cerrado.

Y en ese momento, el manto con que había cubierto el pasado empezaba a caerse y le dolía mirar atrás a la muchacha de diecinueve años, tan inocente, tan ingenua, sin creerse que el objeto de su enamoramiento adolescente se hubiera dignado mirar en su dirección, menos aún pedirle que se casara con ella. Podía tener a la mujer que quisiera… ¡pero se había enamorado de ella!

Alina había jugado con su vulnerabilidad, y también con su propio y estúpido orgullo…

La fiesta de compromiso había sido idea de su padre, de nuevo de acuerdo con su compañero de argucias. Era como si hubieran invitado a todo el mundo. Al principio Ginny se había mostrado un poco aprensiva, pero en ese momento, bailando con Oliver, se sintió como en las nubes. ¿Era posible ser tan feliz? ¿No era tentar un poco al destino?

Por enésima vez miró con disimulo el anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Era tan hermoso, una esmeralda clara y pura, de corte cuadrado, rodeada de catorce diamantes. Aún no estaba acostumbrada a su peso, y dudaba de que alguna vez se cansara de ponerla a la luz para que el fuego en su corazón verde centelleara con vida.

Oliver le sonrió.

—¿Otra vez admiras tu anillo? —se burló con amabilidad.

—Claro —le devolvió la sonrisa y en su interior sintió el borboteo de la felicidad—. ¡Es el anillo de compromiso más bonito del mundo!

—Me agrada que te guste.

Estaba como en una nube. Aparte de la noche de su cumpleaños, ésa era la primera vez que bailaba con Oliver; de hecho, casi era la primera vez que se encontraba en sus brazos. Las últimas seis semanas sólo había podido hablar con él por teléfono. La había llamado todas las noches, pero no era lo mismo. Y se había visto carcomida por la idea de que, cuando la volviera a ver, se arrepentiría. Pero al fin estaban juntos, y todo iba a salir bien.

Sus ojos se posaron en la esbelta rubia que había en el otro extremo de la sala, enfundada en un ceñido vestido negro. Hablaba con uno de los amigos de Oliver. Éste estaba completamente absorto en ella, y su expresión revelaba que no podía creerse la suerte que había tenido de que esa asombrosa criatura le estuviera

prestando atención a él.

Ginny sintió un nudo en el estómago. Le había resultado una sorpresa averiguar que Alina había regresado a Inglaterra con Oliver… el no se lo mencionó por teléfono. Intentó convencerse de que carecía de importancia… después de todo, era natural que ella quisiera volver a casa tras el fracaso de su segundo matrimonio.

—Estás muy callada —murmuró Oliver con la boca pegada a su mejilla—. ¿En qué piensas?

—Oh… en… nada. Sólo… estoy un poco cansada, eso es todo —estaba siendo tonta. No tenía motivos para mostrarse celosa de Alina. Después de todo, le había pedido a ella que se casara con él —. Ha habido tanto que hacer. Y tú has estado tan ocupado… casi no he podido verte desde que volviste de Nueva York.

—Lo siento —repuso con cierta irritación—. He tenido una agenda muy apretada.

—Lo sé. Lo que pasa es que… pensé que disfrutaríamos de la oportunidad de estar juntos un poco…

—Tenemos toda la semana próxima —le recordó—. Podremos hacer lo que nos apetezca.

—Lo sé… —empezaba a lamentar haber sacado el tema; ¿es que iban a tener su primera pelea la noche en que se comprometían?— Pero luego regresarás a Nueva York de nuevo, y no te veré en siglos.

—Debo trabajar.

—Lo sé —experimentó un poco de resentimiento; volvía a tratarla como a una colegiata—. Es que… quiero estar contigo…

Los ojos que alzó hacia su rostro estaban nublados por las lágrimas; él sonrió y le levantó la barbilla con un dedo.

—Lo siento, ha sido… difícil. Pero no siempre será así. En un par de meses nos casaremos, y entonces podremos estar juntos todo lo que quieras.

Inclinó la cabeza y le dio un beso fugaz. Un deseo súbito y poderoso que apenas comprendió surgió en el interior de Ginny; se pegó a él y abrió los labios en desesperada invitación. Quería que la besara adecuadamente… lo necesitaba. Pero él no podía, no allí.

Cuando estuvieran casados… Dentro de un par de meses. Podía esperar. Y Oliver la amaba, si no, ¿por qué querría casarse con ella? Quizá no estuviera tan mal que se contuviera un poco. Ella había besado a muchos chicos, pero jamás la había besado alguien tan…

experimentado como él. Aún necesitaba un poco de tiempo para acostumbrarse.

Fue como si lodo el mundo deseara abrazarla, admirar su anillo, felicitarla… tías y primos que sólo veía en bodas y funerales. Resultó agotador. Pero al menos encontró la oportunidad de escabullirse a su dormitorio para relajarse.

Al salir al oscuro pasillo estuvo a punió de chocar con Alina.

—Hola —logró recuperarse, ocultando todas sus dudas e inseguridades detrás de una sonrisa—. ¿Buscabas el cuarto de baño? Está del otro lado… la segunda puerta a la izquierda.

—Gracias, pero te buscaba a ti.

—¿Oh…? —Ginny sintió un escalofrío; quizá hubiera una corriente en el pasillo.

—Pensé que podríamos charlar un poco. ¿Es tu habitación? —pasó junto a Ginny sin aguardar una invitación y empujó la puerta. De un vistazo, captó los volantes rosados y la hilera de animales de peluche alineados a lo ancho de la cama. No necesitó decir nada. Ginny supo exactamente qué pensaba—. Bien… —entró y se sentó con elegancia en la cama—. Felicidades, querida. ¿Me dejas ver el anillo? —Ginny alargó la mano—. ¡Qué maravilla! Le dije a Oliver que debía ser una esmeralda. No querías un solitario, ¿verdad?

—No… —sintió como si le estrujaran el corazón. No deseaba saber que Oliver había seguido el consejo de Alina para elegir el anillo.

—Y le casarás en tres meses. Una boda en otoño… ¡qué romántico! ¿Sabes?, la primera vez que me casé tenía aproximadamente tu edad. Casi todos dijeron que era demasiado joven, pero yo no quise escuchar —se encogió de hombros— Por supuesto, Larry era mayor que yo. Diez años. Una diferencia importante, ¿no crees?

Ginny empezaba a sentir como si las paredes se cerraran sobre ella. Alina no señalaba sólo una coincidencia divertida.

—Quedé terriblemente desilusionada —continuó la mujer mayor con tono melancólico—. Odiaría ver que pasas por lo mismo. Los hombres de esa edad ya han dejado atrás los sueños románticos de la juventud; cuando eligen casarse, tiende a ser por motivos bastante específicos.

A Ginny le latía el corazón con fuerza, y no estaba segura de

poder hablar.

—¿Como cuáles…?

—Bueno, en el caso de Oliver, es evidente que necesita un hijo, un heredero que continúe con el nombre de la familia. Sería distinto si tuviera un hermano, desde luego, pero… —de nuevo ese elegante encogimiento de hombros—. Por eso le dije que se casara con otra. Es que yo no puedo tener hijos —esbozó una sonrisa leve y triste y alargó un brazo para enderezar al oso de peluche, que se había ladeado—. Espero no haberte perturbado —murmuró—, Pero creo que lo mejor es que entiendas cómo son las cosas, ¿no? Estoy segura de que serás una esposa perfecta para Oliver mientras no cometas el error de creer que está enamorado.

Con movimiento grácil, se incorporó y se marchó de la habitación, dejando sólo una fugaz insinuación de perfume caro tras de sí.

Ginny se quedó paralizada, con lágrimas en los ojos. No podía ser cierto… ¿verdad? Sin embargo… Desde que Oliver le pidió que se casara con él había intentado comprender qué había visto en ella; después de lodo, pronto cumpliría los treinta años, disfrutaba de éxito, conocía mundo… mientras que ella acababa de salir de la escuela. Y en ningún momento le había dicho que la amaba.

Débil, se sentó en la cama y observó su reflejo en el espejo que había encima del locador. ¿Se casaba con ella sólo para que le proporcionara un heredero que pudiera ocupar su sitio en el banco? Un heredero que Alina no podía darle.

Alina… ¿cómo se atrevió a pensar que podría competir con esa criatura incomparable? No sólo se trataba de su belleza y elegancia, sino también de su refinamiento y sofisticación, de su capacidad para distinguir un Monet de un Matisse. Era capaz de cautivar a un hombre y mantenerlo subyugado. Recordó la expresión extasiada del hombre con el que había estado hablando abajo; para él, no había habido nadie más en la sala.

No tenía sentido quedarse ahí sentada, llorando como una tonta, se reprendió. Debía hablar con Oliver, conocer la verdad. Y tenía que hacerlo con dignidad, sin importar lo difícil que le resultara. Se detuvo un instante a reparar el daño causado por las lágrimas, respiró hondo varias veces, abrió la puerta y bajó con decisión las escaleras.

La fiesta estaba en su apogeo, pero no logró divisar a Oliver… ni a Alina. Alguien le habló y respondió automáticamente con una sonrisa.

—¿Has visto a Oliver?

—Me parece que hace unos momentos estaba en la terraza.

—Gracias.

Con un nudo en el estómago, atravesó los ventanales que recorrían la parte de atrás de la casa. No había rastro de él. Estaba dudando si salir al jardín en su busca cuando oyó voces apagadas cerca.

Se hallaban en las sombras en el extremo de la terraza, bajo las glicinias. El hombre estaba de espaldas a ella, pero supo que se trataba de Oliver; jamás podría confundir esos hombros anchos, la forma perfecta de su cabeza. Y no cabía duda de la identidad de la mujer que tenía en brazos cuando la luz de la luna se reflejó en su cabello rubio plateado.

—Claro que nada cambiará entre nosotros —lo oyó decir en voz baja pero nítida.

Ginny retrocedió de inmediato, atontada por esa inequívoca prueba, y tropezó con una baldosa suelta. Oliver se volvió, y al verla su expresión de sorpresa se tornó en una de irritación. Alina se apartó de sus brazos, con la sonrisa de un felino que acabara de lamer leche.

—Perdonad —murmuró su hermanastra, y se escabulló con discreción, dejándolos solos.

Oliver frunció el ceño, mirando el lugar que había ocupado Alina y luego a Ginny.

—¿Qué pasa? —demandó.

—¿Qué quieres decir con «qué pasa»? —replicó ella, a punió de llorar—. ¿Qué hacías aquí con Alina?

—¿Qué estás insinuando? —inquirió secamente, con un destello de advertencia en los ojos.

—¿Qué piensas que quiero decir? —espetó, desvanecida su idea de una discusión digna. Quiso gritarle, pero se vio obligada a mantener la voz baja para no atraer atención—. Se supone que te has prometido conmigo, pero desde que ella regresó a Inglaterra contigo, parece que has preferido pasar tu tiempo en su compañía.

—¿Y? —dijo con voz irritada—. ¡Es mi hermanastra, por amor

del cielo! Y está pasando por un mal momento. Te lo dije, no puedes esperar que te brinde mi atención en todo momento, así que será mejor que te acostumbres y dejes de comportarte como una niña malcriada.

Ginny sintió como si la hubieran abofeteado.

—¿Una niña malcriada? ¿Eso es lo que piensas de mí? —las lágrimas le escocieron los ojos cuando se quitó la hermosa esmeralda que sólo había tenido puesta una hora—. ¡Bueno, en ese caso será mejor que te devuelva el anillo! —lo arrojó a sus pies, dio media vuelta y bajó corriendo los escalones para perderse en las sombras del jardín.

Cegada por las lágrimas, vagó por el sendero de grava hasta llegar al costado de la casa, donde los invitados habían aparcado sus coches. El de Oliver estaba ahí; había vuelto a alquilar un Aston Martin, como el día en que la recogió en la escuela. Pasó la mano por su refulgente costado y revivió cada momento de aquel viaje. Entonces se había dicho que él jamás podría sentirse interesado por una colegiala ingenua. Debería haberlo recordado.

El ruido de unos pasos inseguros hizo que se volviera alarmada. Pero era Mark Ransome, borracho como de costumbre, sus oscuros rizos en desorden, su impecable chaqueta abierta. La miró, y al reconocerla entre las sombras, sonrió.

—Ah… iGinny! Hola, pequeña. ¡Estupenda fiesta! —hipó—. Perdón…

Le devolvió una sonrisa débil; conocía a Mark desde hacía años. A menudo se había declarado locamente enamorado de ella, pero nunca lo tomó en serio, ya que le había dicho lo mismo al menos a media docena de sus amigas.

—No pensarías irle a casa en coche en ese estado, ¿verdad? —preguntó con cierta preocupación.

—No, no… he salido a tomar un poco el aire —garantizó, parpadeando al tratar de enfocarla—. Bueno, así que estás fuera del mercado, ¿eh? ¡Ese Oliver Marsden siempre fue un bastardo con suerte! ¡Debí suponer que te arrebataría antes de que nadie más tuviera una oportunidad! —suspiró y se acercó a ella—. Siempre he pensado en ti, ¿sabes? Aunque no puedo culparte por rechazarme.

—Sí, bueno… —dijo con la mandíbula apretada con fuerza—. No voy a casarme con él, Mark. ¡Lo odio!

—¿No vas a casarte con él? —frunció el ceño y su mente embotada asimiló despacio esa sorprendente información—. Pero si te acabas de prometer.

—Y no he tardado en romper el compromiso —aseveró con amargura—. Debe de haber sido el compromiso más breve de la historia —surgieron las lágrimas y se apoyó en él buscando confort —, ¡Oh, Mark…!

Sin saber qué otra cosa hacer, él la abrazó y le dio palmaditas en el pelo.

—¡Oh…! Bueno, pero… Vamos, pequeña. Quiero decir…

Ella alzó la cabeza y lo miró. Realmente era muy atractivo, cuando no estaba demasiado ebrio. Gustaba a muchas de sus amigas, a pesar de su fama de libertino… o quizá debido a ella.

—Bésame, Mark —le ordenó.

Él pareció momentáneamente sobresaltado, pero no discutió. Ginny cerró los ojos y separó los labios cuando Mark pegó su boca a la suya.

Besaba bastante bien… aparte de! sabor a whisky. No como Oliver, desde luego. Pero no iba a pensar nunca más en Oliver. Levantó los brazos y los pasó alrededor de su cuello, atrayéndolo. Animado, sus manos empezaron a acariciarla de un modo que no habría lardado en detener en circunstancias normales. Pero esa noche no le importaba… ¡haría lo que le apeteciera!

—Metámonos en el coche —farfulló él. ¡Sí! ¡Le estaría bien empleado a Oliver que perdiera la atesorada virginidad que había estado reservando para él en el asiento trasero de su propio coche! La puerta no estaba cerrada, y ambos cayeron en el asiento en una maraña de brazos y piernas. Mark respiró entrecortadamente al afanarse en encontrar la cremallera de su vestido, con la boca húmeda sobre su rostro. La incomodidad hizo que Ginny empezara a lamentar su acto impulsivo. Pero Mark se hallaba lleno de entusiasmo y la arrinconó, llenándole el cuello y los hombros de besos. Intentó moverlo un poco para aliviar la postura en la que se encontraba, pero él lo tomó como si le diera más ánimos y bajó la mano para deslizaría por debajo del vestido.

—Mark… por favor… —susurró, tratando de bajarse el vestido al tiempo que con la otra mano intentaba contenerlo—. Me parece que no deberíamos…

—Maldita sea… ¡me he enganchado el gemelo en tus estúpidas medias! —gruñó, y bajó la cabeza para analizar la causa del problema. En su ebrio estado, cayó sobre el asiento del conductor y se enganchó el codo en el volante, haciendo sonar el claxon.

—¡Oh, no! —dominada por el pánico, Ginny trató de librarse, y sólo consiguió subirse un poco más la falda del vestido… y en ese momento la puerta del coche se abrió.

Lo único que vio Ginny fue la sonrisa de triunfo en el rostro de Alina. Detrás de ella, un círculo de observadores curiosos trataba de captar un vistazo de lo que pasaba. Las pruebas la condenaban: ella tenía el pelo muy revuelto, el vestido había bajado hasta dejarle un hombro desnudo.—, y la mano de Mark reposaba en lo alto de un muslo al descubierto.

—¡Ginny! ¿Qué demonios…? —la voz de Alina transmitía una profunda sorpresa—. ¿Cómo has podido?

Sintió que se ruborizaba. Se subió el tirante del vestido y apartó la mano de Mark de su pierna, desgarrando las medías, y a trompicones, salió del coche. Huyó lejos de los testigos de su humillación: rodeó la casa y entró por la cocina, subió a su dormitorio, cerró la puerta y se arrojó a la cama, jurándose que no saldría jamás.

¿Había pasado tanto tiempo? Al bailar en ese momento con Oliver, pegada a ese cuerpo esbelto y de músculos duros, al respirar la fragancia de su piel, habría resultado fácil fingir que todos esos años nunca habían transcurrido, que bailaban en su fiesta de compromiso y aún llevaba el anillo en el dedo.

Pero el pasado no se podía borrar con tanta facilidad, pensó con amargura. Aquella noche había proyectado una sombra muy alargada.

Nunca se había enterado de cómo reaccionó él. Le había enviado una nota en la que se disculpaba y le sugería que se quedara con el anillo, y para cuando salió de su retiro auto impuesto, Oliver había vuelto a los Estados Unidos.

Descubrió que los rumores habían volado. Mark había sido una elección desdichada. Los que presenciaron la escena no estaban muy seguros de lo que habían visto, pero mostraron una gran predisposición a llenar el vacío. La negación más bien vaga de Mark se descartó… en realidad, había estado demasiado borracho como

para recordar el incidente con mucha claridad. La única que podría haber redimido la reputación de Ginny era Alina, pero ésta dejó que su silencio fuera elocuente.

Al principio no le había importado lo que dijera la gente; que la consideraran un poco rebelde había parecido un excelente disfraz para un corazón roto. Además, no tardó en darse cuenta de que nada podía hacer al respecto… sólo tenía que bailar con un hombre joven en una fiesta para que lo añadieran a la creciente lista de sus amantes.

Y, por desgracia, sus acompañantes con frecuencia habían demostrado que no eran caballeros, temerosos de las burlas de los demás al considerar que habían sido los primeros en no tener éxito con ella. Y ahí estaba, cargada con una fama tan lujuriosa como la que había tenido Mark. sin nada que la justificara.

En cuanto a Alina, había ganado; juego, set y partido. O eso había parecido en su momento. Las dudas habían entrado en Ginny poco a poco. Después de todo, si Oliver estaba realmente enamorado de ella, ¿por qué no se habían casado? Aunque los tratamientos médicos modernos no pudieran solucionar su incapacidad para tener hijos, siempre podían adoptar. Era una solución mucho más lógica que la trama rebuscada que había ideado Alina.

Si hubiera tenido un poco de sentido común, lo habría comprendido en su momento en vez de reaccionar de forma tan impetuosa. Pero era joven e insegura, dominada por sueños románticos… una presa muy fácil para que una mujer como Alina la manipulara. Hoy sería una rival mucho más digna.

Pero ya era demasiado tarde, se recordó con ironía. ¿De qué servia pensar en lo que habría podido ser? Si Oliver había sentido alguna vez algo por ella, hacía tiempo que dicho sentimiento se había acabado.

Una brisa fresca la sacó de sus pensamientos. ¿Cuánto llevaban bailando? La luna, que al principio estaba en lo alto del ciclo como un dólar de plata, había desaparecido, dejando sólo las lejanas estrellas. El grupo aún tocaba, pero a través de las cortinas, pudo ver que la pista se hallaba casi desierta. Apenas bailaban unas pocas

parejas mientras el personal recogía con discreción.

—Oh… no me había dado cuenta de que era tan tarde —comentó, ahogando un bostezo.

Oliver miró su reloj de oro.

—No te queda mucho si de verdad piensas bailar hasta el amanecer —repuso.

—Oh, no me molesta no hacerlo —sacudió la cabeza—. Puede ser un aburrimiento si lo haces siempre.

—¿Es que te has vuelto mayor para jugar a la chica desenfrenada? —sonrió burlonamente.

—Oh, no. Seré una chica desenfrenada hasta que sea lo bastante mayor como para ser una vieja descarada.

—Y yo que solía pensar que eras una joven dulce e inocente —la provocó—. Una prometida virgen. Qué equivocado estaba… tan preocupado por tu virtud de doncella, atento a no asustarte… —lentamente había subido la mano por el brazo de Ginny hasta dejarla en su cuello y echarle la cabeza hacia atrás—. Pero no tendría que haberlo hecho, ¿verdad? Quizá, si hubiera sido menos galante, no habrías sentido la necesidad de estar medio desnuda en la parte de atrás de mi coche con ese galán borracho, demasiado obnubilado como para apreciar los placeres que le entregabas con tanta libertad.

Al fin, había expuesto la furia oculta tanto tiempo bajo su ecuánime fachada, y a medida que apretaba los dedos alrededor de su cuello, ella sintió un aguijonazo de pánico. Durante un fugaz momento pensó que la iba a estrangular… Pero entonces bajó su boca con dureza e insistencia, abriéndole los labios y obligándola a ceder a la invasión saqueadora de su lengua cuando penetró en todos los rincones de su boca, exigiendo su rendición.

No fue un beso, sino un castigo. Al menos, esa había sido la intención de Oliver. Pero su puro salvajismo pareció encender las llamas avivadas por todo el dolor de los últimos seis años, y de pronto se lo devolvió, sin importarle que le dañara los labios, equiparando su fiera urgencia.

El tenía la mano en su espalda y la apretaba contra su cuerpo. Cuando ella intentó respirar, el ceñido freno del corsé le aplastó los pechos y envió chispas a su cerebro. Si la hubiera besado de esa forma antes, jamás habría dejado que Alina ni nadie se lo

arrebatara.

Finalmente, él se apartó con un brillo burlón en los

—Bueno, sin duda has aprendido una o dos cosas desde la última vez que te besé —comentó, y su tono no dio a entender que fuera un cumplido.

Ginny sintió una especie de satisfacción amarga al enfrentarse a su mirada con la cabeza ladeada en ángulo desafiante.

—Habría sido un poco sorprendente lo contrario —respondió, y con un supremo esfuerzo de voluntad, consiguió mantener su habitual fachada impertinente—. Seis años es mucho tiempo. No los pasé en un convento.

—No, supongo que no —rió con frialdad—. De hecho, si una cuarta parte de lo que he oído sobre ti es verdad, has estado cerca de pasarlos en un burdel.

—¿Le prestas atención a los cotilleos, Oliver? ¡Qué vergüenza!

—Oh, jamás confío en la información que me llega de segunda mano —replicó con un tono de sarcasmo—. Siempre intento llevar a cabo mi propia… investigación —con el pulgar trazó el contorno de sus labios temblorosos, aún sensibles por su beso intenso—. Creo que la evidencia confirma los rumores.

—Bueno, pues no pienses que vas a añadirme a tu lista. Me has comprado por un día, y eso es !o único que vas a obtener —dio media vuelta y regresó al salón.

Capítulo 5

EL RESTAURANTE era nuevo y muy elegante; la comida excelente y su pareja compañía suficientemente agradable. Pero aunque se esforzó, Ginny no pudo mostrar ningún entusiasmo.

Había pasado casi una semana desde la noche del baile de caridad, y sus preocupaciones económicas no habían desaparecido. Una discusión incómoda con el abogado de su padre la había hecho llegar a la deprimente conclusión de que había pocas posibilidades de que pudiera salvar algo del desastre. Iban a ponerle otra demanda, y para hacerle frente tendría que vender la casa.

En esas desesperadas circunstancias, la ligera sugerencia de Sara de que encontrara un marido rico empezaba a sonar como una seria opción. Claro que no se casaría con alguien que no le gustara, pero eso aún dejaba un campo bastante amplio donde elegir.

O eso le había parecido hasta esa noche.

Jeremy era agradable, pero, como dijera Sara, resultaba demasiado agradable. Se había mostrado muy atento, ansioso por hacer lo que ella quisiera, sin mostrar su desacuerdo con nada de lo que ella decía.

Y para rematarlo, cuando el camarero les servía el plato principal, miró por casualidad el local… y se en encontró con los ojos burlones de Oliver. Cenaba solo no lo había visto, de lo contrario le habría sugerido a Jeremy ir a otro sitio.

Maldita sea, ¿porqué tuvo que elegir justo ese restaurante? Debía de ser pura coincidencia… ¿no? Se había esforzado al máximo por ignorarlo, pero era demasiado consciente de su presencia, de su oscura mirada. Aquello le quitó el apetito.

—¿Quieres un poco más de vino? —preguntó Jeremy con timidez al tiempo que alzaba la botella.

—Gracias —se obligó a sonreír y alargó la copa, pero, en su nerviosismo, él dejó que cayera un poco en su mano.

—Oh… Lo siento…

—Está bien —no pretendía que su voz sonara irritada, pero su paciencia estaba agotada después de los acontecimientos de las últimas semanas.

—Lo siento —repitió, sonrojado—. Toma… —le ofreció la servilleta para que se secara, aunque ella ya había empleado la suya —. Lo siento…

—Por amor del cielo, ¿quieres parar de disculparte?

—Lo siento… —el pobre Jeremy se quedó abatido, mirándola con los ojos heridos de un cachorrito apaleado.

Tuvo que morderse la lengua; se comportaba como una absoluta zorra, y no era culpa de él. «Cuenta hasta diez y sonríe», se dijo, conteniendo el impulso de sacudirlo.

—No importa…

—Buenas noches.

Alzó la vista y vio a Oliver junto a su mesa. El brillo en sus ojos le indicó que había oído su intercambio verbal de los últimos minutos.

El rostro abierto de Jeremy se iluminó de alivio.

—¡Oliver! Qué agradable sorpresa, ¿verdad, Ginny? ¿Por qué no… Quiero decir, si no estás acompañado, desde luego. Casi hemos terminado de cenar. Siéntate… toma una copa de vino con nosotros. Es decir… —se volvió a Ginny, suplicándole que lo liberara de la incomodidad de estar a solas con ella.

Ella sonrió; ¿había sido tan desagradable?

Oliver aceptó la invitación con una educada inclinación de cabeza; el camarero ya estaba acercando una tercera silla a la mesa.

—¿Qué te parece el sitio? —preguntó Jeremy, ansioso por agradar—. Ayer me encontré con Oliver en el club de squash y me preguntó si conocía un lugar que pudiera recomendarle —añadió con orgullo dirigiéndose a Ginny—. Le dije que íbamos a venir esta noche.

Sólo la larga práctica le permitió ocultar sus emociones; su cabeza era un torbellino. Debió suponer que no era una coincidencia desdichada lo que había llevado a Oliver al mismo restaurante. Así que se encontró con Jeremy y le pidió que le

recomendara un restaurante? Sí, y los cerdos volaban. El pobre Jeremy probablemente no imaginó en ningún momento que había sido una trampa.

Pero, ¿por qué?

—Bueno, ¿no es estupendo? —la cordialidad forzada de Jeremy sólo sirvió para exacerbar la tensión de Ginny—. ¿Pedimos otra botella de vino? —alzó la mano para llamar la atención de uno de los camareros.

—Por mí no, gracias —Oliver sacudió la cabeza—. Tomaré un café —dio la impresión de que sólo enarcaba la ceja un milímetro, pero al instante tuvo a un camarero a su lado; el contraste con los intentos infructuosos de Jeremy fueron casi embarazosos.

—Bien… ¿Cómo está lady Lulworth? —preguntó Jeremy de buen humor.

Oliver esbozó una sonrisa irónica.

—Muy bien, creo. Debo confesar que me esfuerzo al máximo por mantenerme apartado de su camino.

—¡No le culpo! —Jeremy rió un poco fuerte—. Esa mujer me aterra. Me recuerda a una vieja tía mía que vive en algún terrible lugar en Northumberland.

Al menos con la charla de Jeremy no necesitaba entablar conversación con Oliver. El camarero le había llevado el postre y Ginny jugaba con él. Luchando por acallar la incómoda percepción del hombre sentado a su lado. Pero de algún modo el recuerdo del beso que le dio en el baile no dejaba de repetirse en su cabeza, y de nuevo se encontró estudiando la boca firme y sensual. Debía de estar completamente loca, pero no podía negarlo, quería que la besara otra vez.

La velada pasaba de difícil a desastrosa. Por desgracia, Jeremy, para eliminar su incomodidad, estaba bebiendo demasiado; tenía el rostro acalorado y cada vez divagaba más. Al salir del restaurante fue evidente que se hallaba demasiada ebrio para conducir.

—¿Te llevo? —ofreció Oliver con la puerta abierta mientras Ginny ayudaba a Jeremy a sentarse.

—Oh, no, gracias… ni se nos pasaría por la cabeza someterte a semejante molestia —respondió en el acto. Lo último que deseaba era estar en su compañía más tiempo que el necesario.

—¿Crees que se encuentra en estado de ir a casa en un taxi? —el

sarcasmo en sus ojos se burló de su cobardía.

Ella titubeó. Pero Oliver tenía razón, maldita sea… Jeremy apenas se sostenía en pie. Le iba a costar mucho llevarlo a salvo a casa.

—Muy bien —concedió a regañadientes—. Gracias.

Alzó la mano y un Rolls Royce azul se dirigió a su encuentro. Un chófer uniformado se apeó del coche.

—Haremos un pequeño desvio, Foster —informó Oliver.

—Sí, señor. Perdón, pero, ¿el caballero no se sentirá un poco… mareado en la parte de atrás del coche, señor?

—Espero que no —respondió con sonrisa sombría—. S¡ diera la impresión de ser algo inminente, intentaría advertírselo a tiempo.

—Gracias, señor —repuso el chófer, preocupado por la integridad de su preciado vehículo.

Con dificultad consiguieron persuadir a Jeremy de no empezar a citar poesías sobre la luna y de que entrara en el coche. Tras ciertos titubeos, se estiró en el asiento y se quedó dormido. Oliver se sentó junto a él, levantándolo y apoyándolo sobre su hombro. Ginny, sumamente avergonzada por la condición de embriaguez de su acompañante, aceptó la educada sugerencia del chófer de que usara la otra puerta.

Al menos reinaba la oscuridad en el interior. Pudo estudiar el duro perfil de Oliver. ¿A qué extraño juego se dedicaba apareciendo de esa manera en el restaurante? ¿Era su modo de advertirle de que no había escapatoria a la venganza que había planeado para ella?

En ese caso, no iba a dejarle ver lo mucho que la había perturbado. Esbozó su mejor sonrisa y buscó un tema neutral de conversación.

—¿Te gusta volver a estar en Londres?

—Me voy acostumbrando —repuso—. El ritmo de vida es bastante más lento, desde luego, aunque eso no es malo. Me da tiempo para pensar en otras cosas que el trabajo.

—Estupendo —intentó sonar entusiasmada, pero se notó tensa —. ¡Mucho trabajo y nada de ocio es malo para la salud!

—¿Y cómo lo sabes? —se mofó—. Nunca has trabajado.

—¿Para qué querría un trabajo? —inquirió con indiferencia—. No necesito el dinero.

—¿No? —a pesar de estar en penumbra, percibió que la

observaba—. ¿Qué piensas hacer ahora que ha desaparecido la fortuna de tu padre? ¿Encontrar un marido rico? ¿Alguien que se pueda permitir mantener tu estilo de vida?

—¿Cómo le has enterado de la situación económica de mi padre? —preguntó a la defensiva, casi sin poder hablar.

—Me lo contó mi padre, por supuesto. ¿Cuánto tiempo pensaste que podrías mantenerlo en secreto? ¿El tiempo suficiente para conseguir llevar a un pobre tonto al altar? ¿Cuándo ibas a decírselo? ¿La noche de bodas? No es una base muy sólida para el éxito de un matrimonio, ¿no?

—No seas… ridículo-repuso incómoda—. ¡Jamás se me pasaría por la cabeza hacer algo así!

—¿De verdad? —rió—. ¿Quieres decir que la idea jamás se te pasó por la cabeza?

Por suerte en ese momento el coche se detuvo ante el apartamento de Jeremy, y le ahorró la necesidad de encontrar una respuesta.

Jeremy gruñó cuando lo despertaron. Hizo falta toda la fuerza del chófer y de Oliver para bajarlo.

—¿A dónde vamos? —farfulló—. ¡Eh, es mi casa! ¡Estupendo! ¿Por qué no entráis a tomar una copa?

—Creo que deberías ceñirte a café —aconsejó Oliver—. Preferiblemente solo y bien cargado.

Entre los tres tuvieron que llevarlo al interior del apartamento y, una vez allí, fue una odisea convencerlo de que no atacara su bien provisto bar. Pero al fin consiguieron persuadirlo de que se fuera a dormir. Ginny le quitó los zapatos mientras Oliver se ocupaba de la chaqueta y la corbata. Lo dejaron roncando.

De vuelta en el coche, Ginny suspiró.

—¿Por qué demonios sales con ese idiota? —preguntó Oliver con tono divertido.

—Saldré con quien me plazca —repuso, alzando la barbilla—. No necesito tu aprobación.

—No pensarás casarte con él, ¿verdad?

—¿Y qué si es así? —espetó con rigidez—. No es asunto tuyo con quién elija casarme.

—¡El pobre tonto! —rió en voz baja—. No, Ginny, no puedes. Lo harías desdichado.

—¿Y por qué habría de importarte? —demandó—. Que yo sepa no sois amigos.

—Digamos que no me gusta ser testigo de una crueldad innecesaria con criaturas desvalidas —provocó—. ¿Crees que podrías serle fiel más de una semana?

Ella se encogió de hombros en gesto de indiferencia. Le dolía que aceptara con tanta facilidad la injusta reputación que se había ganado, pero no tenía intención de sacarlo de su error.

—Lo dudo —repuso con ligereza.

—Entonces, ¿por qué casarte con él?

—Nunca dije que fuera a hacerlo —protestó, frustrada por el poco control que parecía tener sobre la conversación—. Repito que no es asunto tuyo.

—Oh, pero lo es —hubo una leve nota de amenaza bajo su sedosa voz—. No me gustaría que la gente pensara que preferías casarte con un pardillo antes que conmigo.

—Dudo que alguien pensara eso —se obligó a reír—. Casi todos deben haber olvidado ya nuestro equivocado compromiso… Fue hace tanto tiempo…

—¿De verdad lo piensas?

No, había sido un escándalo. Era bien consciente de que nadie lo había olvidado.

El alargó la mano y enroscó un mechón suelto de su pelo en un dedo.

—¿Sabes?, deberías haberte casado conmigo —susurró—. Entonces, no te habrías visto obligada a salir con gente como Jeremy.

Ella contuvo el aliento con tanta brusquedad, que estuvo a punto de atragantarse. Se reía y se burlaba de ella. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para atizarle una mirada de desdén.

—Para tu información, nos iba bastante bien hasta que apareciste.

—No lo parecía. Daba la impresión de que estabas mortalmente aburrida.

—¡Eres tan arrogante, que no puedes imaginar que una mujer lo pase bien si no es contigo! —exclamó, irritada por dejar que la provocara.

—¿Arrogante? —tras un momento de reflexión, decidió que era

un cumplido—. Es posible. Pero si salieras a cenar conmigo, te aseguro que no te aburrirías. Y si te hubieras casado conmigo, jamás habrías sido infiel.

—¿Oh? —el corazón le latió con mucha fuerza—. ¿Qué habrías hecho? ¿Encerrarme en el desván?

—No —se adelantó y bajó la cortina que los separaba del conductor, dejándolos solos en su mundo de lujo—. Me habría cerciorado de que nunca hubieras deseado hacer el amor con otro.

De pronto, Ginny se encontró atrapada en un rincón del asiento. Con una mano, Oliver le apartó un mechón suelto de la mejilla, y ella luchó por resistir la tentación de dejarse ahogar en las profundidades de esos ojos oscuros y peligrosos.

—Nunca… —afirmó él con voz baja y ronca al tiempo que le rozaba los labios.

Fue un beso tierno, tentador, que prometía la dulce intimidad que ella siempre había soñado. Al soltar el aliento en un suspiro silencioso, él tomó la suave curva de su labio inferior entre sus dientes blancos, mordisqueándolo de forma sensual y provocándole escalofríos.

Las voces en su cabeza le gritaban que se resistiera, pero algo se derretía en su interior y minaba todas sus defensas; impotente, se entregó a la magia de su hechizo cuando su enervante lengua recorrió el delicado interior de sus labios, incitando una respuesta.

La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, y ella tembló al percibir la cruda fortaleza masculina que tan bien ocultaba bajos sus modales y su impecable traje.

La mano había bajado por su cuerpo, reclamando la intimidad que Ginny supo que debería negarle, aunque desconocía cómo.

Una necesidad honda y dolorosa se había agitado dentro de ella, una necesidad que había despertado por primera vez tantos años atrás aquella noche mágica en que bailó con él, la noche de su decimonoveno cumpleaños. Creía que había aprendido a controlarla, pero en ese momento la carcomía con fiera urgencia, y, como el genio que ha escapado de la botella, supo que nunca más sería capaz de volver a someterla.

Él profundizó el beso, saqueando todos los dulces y secretos rincones de su boca cuando echó la cabeza hacía atrás hasta apoyarla en su brazo, desvalida en su rendición. Supo que su

debilidad sólo alimentaría su desprecio, en aparente confirmación de todas las historias que corrían sobre ella. ¿Cómo iba a adivinar que no había habido nadie… sólo unos pocos besos?

Lenta y enloquecedoramente, Oliver alzó la mano por la esbelta extensión de su muslo, más allá de su estrecha cintura… Ginny contuvo el aliento en tensa espera, hasta que sus dedos rozaron la madura curva de su pecho, abarcándolo como para evaluar su firmeza, aplastándolo bajo su palma. Sintió que la tierna cumbre se convertía en un duro capullo de placer, ardiendo bajo la deliciosa fricción. Arqueó la espalda en invitación hacia él y gimió deseando más de su exquisito toque.

—No vas a casarle con Jeremy —gruñó con fiereza—. Ni con ninguno de esos ociosos pusilánimes con los que has estado saliendo. Si vas a casarte con alguien, será conmigo.

Ella abrió los ojos sobresaltada. Oliver exhibía una sonrisa carente de calidez o humor. Aún la tenía atrapada en el rincón y su mano continuaba sobre su pecho con despiadada posesión.

—¡No! —luchó por apartarlo y retrocedió todo lo que pudo—. ¿Casarme contigo? ¡Debes de estar loco!

El rió y se deslizó hacia su rincón.

—¿Es una perspectiva tan horrible? —inquirió con sequedad—. No pensabas eso hace seis años.

Ella recurrió a toda su destreza para el engaño para imitar su frío distanciamiento.

—Me sentí… halagada —respondió con tono ligero—. Sólo tenía diecinueve años. El problema es que mi padre insistió en dar esa estúpida fiesta e invitó a todo el mundo, y yo no supe cómo escapar de la situación.

—Comprendo tu dilema —su voz sonó suavemente amenazadora —. Por desgracia, siento un profundo desagrado por la gente que reniega de un compromiso.

—No hablas en serio —protestó con cierta inseguridad—. ¿Después de… todo lo que pasó?

—Ah, sí… recuerdo tu peculiar gusto de hacer el amor en la parte de atrás de un coche, ¿verdad? —musitó—. Fue toda una escena, por lo que oí. Pero, ¿Mark Ransome? Habría jurado que tenías mejor gusto.

—Al menos estaba más próximo a mi edad —contraatacó con

desesperación—. Y era divertido.

El dardo venenoso no dio en el blanco. Él apenas sonrió con un deje de arrogancia.

—Promete ser un juego interesante. Pero te lo advierto… tengo fama de obtener siempre lo que quiero. Y para ganarte esa reputación a veces tienes que jugar duro.

A Ginny se le aceleró el pulso. Ya le había dado una demostración de la dureza con la que estaba dispuesto a jugar, tras explotar de forma despiadada las debilidades de su cuerpo con sus besos y sus expertas caricias. La parte racional de su cerebro podía ser consciente de la dulce trampa, pero no estaba segura de que fuera capaz de resistirse al cebo.

El coche se había detenido ante un semáforo, y de pronto vio que se hallaban a unos cientos de metros de su casa. Et pensamiento instintivo fue escapar.

—Gracias por traerme —trató de abrir la puerta—. Puedo ir andando desde aquí —le lanzó una sonrisa que esperaba que transmitiera seguridad, salió del coche y se alejó.

—¿Ginny…?

Alzó la barbilla y lo ignoró, pero el efecto quedó estropeado al darse cuenta de que se había olvidado el bolso en el coche. El vehículo se situó a su altura y la ventanilla de cristal tintado bajó. Una mano alargó el bolso.

—Gracias —repuso, casi arrebatándoselo.

—Que duermas bien.

La ventanilla subió y el elegante coche se dirigió hacia la ciudad.

¿Dormir? Suspiró y acomodó la almohada en un ángulo mejor. El reloj sobre la mesita se mofó de ella con la información de que eran las cuatro y veinticinco de la mañana.

Unas semanas antes, la vida había sido bastante sencilla. Era feliz… bueno, tan feliz como la mayoría de la gente. Y había dado por hecho que el mundo continuaría de la misma manera… y que quizá algún día pudiera casarse con uno de los jóvenes agradables que con tanta ansiedad la cortejaban.

Pero todas esas ilusiones confortables habían quedado hechas añicos, reconoció con ironía, y no sólo por su terrible crisis

financiera. En realidad, en todo momento había sabido que nunca se casaría con otra persona que no fuera Oliver, que jamás podría compartir la cama con otro hombre.

Pero no podía casarse con él. Sintió un escalofrío de pasión al recordar la escena en el coche, el modo insolentemente posesivo en que su mano se había demorado en su pecho…

Con un gemido, se dio la vuelta; debía de estar loca para haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Lo único que había conseguido había sido confirmar que todo lo que se había dicho acerca de ella era verdad, que era fácil con sus favores y que merecía su desprecio. Pero si él pensaba eso, ¿por qué demonios quería casarse con ella?

¿Hacía falta preguntarlo? Seis años atrás, ella había pisoteado su orgullo, y ahora quería algo más que una simple venganza, deseaba retribución. Al obligarla a casarse con él, hasta cierto punto conseguiría borrar el recuerdo de la afrenta pasada; pero si se casaba con otro, sólo lo potenciaría.

¿Qué clase de matrimonio sería? Oliver había demostrado con devastadora claridad por el modo en que la besó y la tocó que no sería sólo de apariencias, iba a exigirle una entrega total. Y Ginny era muy consciente de la facilidad con la que podría derribar sus defensas. Podía ser que su mente se esforzara por resistirse, pero su cuerpo traidor la delataría.

Incluso en ese momento lo anhelaba con un ansia profunda que no quería desaparecer. ¿Cómo sería tener que compartir la cama con él, al menos tantas veces como Oliver lo deseara? Porque no se engañaba, en cuanto se saciara con el botín de guerra, no quedaría nada. Pero no la dejaría ir, oh, no, la mantendría unida a él para siempre.

Y como parte de sus deberes maritales, sin duda esperaría que le diera un heredero.

Sintió un súbito aguijonazo. Estar embarazada de él, tener a su hijo… En una ocasión, había soñado con ello. Pero se había obligado a desterrar esos sueños.

Algo pareció agitarse en sus ojos, y con cierta sorpresa descubrió que era una lágrima. Hacía tiempo que no lloraba. Ni siquiera la muerte de su padre tras una larga enfermedad, a pesar de la tristeza que le había producido, consiguió que llorara. Entonces, ¿por que

derramaba lágrimas por el estúpido de Oliver Marsden? Era como si aún estuviera enamorada de él…

Sí, maldita sea, así era. O al menos lo estaba del Oliver Marsden que recordaba de Nueva York, el compañero risueño que la había llevado en el Ferry de Staten lsland, que había subido corriendo por las escaleras del Museo Guggenheim y comido helados con ella en Battery Park.

Resultaba difícil creer que se hubiera equivocado por completo con él. Quizá fuera verdad que no la quisiera del modo en que ella deseaba, quizá le había pedido que se casara con él por una extraña lealtad hacia su padre y el deseo de tener un hijo que prolongara el apellido familiar. Pero con el tiempo puede que hubiera llegado a amarla… si Alina no hubiera interferido.

Ya no había posibilidad alguna de recapturar aquel espíritu… ella lo había destruido con su necio e impetuoso comportamiento. Lo único que quedaba era un hombre enfadado y hostil, decidido a castigarla; y en realidad no podía culparlo.

Al fin, consiguió sumirse en un sueño inquieto.

Capítulo 6

LA CASA parecía reverberar con el vacío. Ginny vagó de una habitación a otra sumida en un torbellino de recuerdos felices de su infancia, de su madre… una lágrima le corrió por la mejilla, pero no se molestó en secarla. Se había forzado a aceptar que tendría que venderla, aunque no esperó encontrar tan pronto un comprador. En ese momento el mercado para casas tan grandes como la suya no estaba boyante, por lo que contó con disfrutar de un poco más de tiempo. A pesar de que en los últimos tres o cuatro años no había vivido allí, seguía siendo su hogar.

Sintió rabia hacia el comprador desconocido con el que había quedado. Otra persona miraría por los altos ventanales hacia el soleado jardín, alguien que haría muchos cambios. Siempre y cuando decidiera vivir en ella. ¿Y sí se trataba del representante de una corporación anónima que planeaba convertir la casa en un centro de conferencias o en un campo de golf?

Frunció el ceño. ¿Por eso el agente inmobiliario se había mostrado tan reticente? Por desgracia no tenía elección en el asunto, estaba obligada a aceptar la oferta más alta.

El sonido de unas ruedas sobre el camino de grava hizo que se volviera. Llegaban puntuales. Su tiempo a solas en la casa se había terminado. Respiró hondo, atravesó la sala y salió al vestíbulo. Había decidido que tomaría la iniciativa abriendo la puerta de entrada antes de que el visitante llamara… estar de pie en lo alto de los escalones le daría la ventaja de la altura.

Pero ésta no duró más que el tiempo que le llevó reconocer la elegancia aerodinámica del Aston Martin aparcado junto al rosal y al hombre alto que bajaba de él. Oliver Marsden. El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué haces aquí? —demandó con beligerancia. Él subió los escalones con paso ágil y atlético: cuando llegó junto a Ginny, ésta se vio obligada a levantar la cabeza.

—No es una forma muy graciosa de darle la bienvenida a un comprador potencial. En especial a uno que está dispuesto a hacer un oferta generosa.

—¿Tú? —maldita sea, debió adivinarlo; ya le había advertido que jugaba duro—. ¿Por qué quieres mi casa?

—Ahora que pienso establecerme definitivamente en Inglaterra, quiero un sitio donde vivir —respondió con voz suave—. ¿Piensas mostrármela?

—No te hace falta verla —respondió con mirada gélida—. Ya la conoces… has venido bastantes veces.

—De todos modos, me gustaría echar un vistazo —insistió—. Si no es demasiado problema.

Ella titubeó, tentada a cerrarle la puerta en la cara.

—De acuerdo —concedió de mala gana—. Será mejor que entres.

—Gracias.

Obligada a retroceder, sólo le cabía ocultarse detrás de una fachada de fría dignidad. Después de todo, había que vender la casa, y poco importaba quién la comprara. Nunca más volvería a pisarla, y los chismosos se lo pasarían en grande especulando con lo que habría hecho su padre con su fortuna para haber dejado a su hija sin un centavo.

En cierto sentido, eso era lo que más dolía. Había sido un hombre tan orgulloso, que habría odiado que sus asuntos se ventilaran en público. A ella no le importaba tanto; estaba acostumbrada a los cotilleos. Y se las arreglaría… después de lodo, millones de otras chicas lo hacían. Debía de haber algún trabajo que pudiera hacer. Sólo tendría que habituarse a gastar mucho menos en ropa y a dejar de ir a esas fiestas de la alta sociedad. Bueno, eso no le causaba ningún problema, ya que tampoco le gustaban mucho.

Oliver la observaba con diversión.

—¿Bueno…? —insinuó.

Si iba a comportarse como un comprador normal, ella actuaría como una vendedora normal. Pero no pensaba realizar ningún

esfuerzo para ocultar el sarcasmo de sus palabras. Bueno… Como puedes ver, este es el vestíbulo —anunció con un gesto—. Es la parte más antigua de la casa; probablemente se remonta a mediados del siglo XV, aunque los frisos son un poco posteriores… creo que del reinado de Jacobo II de Inglaterra.

—Hmmm… —asintió, mirando en derredor con interés.

—Ahí a la izquierda está la sala de música —continuó—. El piano, como el resto del mobiliario, está en venta con la casa; probablemente haya que afinarlo… hace muchos años que no se toca —desde que murió su madre, aunque no necesitaba saber eso.

—Es una sala bonita —comentó con aprobación, uniéndose a ella en el umbral.

—Sí que lo es —de hecho, era su favorita de pequeña. Se volvió hacia el vestíbulo—. Éste es el comedor —anunció al tiempo que abría unas anchas puertas dobles—. La mesa se extiende hasta abarcar a veinte personas, aunque quedan muy justas.

—Lo sé.

Sí… la cena de la noche de su fiesta de compromiso. Sentados uno al lado del otro, él le sonreía cuando por accidente sus codos se rozaban; Alina los observaba en silencio y expresión malévola desde el otro extremo de la mesa. Desterró ese recuerdo.

—La repisa es de estilo Adam —prosiguió, imitando a una guía turística—. Pero me temo que es falsa. El espejo que hay encima es bueno. Francés, del siglo XVIII… encontrarás los detalles en el inventario. ¿A continuación te gustaría ver el salón?

—Lo que tú sugieras —aceptó. Su sonrisa no dejaba dudas sobre lo divertida que le resultaba la situación. Podía permitírselo, ya que tenía una mano ganadora.

Giró bruscamente y regresó al vestíbulo.

—Ésta es el ala más nueva de la casa —marchó con firmeza y giró en el extremo del vestíbulo—. De estilo Victoriano. Por suerte, y a diferencia de muchas construcciones de la época, se construyó para que hiciera juego con la parte más antigua. De hecho, desde el exterior, y con la hiedra que la cubre, resulta muy difícil distinguir las diferencias.

—¿De verdad?

Lo miró con frío desdén. Adrede intentaba provocarla, pero estaba decidida a no responder.

—El techo está considerado un buen ejemplo de mampostería victoriana —persistió—. La chimenea es de mármol de Carrara, importado de Italia.

—Muy bonito —atravesó la estancia hacia los ventanales abiertos que daban a la terraza y al jardín—. Siempre me ha gustado este jardín —musitó, saliendo—. Puedes pasear por él durante horas, y aun así no dejar de descubrir algo nuevo en cada giro.

A Ginny se le encogió el corazón; verlo de pie en la terraza le llevó el vivido recuerdo de la noche en que lo había encontrado allí con Alina en sus brazos. «Nada cambiará entre nosotros…» Palabras que con facilidad se podían interpretar de muchas maneras, según lo que esperara el que las oía. ¿Un hermanastro que tranquilizaba a una hermanastra o el juramento de un amante?

Y ahora… había dejado claro que pretendía que se casara con él. Comprar la casa era otra parte de la trampa. Si se casaba con él, podría quedarse en ella… no debería marcharse. Nadie tendría por qué saber jamás que se había visto obligada a venderla. Si se casaba con él…

Oliver se volvió y la miró como si fuera capaz de leerle los pensamientos.

—Bueno, ¿vas a mostrarme el resto de la casa? Retrocedió con presteza mientras él la seguía de nuevo al vestíbulo, demasiado consciente de su presencia, muy vulnerable al aura de poderosa masculinidad que irradiaba. Iba vestido con ropa informal. Respiró hondo, tratando de combatir la súbita oleada de calor que surgió en su interior. Oliver era demasiado perceptivo como para pasar por alto las señales que su traicionero cuerpo emitía, y no dudaba de su falta de escrúpulos para aprovechar cualquier debilidad en su armadura.

—Esa puerta da a la cocina…

Se produjo un sonido estrepitoso cuando su rodilla chocó con el paragüero y los paraguas y bastones resbalaron por el suelo.

Se puso colorada. Maldita sea, ¿cómo podía ser tan torpe? Rápidamente se agachó para recogerlos, y en el momento de alargar el brazo para recoger un bastón de ébano con empuñadura de bronce que había usado su padre, Oliver se arrodilló para ayudarla. Sus manos se rozaron fugazmente, y se le cortó el aliento al sentir

una descarga de electricidad.

Pareció incapaz de moverse; observó a Oliver recoger lodo y devolverlo a su sitio. Entonces, se volvió hacía ella y le ofreció la mano para ayudarla a ponerse de pie.

El corazón le latía con tanta fuerza, que estaba segura de que él podía escucharlo. A regañadientes, aceptó su mano, aunque bajo ningún concepto iba a alzar la vista hacia esos ojos oscuros y peligrosos.

—¿Continuamos el recorrido? —preguntó él con suavidad.

—Oh… sí —con un esfuerzo de voluntad logró tranquilizar su voz—. La única otra sala de esta planta es el estudio de mi padre. No hace falta que lo veas. Te mostraré la planta de arriba.

Pudo sentir su mirada insolente y aprobadora contemplando su contoneante trasero en los ceñidos pantalones de seda gris acompañados de un jersey de cachemira; quiso estar elegante pero cómoda para el comprador que había esperado. ¡Maldito sea! Casi prefería venderle la casa a un balneario que a él.

—En esta planta hay cinco dormitorios, y dos más en la de arriba —recitó—. Dos tienen sus propios cuartos de baño.

—Parece suficiente. Aunque al principio sólo me hará falta una cama… siempre que sea grande y cómoda. Y ancha para dos.

Ginny le lanzó una mirada fría. Abandonó el guión preparado y marchó por el pasillo abriendo una puerta tras otra, dejándolo a su espalda mientras miraba las habitaciones. ¿Cómo pudo haber pensado que estaba enamorada de un hombre tan arrogante e insufrible?

Oliver se detuvo ante la única puerta que ella no había abierto.

—¿Que hay aquí? —indicó con un movimiento de cabeza.

—Es… mi dormitorio — titubeó, cerrando las manos a su espalda.

—Muéstramelo —insistió con una ceja enarcada.

—No tienes por qué verlo —protestó ella con voz tensa.

—Voy a comprar toda la casa.

En realidad, era una tontería; si hubiera sido un comprador corriente, no le habría molestado abrir esa puerta. Pero con él parecía… casi una violación física. Pero la ventaja estaba de su lado; no le quedaba otra alternativa que aceptar su estupenda oferta por la casa… eso o permitir que declararan la bancarrota de su

padre.

Abrió la puerta.

Había decorado la habitación el año anterior; se sentía culpable al pensar en lo que gastó cuando su padre se esforzaba por ocultarle la terrible situación financiera en la que se hallaba. Era bonito y femenino, con tonalidades de color melocotón y crema, y encajes en las ventanas y en la cama con dosel.

Con un poco de suerte, no insistiría en ver el vestidor; era culpablemente consciente de que estaba atestado con todos los vestidos que no le cabían en el apartamento… algunos casi nuevos. Al menos estaba bastante ordenado, lo había comprobado hacía menos de una hora, mientras esperaba…

¡Oh, no! ¿Cómo no se había percatado de las delicadas braguitas francesas de seda blanca que había en el suelo? Debieron caérsele cuando guardaba la ropa limpia. Se sonrojó y trató de cruzar la habitación con gesto indiferente para empujarlas discretamente bajo la cama, pero él se le adelantó.

Las recogió, sujetándolas con un dedo para examinar el exquisito encaje de los bordes; sus ojos se mostraron especulativos.

—Muy bonitas —concedió—. Tienes gustos caros en ropa interior.

—Gracias —replicó cortante, arrebatándoselas y metiéndolas en el cajón más próximo de la cómoda.

—Me gusta que una mujer lleve ropa interior sexy. Demuestra que aprecia su propio cuerpo —dijo con voz ronca—. Y que sabe cómo complacer a un hombre.

Ella le dio la espalda y se acercó a la ventana. Tenía las mejillas coloradas y la mente le daba vueltas con imágenes que no sabía controlar. Si era capaz de causarle eso con apenas unas palabras…

Él se le había acercado mucho, tanto que Ginny pudo sentir el calor de su cuerpo, aunque no la rozaba. Se le formó un nudo en el estómago; no había manera de ocultar el efecto que le producía.

—¿Qué tal va tu plan? —preguntó con sarcasmo.

—¿Mi… plan?

—De conseguirte un marido rico. ¿Has tenido suerte? —ella se encogió de hombros con aire de desdén. Él inclinó la cabeza hasta que su aliento le agitó los suaves pelos sueltos del cabello que se había recogido—. Cásate conmigo, y tendrás toda la ropa interior

de seda que puedas desear —susurró con voz suave, tentándola con una promesa implícita mucho más seductora que el interminable suministro de lencería francesa.

Ginny tuvo que luchar para controlar su respiración jadeante, y fue muy consciente de que al mirar por encima de su hombro él disponía de una excelente vista del agitado subir y bajar de sus pechos, firmes y plenos bajo el jersey. Era como si se hubiera contagiado de alguna fiebre tropical que le calentara la sangre y la mareara.

—Mi dulce y pequeña Virginia, virginal e inocente —rió burlonamente—. Por desgracia me equivoqué en eso. ¿no? Me pregunto cuándo perdiste esa preciada inocencia. Espero que no con Mark Ransome.

—¡Claro que no! —desesperada por escapar del hechizo que urdía a su alrededor, se apartó y emitió una risa frágil—. Fue mucho antes.

—¿Oh? —enarcó una ceja en sardónica interrogación—. Entonces, ¿quién fue el afortunado?

—¿El primero? —mientras su embotado cerebro buscaba un nombre que él no pudiera asociar con nadie que conociera, sus ojos se posaron en el escritorio que había bajo la ventana… francés, del siglo XVIII—. Louis… Se llamaba Louis.

—¿Louis? ¿Era francés?

—Así es. Vino en un intercambio estudiantil y se alojó en la casa de una de mis amigas. Tenía ojos azules —era notable cómo en cuanto empezabas las mentiras salían en cascada—. Ojos azules y pelo rubio. Y un cuerpo espléndido.

El destello en los ojos de Oliver transmitió una inconfundible insinuación de peligro, pero ya era demasiado tarde para acatar esa advertencia.

—¿Y después de ése? —preguntó.

Ella se encogió de hombros y, al apartarse de él, le lanzó una sonrisa desdeñosa.

—Cielos, Oliver —dijo con languidez—, ¿de verdad esperas que los recuerde a todos?

—Supongo que no. Qué irónico… Ahí estaba yo en Nueva York, luchando por controlar mis impulsos más bajos al tiempo que intentaba tratarte con gentileza, para no alarmarte, y en todo

momento seguro que tú te preguntabas por qué no le llevaba directamente a la cama. Quizá debería compensar el tiempo perdido —iba de camino a la puerta cuando la alcanzó; la asió de la muñeca, la giró y la aprisionó en sus brazos, riendo ante sus intentos de liberarse—. Una vez dejé que escaparas de mí —gruñó al tiempo que su boca bajaba para reclamar la de Ginny—. Esta vez no escaparás.

Ella echó la cabeza hacia atrás, pero él introdujo los dedos en su pelo y dejó que los alfileres que lo retenían cayeran al suelo; lo enroscó en su mano y despiadadamente la mantuvo prisionera. El cuerpo arqueado quedó muy pegado al de Oliver, sus tiernos pechos aplastados contra el muro de granito que era su torso, aunque sus ojos escupían un feroz desafío.

—No me casaré contigo —jadeó—. No puedes obligarme.

—¿No puedo? —la lenta sonrisa que esbozó transmitió la satisfacción de la victoria—. Ya lo veremos.

Había estado preparada para oponerse, pero, ¿cómo podía defenderse del modo en que la besó? Primero su lengua, lenta y lánguida, trazó el contorno pleno de la curva de sus labios, jugando en las comisuras, instándolas a abrirse. Y luego sus dientes, que la mordisquearon juguetonamente, aunque con la advertencia de que, si era necesario, podrían infligirle un cruel castigo. Le hacía saber que pensaba exigirle la plena rendición, y poseía la destreza para minar su voluntad de resistencia.

Ella cerró los ojos al verse invadida por la euforia. Oliver movía los labios sobre los suyos, ardientes y tentadores. Con un gemido bajo de sumisión, finalmente ella dejó que los suyos se abrieran y que él con su lengua saqueara cada rincón dulce y secreto de su boca. Movía la mano por su espalda, pegándola de forma aún más intima a él, haciendo que tuviera una conciencia devastadora de su tensa excitación.

Era difícil respirar, imposible pensar. Sólo notaba la mano exploratoria que le acariciaba el cuerpo con inequívoca intención. Ginny soltó un pequeño jadeo al sentir sus dedos rozarle la curva de los pechos, moldearlos y acariciarlos y sentir cómo el tierno capullo de su pezón se endurecía bajo su mano.

La recorrió el fuego cuando le echó la cabeza hacia atrás para abrir un sendero de besos abrasadores por su cuello; y sólo cuando

Oliver siguió adelante por su clavícula hasta llegar al hombro desnudo ella se dio cuenta de que le había desabrochado el botón del jersey para empezar a desvestirla.

Pero su protesta murió en la garganta cuando su mano regresó al pecho, cálido y firme a través del delicado encaje del sujetador.

—Apuesto que cuesta una fortuna —comentó cuando encontró el pequeño broche que lo sujetaba.

Ella abrió los ojos con furia indignada, y con creciente vergüenza le volvieron a la cabeza lodos los motivos por los que no debería permitir esa situación. Pero él no tuvo dificultad en frenarla cuando intentó apartarlo, y el jersey y el sujetador cayeron al suelo cuando le sujetó ambas muñecas y la empujó hacia atrás sobre la cama, cayéndole encima e inmovilizándola con su peso, las manos sobre la cabeza.

—Bien… —rió con ronca satisfacción, manteniéndola quieta mientras se incorporaba para contemplar las cremosas curvas de sus pechos desnudos, con sus rosadas puntas hermosamente invitadoras —. Preciosos —concedió con tono burlón—. La espera valió la pena.

Había trasladado ambas muñecas a una mano para liberar la otra. Ella lo miró con un desafío intenso, la mandíbula apretada al decidirse a resistir cualquier placer procedente de sus caricias. Pero en sus ojos vio que él había tomado eso como un reto, y Ginny tuvo que morderse el labio al sentir la primera caricia sobre el cuerpo.

Las yemas de sus dedos trazaron un sendero sinuoso y lento para saborear la textura cambiante de su ardiente piel, circundando sus pechos, atormentándola con unas expectativas que temió que la hicieran enloquecer. La tentó con su sonrisa, sabedor de que ella estaba perdiendo el combate de voluntades… y a Ginny ya no le importó. Quería que la desnudara, que obtuviera placer de su cuerpo, que la sometiera con su dura posesión masculina…

Una abrasadora corriente de electricidad le recorrió el cuerpo cuando al fin su dedo pulgar pasó por el tenso y anhelante pezón, y con un jadeo sintió que todo su cuerpo se derretía en un estanque de sensaciones mientras Oliver jugaba con la tierna cumbre, pellizcándola, capturándola entre los dedos y masajeándola con la palma de la mano…

Ya no tenía que mantenerla prisionera por las muñecas; ella estaba perdida en el hechizo erótico que había proyectado a su

alrededor, con la espalda arqueada en felina gracia para ofrecer su cuerpo a otras caricias mágicas. Cuando él inclinó la cabeza sobre su pecho, ella lo miró casi sin respiración, y una parte de ella fue consciente de que toda su vida durante los últimos seis años había estado a la espera de ese momento.

Su lengua sensual jugó con su pezón y luego remolineó a su alrededor, tratándolo como si fuera una suculenta y húmeda fresa que esperaba que él la probara. Ella soltó un gemido suave y se retorció en la cama en deliciosa agonía, todo su cuerpo sumido en el dolor de las dulces sensaciones que experimentaba.

Oliver alzó la cabeza, sus ojos oscuros perversos como el pecado, para pasar al otro pecho, al que sometió al mismo tormento, sensibilizándolo con los dientes. Y luego lo introdujo en lo más hondo de su boca y comenzó a succionarlo con un ritmo hambriento que palpitó por las venas de Ginny como si fuera fuego.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó con voz ronca—. ¿Deseas que te haga el amor de esta manera? —había bajado la mano para acariciarle los muslos—. ¿Quieres que te tome ahora mismo? ¿Anhelas sentirme dentro de ti, grueso y duro, bien dentro, haciéndote el amor hasta que no puedas ni siquiera levantarte?

—Sí… —tuvo que buscar aliento y suplicar desesperada—. Por favor, sí… Ahora…

—No… ahora no — su risa fue un latigazo cruel—. La noche de bodas —se levantó con facilidad y la inspeccionó allí tendida, medio desnuda—. Piensa que la espera incrementará el placer.

Ella abrió los ojos y lo miró sobresaltada.

—¡No… puedes hablar en serio! —protestó.

—En mi vida he hablado más en serio —respondió—. No puedo estar absolutamente seguro de que un idiota como Jeremy no sea lo suficientemente tonto como para casarse contigo y dejar que gastes todo su dinero en frivolidades como ésta —se inclinó, recogió el sujetador y lo tiró para que cayera a su lado—. Pero no me cabe la menor duda de que jamás podrá darte lo que necesitas en la cama. Y yo sí. De modo que, si lo deseas, la elección es tuya.

Agarró el sujetador y lo plantó delante de ella cuando, tardíamente, se cubrió los pechos desnudos con los brazos.

—¡Debes de estar loco! —jadeó—. ¿Por qué estás tan decidido a casarte conmigo?

—Ya te lo dije —sus ojos brillaron con un destello peligroso—. No quiero que nadie piense que prefieres casarle con un patético idiota como Jeremy o cualquier otro como él. Prometiste casarte conmigo… en público. Es hora de que cumplas esa promesa.

—¡Eres un necio! —contraatacó a la desesperada—. Sólo me casaría por tu dinero. Te haré muy desdichado.

—¿Lo crees? ¿Nunca has oído eso de que una mujer que se casa por dinero se pasa el resto de la vida ganándoselo? Y pretendo cerciorarme de que te ganes cada centavo… echada sobre la cama. Creo que eso sería bastante placentero.

—¡No lo haré! —insistió y tuvo que contener las lágrimas que amenazaban con ahogarla—. No me casaré contigo.

—Me temo que debo regresar a Londres —miró el reloj, como aburrido con la conversación—. Esta noche saldré para Tokio… estaré ausente un par de semanas, pero regresaré a tiempo para la fiesta de jubilación de Howard. Sugiero que sigas consultando los detalles con su secretaria. Y cuando vuelva, espero tu respuesta.

Aún lo miraba con perplejidad cuando salió del dormitorio y cerró la puerta a su espalda.

Capítulo 7

LA FIESTA de jubilación iba muy bien. Al hablar de ella con la secretaria del tío Howard. Ginny había descubierto que llevaba en el banco cincuenta años, por lo que decidieron que un lema dorado sería perfecto. Había decidido decorar la elegante sala de juntas con flores de tonalidades doradas, y también la comida seguiría el mismo esquema, con salsas de azafrán y acompañamientos de mango.

La pieza central había sido una gran tarta decorada con hojas que le daban la apariencia de un soberano de oro, con el perfil de Howard en el centro y su nombre y las fechas de su presidencia escritos alrededor del borde. Todo el mundo se quedó fascinado, y cuando la cortaron, tras los discursos, la gente declaró que estaba tan buena como el aspecto que tenía. Sólo el catering sabía que no era de ellos. Fue el secreto de Ginny, su propia contribución personal, aparte de lo que había pagado Oliver.

Oliver. Automáticamente sus ojos se dirigieron hacia el otro extremo de la sala, donde charlaba con su padre y el presidente de Preston Chemicals, uno de sus mejores clientes. No lo había visto en casi tres semanas; había llegado esa mañana de su viaje al Lejano Oriente.

Mientras tanto, la venta de la casa avanzaba de forma inexorable… ya habían intercambiado los contratos. En unas semanas más, tendría que trasladar las cosas que no figuraban en el inventario y despedirse. Había intentado no pensar en ello, salvo cuando se vio obligada a firmar paneles, pero ahora que Oliver había regresado no dudó de que se aceleraría el proceso.

Como si percibiera que lo observaba, alzó la vista y la clavó en ella a través de la sala atestada. Sólo habían intercambiado unas

pocas palabras desde que comenzó la fiesta; no hubo tiempo para nada más… personal. Pero le había advertido que esperaba su respuesta ese día, y la expresión de su mirada no le brindó ningún motivo para suponer que le daría un respiro.

Con un esfuerzo de voluntad, logró apartar los ojos y buscar a su alrededor a alguien, cualquiera, con quien hablar para mantener la mente distraída del enfrentamiento que sabía que se iba a producir. Encontró a su primo Peter convenientemente a mano; se mostró un poco sorprendido cuando lo saludó con una sonrisa cálida.

—¡Hola, Peter! Qué agradable verte.

—Me viste el domingo —respondió con un leve fruncimiento de ceño—. Viniste a almorzar con nosotros.

Ginny rió un poco alto, centrada en mostrarte a cualquiera que pudiera estar mirándola que se encontraba relajada.

—¡Es verdad! Ha sido una semana tan ajetreada que el tiempo parece volar.

—¿Ocupada? ¿Tú? —la respuesta de su primo fue irónica—. ¡No me digas que tuviste que hacerte la manicura además de arreglarte el pelo!

—No te burles. He de hacerte saber que resulta muy duro estar a la moda estos días. En cualquier caso, también fui a una entrevista de trabajo.

—Ah, sí… recuerdo que lo mencionaste el domingo. Una empresa de relaciones públicas, ¿verdad? ¿Cómo te fue?

—Eh… bastante bien —le habría encantado borrarle esa expresión cínica diciéndole que estaba a punto de embarcarse en una estimulante nueva carrera de relaciones públicas—. Al menos, la entrevista fue bien… me ofrecieron el trabajo. Lo que pasa… es que empezaron a hablarme de uno de los clientes a los que representaría y… bueno, era una tabacalera.

—¿Y…?

—No podría trabajar para una empresa de tabacos —aseveró.

—¿Por qué no?

—Porque… —¿por qué había esperado que comprendiera sus escrúpulos? No es que Peter careciera de ética, sólo creía que los negocios eran negocios—. Venden cigarrillos —no tenía sentido discutir con él.

—Bueno, sí —coincidió, como sí hablara con la idiota del pueblo

—. Por lo general es lo que hacen las tabacaleras, vender cigarrillos.

—No intentes agotar el cerebro de la pobre Ginny con detalles tan complicados —comentó a su espalda una voz sardónica—. Ya le resulta bastante difícil decidir qué lápiz de labios ponerse a juego con su ropa.

—En absoluto —le sonrió con frialdad a Oliver—. Con el oro viejo, sólo puede ser Brunique.

—Y te sienta tan bien —aprobó, dejando que su mirada vagara por el elegante traje de satén que había elegido para que hiciera juego con el tema de la fiesta. Hasta ese momento a Ginny le había parecido respetable, pero de repente deseó haberse puesto una blusa debajo de la chaqueta ceñida o que la falda fuera un poco más larga. Su mirada se posó en su boca y ella se sonrojó un poco—. Discúlpanos —añadió con suavidad en beneficio de Peter, y la sujetó por un codo—. Debo hablar con Ginny y darle las gracias por lo mucho que ha trabajado para preparar la fiesta.

—Desde luego…

Supo que no tenía sentido resistirse, ese apretón podía cerrarse como una prensa si así lo decidía. Y sólo crearía una escena del todo innecesaria. Mantuvo la cabeza muy erguida y dejó que la guiara a un rincón tranquilo de la sala.

—Bien… —apoyó una mano en la pared—. Lo has hecho muy bien. Es una fiesta excelente, mi padre está encantado.

—Gracias —contestó con gélida dignidad—. Al menos debes reconocer que soy capaz de hacer algo más que elegir un lápiz de labios —aún le dolía su comentario burlón, ¿acaso creía que era tan estúpida? Al instante siguiente tuvo que reconocer que lo era, cuando dos puertas cubiertas de madera se cerraron en silencio y comprendió que lo que había pensado que era un rincón se trataba de un ascensor— ¿A dónde vamos? —demandó, sobresaltada.

—Arriba —respondió, sonriendo como un felino que tuviera acorralada a su presa.

—Pero… yo no quiero ir arriba —protestó, furiosa consigo misma por haber caído tan fácilmente en la trampa.

—Hemos llegado —las puertas del ascensor volvieron a abrirse.

Ginny contempló una gran sala de techos altos y dimensiones similares a las de la junta. Pero se hallaba atestada de restos de obras de decoración; tableros y escaleras, y el suelo y los muebles

tapados con lonetas manchadas de pintura.

—Quiero… volver abajo —insistió con cierta inseguridad—. La… gente se preguntará dónde estamos.

—Dudo que alguien se haya dado cuenta de que nos hemos ido —repuso—. Esta tarde el centro de atención es Howard. ¿No tendrás miedo de estar a solas conmigo?

—Claro que no…

—Bien. Tomemos una copa.

Titubeó, tratando de no dejar que viera la tensión que sentía. Había llegado el momento en que debería revelarle su decisión… no iba a casarse con él. Sólo tenía que decírselo y luego marcharse. Después de todo, ¿qué podía hacerle?

Podía echarla de la casa de su familia.

Sí, bueno… Sobreviviría. Tenía su apartamento, aunque el contrato anual de alquiler casi había vencido, y no podía permitirse renovarlo.

Podía mancillar la memoria de su padre con la humillación de la bancarrota.

Pero su padre ya no podía sufrir. Y aunque le hiciera la vida difícil, lucharía. Muy bien, su primera incursión en el mercado laboral no había tenido mucho éxito, pero había oíros trabajos. Y no lamentaría dejar su actual vida atrás, sólo no poder recaudar tanto dinero para las obras de caridad a las que había ayudado en el pasado.

—¿Un martini? —preguntó Oliver, dirigiéndose a una cocina pequeña pero bien equipada separada de la sala por una especie de celosía.

—Gra…gracias —aquello era una tontería. Lo único que tenía que hacer era volver a meterse en el ascensor y apretar el botón que la llevaría a la fiesta. Pero un rápido vistazo le reveló que el botón, o lo que fuera que lo operara, se hallaba oculto en el panel, y no quería provocar una búsqueda poco digna.

En cuanto entró en la sala las puertas del ascensor se cerraron a su espalda, y otro vistazo sobresaltado por encima del hombro le confirmó que el bolón de ese piso también estaba oculto.

—Que inteligente —logró emitir una risa frágil—. Es como tener una guarida.

—Es más cómodo que subir y bajar escaleras —regresó con las

bebidas y le pasó una copa—. Por favor, disculpa el estado en que se encuentra… como puedes ver, lo estoy haciendo decorar. Lleva tiempo sin usarse. Mi abuelo hizo que lo convirtieran en un apartamento durante la guerra, cuando viajar era difícil. Pensé que podría servir de nuevo para el mismo propósito, aunque ahora e! problema es el tráfico y no los bombardeos nazis.

—Buena idea —concedió, mirando en derredor.

—¿Te gusta? —preguntó situándose detrás de ella

—Es muy agradable —logró responder, deseando que el corazón no se le desbocara cada vez que se acercaba a ella.

—Ven, dime cuál de estas muestras de alfombra te gusta.

Quizá sólo fuera el sol lo que le calentaba la sangre. Pero cuando lo siguió a las sombras más frescas de la estancia, supo que no era por eso. Había depositado varias muestras sobre la mesa cubierta de loneta.

—Creo… que prefiero ésa —decidió, eligiendo una casi al azar.

—Hmm. No estoy seguro. Creo que ésta me gusta más-señaló otra.

—Lo que prefieras —se encogió de hombros y tomó un trago para mitigar la sequedad de boca—. De todos modos, ¿por qué me lo preguntas a mí?

—Pensé que una vez que nos casáramos quizá dejaras tu apartamento; los dos podemos usar este sitio cuando nos quedemos en la ciudad.

Respiró hondo, consciente de que el temblor de manos era audible gracias al repiqueteo del hielo en la copa.

—No… he dicho que fuera a casarme contigo —protestó, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No, es verdad —su voz sonó muy tranquila, pero ella pudo percibir la advertencia oculta.

De algún modo logró alzar la barbilla con ojos desafiantes.

—Realmente no creo que seas el tipo de marido que quiero — afirmó con dignidad.

—¿No era el dinero la única consideración? —rió sin humor.

—Claro que no —espetó—. Quiero casarme con alguien que… comparta mis intereses, que tenga puntos de vista similares sobre la vida.

—Te refieres a alguien a quien puedas dominar —se sentó en el

borde de la mesa con los brazos cruzados—. Un error, pequeña Virginia. Necesitas un marido que no deje que lo pisotees. Y sabes que ése soy yo. Pero no permitas que eso te impida intentarlo —añadió con provocación—. Me resulta muy divertido.

—Y no haríamos otra cosa que pelearnos —concluyó ella con sarcasmo—. No suena como una base muy propicia para un matrimonia.

—Oh, no te preocupes. No dejaré que eso suceda —alargó las manos y aferró las solapas de su chaqueta, y antes de que a su cerebro se le ocurriera resistirse, la atrajo hacia él atrapándola entre la mesa y sus fuertes muslos. Con una implacabilidad fría, comenzó a desabrocharle los botones e hizo a un lado el satén para dejar al descubierto la plenitud de sus pechos—. Esta será la base de nuestro matrimonio —con burlona aprobación, recorrió las curvas suaves y femeninas—. El sexo.

Gruñó esa palabra contra su boca cuando la reclamó con ardor y exigencia, acallando cualquier protesta que ella pudiera querer emitir, Pero no protestó. Había apoyado las manos en su torso en un último gesto defensivo, pero encontró la cálida resistencia de los duros músculos masculinos, y la necesidad que había estado doliéndole en el interior desde la última vez que la besó hizo que se entregara.

La apasionada lengua de Oliver penetró en su boca en una exploración erótica. El embriagador aroma de su piel le drogaba la mente y silenciaba cualquier susurro de advertencia. La había empujado contra la mesa y ni siquiera se dio cuenta cuando le desabrochó el sujetador y lo hizo a un lado para acariciarle los pechos desnudos con sus dedos fuertes y sensibles, jugueteando con los tiernos pezones hasta que se endurecieron y se convirtieron en exquisitos y sensibles capullos rojos como rosas.

Era como una especie de enfermedad enloquecedora, una fiebre que hacía que lo deseara tanto que nada más le importaba. Sus besos y sus caricias eran lo único que podía saciar su anhelo, pero, como una adicta, cada vez que cedía a la tentación terminaba necesitando más.

El pelo recogido se le había soltado y él pasó los dedos por sus sedosos mechones al tiempo que dejaba escapar un gruñido ronco de placer.

—No te lo cortes nunca —jadeó—. Ni un centímetro.

Una parte de su mente decidió indignada que a la primera oportunidad se lo cortaría. Pero supo que no lo haría. A él le gustaba, y necesitaba todas las armas posibles para avivar el ardor de su anhelo, hasta que quizá un día lo que en ese momento sólo era puro deseo físico pudiera empezar a transformarse en algo más fuerte. Era la única esperanza a la que se podía aferrar.

Sus besos abrían un sendero de fuego por sus temblorosos párpados, por las palpitaciones de sus sienes y hasta la oreja, desde donde prosiguieron, cuando le echó la cabeza hacia atrás, por el pelo. Dejó al descubierto su garganta en una curva vulnerable bajo su ardiente boca. Supo dónde encontrar el punto sensible en la base del cuello, haciéndola vibrar y jadear en el aire.

Y entonces su boca continuó la exploración cuando la arqueó sobre la mesa, los pechos desnudos con sus cumbres tensas ofrecidos a sus caricias exquisitas. Abarcó la carne firme en sus manos como si fueran dos peras suculentas, pasando la lengua por cada pezón, mordisqueándolos levemente, succionando al principio uno, luego el otro, reduciéndola a un estado de éxtasis inconsciente.

Tenía los muslos entre sus piernas y se movía con un ritmo lento y demoledor, y sin saberlo ella respondía a sus embales. El bajo de su falda corta había subido hasta la parte superior de las medias de seda, y fue al sentir el roce de sus dedos contra su piel desnuda cuando sintió un pánico súbito.

—¡No..! —se esforzó por respirar para protestar, y al fin sus manos encontraron la fuerza para empujarlo—. Por favor… No.

—¿No? —unos ojos oscuros la observaron con humor sardónico.

La vergüenza enrojeció su cara al darse cuenta de la imagen que debía presentar, con el pelo por los hombros, el maquillaje corrido, las rosadas crestas de sus pezones aún húmedas por su boca. Pero tras hacer acopio de todas sus fuerzas sacudió la cabeza.

—Dijiste… que ibas a esperar… hasta nuestra noche de bodas —le recordó con desesperación.

—Así es —sonrió con dureza—. Pero aún no me has dicho que ibas a casarle conmigo.

Tuvo que bajar la vista, incapaz de soportar esa mirada burlona. Maldito sea su corazón traicionero… no le dejaba otra elección.

—De acuerdo… Sí. Me… casaré contigo —susurró.

Él colocó la mano bajo su barbilla y le alzó la cabeza, obligándola a mirarlo.

—Repítelo —ordenó.

Ginny titubeó hasta respirar con normalidad y poder decirlo con frialdad.

—Me casaré contigo. Si no te molesta que sólo lo haga por tu dinero, ¿por qué voy a tener yo escrúpulos?

—Oh, no sólo por el dinero —replicó—. También por esto —con un gesto de calculada insolencia volvió a apoyar la mano en su pecho y lo moldeó con arrogante posesión—. Tu cuerpo responde tan maravillosamente… Los placeres que nos aguardan serán mutuos.

Ella se separó y con toda la dignidad que pudo reunir se dirigió al otro extremo de la sala.

—Sí… supongo que sí —concedió sin importancia. Intentó abrocharse el sujetador, pero el roce del encaje sobre sus pezones sensibilizados aún era muy áspero. Así que se dedicó a recogerse el pelo, sujetándolo con todos los alfileres que pudo encontrar.

—No creo que tenga mucho sentido prolongar nuestro compromiso —comentó Oliver, que la observó con la satisfacción del vencedor ante su bolín—. Lo anunciaremos de inmediato, y pondremos la fecha para… ¿te parece cuatro semanas?

—¿Cuatro semanas? —repitió—. ¿Tan pronto?

—¿Por qué no?

No se le ocurrió ninguna respuesta, así que se encogió de hombros.

—Si te parece. Además no será a lo grande ni por la iglesia.

—Claro que sí —indicó él—. Hasta el último detalle. Estoy seguro de que la mayoría de nuestros invitados podrá asistir, a pesar de la fecha inminente, y en cuanto a los otros preparativos, dudo que representen un problema, ya que el dinero no será obstáculo.

Ella lo miró con desdén… era la única defensa de la que disponía en ese momento.

—Muy bien. Será mejor que elija un vestido pronto… harán falta varias pruebas. Hablaré con Edmund sobre el catering cuando termine la fiesta de tu padre.

—Dejaré todo a tu diestra organización —había ido a la cocina a

lavarse las manos.

—Tienes pintura en una de ellas.

—Es verdad.

Lentamente, sumó dos más dos y lo miró con furia fría antes de hacer a un lado la chaqueta y mirarse el cuerpo. La huella de su mano, clara y nítida, cubría su pecho izquierdo como una marca de posesión.

—¡Bastardo! —jadeó.

Él rió con tono incisivo.

—Me temo que es una pintura especial al acrílico. No le hará ningún daño, pero una vez seca tarda varias semanas en irse. El tiempo suficiente para recordarte, por si intentas alguna estratagema de aquí a que nos casemos, a quién perteneces.

—No te pertenezco —espetó con pasión—. No soy un objeto… no eres mi dueño.

—Claro que sí —dijo con voz suave pero amenazadora—. Te he comprado… igual que compré tu casa. Puedes gastar todo el dinero que quieras en tus vestidos y joyas, y en cualquier cosa que despierte tus caprichos, y a cambio yo obtengo derechos exclusivos sobre ese adorable cuerpo. Ése es el trato.

—¿Acéptalo o déjalo?

—No. Ya has dicho que lo aceptabas. Conmigo no te retractarás dos veces.

—¿Y si lo hago? —desafió.

—No te lo recomendaría. Te enviaré el ascensor en diez minutos. Eso deberá darte suficiente tiempo para volver… a adecentarte —entró en el ascensor y desapareció cuando las puertas se cerraron en silencio.

—¡Cómo eres! ¡No me lo habías dicho, y eso que soy tu mejor amiga!

Ginny consiguió esbozar una sonrisa. Acababa de salir del ascensor cuando una indignada Sara salió a su encuentro.

—Lo… siento, Sara —repuso con titubeos—. Fue… algo repentino.

Sara sonrió y la abrazó con afecto.

—Oh, cariño… ¡soy tan feliz por ti! Siempre supe que estabais

hechos el uno para el otro. ¿No es verdad, Peter?

—Hasta la náusea —confirmó su marido—. Me alegro mucho, Gin. No olvides que eres afortunada por tener una segunda oportunidad… no la estropees esta vez.

—¡El afortunado es Oliver! —protestó Sara con lealtad, pasando el brazo por el de Ginny—. Ha comentado que os casaréis el mes próximo.

—Cierto —no había perdido el tiempo, reflexionó, lanzando una mirada hacia el otro extremo de la sala, donde él hablaba con su padre.

—¿No es muy pronto? —aventuró.

—No estoy embarazada, si estás pensando en eso —la tranquilizó.

—Oh, no… ¡ni se me pasó por la cabeza! —su amiga se ruborizó, demasiado transparente para mentir con pericia—. Bueno, quizá la idea cruzó por mi mente… pero fue algo fugaz…

—No seas tonta —declaró la lía Margot, que se les unió—. Aunque lo estuviera, no sería motivo para precipitarse, no en estos tiempos —le dio un beso afectuoso a Ginny en la mejilla—. Quería decirte lo complacida que estoy —prosiguió—. Es lo mejor que podía pasar. Y creo que es muy sensato por parte de Oliver querer dejarlo todo arreglado en ausencia de Alina.

—¿Está… fuera? —preguntó Ginny.

—Sí. ¿No lo sabías? Supuse que Oliver te lo habría dicho. Ha vuelto a la clínica… me temo que tiene otra depresión —suspiró con tristeza—. Espero que Oliver crea que será mejor que la boda se celebre mientras esté ingresada. En ocasiones se mostró un poco… tonta en el pasado.

La respuesta de Ginny fue vaga mientras su mente daba vueltas a esa noticia inesperada. Aunque quizá no era tan sorprendente descubrir que Alina tenía un historial de cierta fragilidad mental. Siempre lo había sospechado, aunque se había dicho que no era muy objetiva en lo referente a Alina. La familia lo había guardado en secreto. Y Oliver..

Oliver se dirigía hacia ella en compañía de su padre. Howard le dio un beso y le expresó su satisfacción, y Ginny murmuró algo apropiado en respuesta.

—Podríamos hacer el anuncio ahora, ¿no, hijo? —sugirió—. No

tiene mucho sentido demorar las cosas.

—¿Por qué no? —aceptó Oliver.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un estuche pequeño de terciopelo azul que Ginny recordó con un súbito aguijonazo de dolor. La última vez que lo vio era una joven inocente de diecinueve años, enamorada. Ahora tenía seis años más… y seguía enamorada de él, maldita sea. Pero la inocencia y la ingenuidad habían desaparecido; ya no se engañaba pensando que él la amaba.

—Damas y caballeros… —Howard salió al centro de la sala y alzó la voz para pedir atención—. Como final perfecto a una fiesta perfecta de jubilación, me gustaría hacer un anuncio personal y que me brinda el mayor de los placeres. ¿Puedo pediros que alcéis las copas para un brindis? Por mi hijo y su prometida… —con un gesto de la mano dirigió la mirada de todo el mundo hacia Oliver y Ginny —. La feliz pareja.

—¿Ginny?

Oliver esbozó una sonrisa que engañaría a todos los que los miraran, aunque a ella no se le escapó el destello de sardónica diversión en sus ojos cuando la obligó a representar esa charada. A regañadientes, alzó la mano izquierda y dejó que le pusiera el anillo. El corazón verde centelleó cuando se llevó la mano a sus labios y depositó un suave beso en ella.

—¡Por Ginny y Oliver!

El brindis reverberó por la estancia, seguido de unos aplausos. Miró a Oliver. Qué pensarían esas personas agradables, se preguntó, sí supieran que debajo de su elegante traje la huella de su mano estaba marcada en su pecho desnudo, como un tótem primitivo de posesión.

¿Cómo había permitido que las cosas salieran así cuando había tomado la firme decisión de no casarse con él? No habría podido dejar de amarlo, pero habría aprendido a vivir con ello. Pero estar casada con Oliver… La había comprado para ser su «esclava» por un día, pero ya tenía su anillo de nuevo en el dedo y el recuerdo de su contacto ardiente y posesivo había quedado grabado en su piel. Supo con una certeza que le dolió que la había hecho su esclava de por vida.

Capítulo 8

—TIENES el aspecto de querer clavarme ese cuchillo, no de cortar la tarta —comentó Oliver con humor.

—Qué idea tan excelente —murmuró Ginny, manteniendo la sonrisa mientras el fotógrafo ajustaba la lente—. Solucionaría todos mis problemas de un golpe.

—Oh, no —rió—, sería una pena manchar de sangre ese precioso vestido. He de reconocer que es deslumbrante… y sin duda debe costarme una pequeña fortuna.

—Desde luego.

—Desde este ángulo, la vista lo vale —comentó con voz ronca.

Como se hallaba justo a su espalda, la vista de la que disfrutaba era del valle entre sus pechos. Ginny debió imaginar que intentaría que se sintiera incómoda.

Hacía sólo un par de días que había logrado eliminar los últimos trazos de la huella en su piel. Su marca de posesión; durante el último mes cada vez que se había mirado en el espejo la había visto allí, evocando con demasiada intensidad el recuerdo del modo en que su mano había moldeado y acariciado su pecho desnudo.

Las últimas semanas habían sido de preparativos frenéticos. Lo positivo era que no la habían dejado pensar. Incluso esa mañana no había parado, respondiendo innumerables preguntas del catering y cerciorándose de que las flores habían llegado mientras el peluquero se ocupaba de su pelo y Sara se mantenía en calma entre el caos acoplando el largo velo a su tocado.

Y entonces, casi antes de que pudiera asimilar lo que de verdad ocurría, se terminó. Se habían pronunciado los juramentos, firmado el registro y sacado las fotografías para grabar el feliz acontecimiento. De algún modo, consiguió mantener en todo

momento la sonrisa.

—Debo felicitarle por los preparativos —continuó Oliver—. Lo has conseguido con tu habitual destreza.

—Gracias.

—Has superado mis expectativas —otra vez el tono burlón—. Me pregunto si podrás seguir haciéndolo. Anhelo averiguarlo… un poco más tarde.

Ella respiró hondo, consciente del modo en que sus pechos se pegaban al delicado encaje del vestido. Más tarde… Iban a volar a París para pasar los primeros días de su luna de miel, luego irían a otro destino desconocido donde, así le había asegurado Oliver, disfrutarían de absoluta privacidad durante dos semanas enteras. Le había indicado que no se molestara en llevar muchas cosas…

—Eso es… otra sonrisa, por favor… —al fin el fotógrafo terminó. Uno de los camareros se acercó y se llevó la tarta para cortarla.

—¡No olvide recoger las figuritas de la tarta! —le recordó entusiasmada la tía Margot—. Hay que guardarlas para el primer bautizo.

—Por supuesto —Oliver aún tenía el brazo alrededor de la cintura de Ginny—. Me encantará dejarte embarazada —murmuró a su oído.

Ella lo miró sobresaltada, tratando en vano de apartarse con discreción de su lado.

—Eso no… formaba parte del trato —protestó.

—Claro que sí —le brillaron los ojos—. Quizá no pare de dejarte embarazada, de ese modo no habrá riesgo de que te sientas tentada a serme infiel con imbéciles como Jeremy.

—Yo… no lo haría —replicó, obligándose a mirarlo.

—No lo harás mientras esté cerca —insistió él con un inconfundible tono de advertencia en la voz—. Por desgracia, eso no será todo el tiempo. Y jamás confiaría en ti.

—Bueno, pues es algo mutuo —espetó en un siseo—. Al menos ambos sabemos qué nos espera.

—¿Verdad que sí?

Su sonrisa fue en beneficio de los presentes, pero a ella no la engañó. Los matrimonios, según el mito romántico, se suponía que se celebraban en el cielo, pero no cabía duda de que ése había

tenido lugar en el infierno.

La orquesta tocaba el tipo de música para bailar que gustaría a todo el mundo, desde las dos primas pequeñas de Oliver con sus bonitos vestidos de damas de honor hasta su tía abuela. Ginny daba vueltas lentamente en la pista situada en el jardín de atrás en brazos de su nuevo suegro, y el velo danzaba alrededor de sus hombros desnudos al tiempo que la cola del vestido estaba asegurada con un lazo a su cintura.

A menos de un metro, Oliver bailaba con una de sus tías. Aún podía ver por qué se había enamorado de él de adolescente. Lo quería tanto que dolía. Y ya era su esposa. Su esposa… dejó que las palabras sonaran en su cabeza, saboreándolas, sumida en la fantasía de que estar casada con él sería todo lo que una vez había soñado…

Pero en una de las vueltas él la vio y la fantasía se desvaneció. Esa noche en París empezaría a pagar el precio del golpe asestado a su orgullo aquella aciaga noche seis años atrás.

El tío Howard, ajeno a esos pensamientos, le sonrió con amabilidad.

—¿Sabes?, me hace tan feliz que al fin formes parte de la familia. Y tu padre se habría sentido muy satisfecho de saber que estarás a salvo. Vas a heredar mucho dinero, y eso puede atraer a tipos sin escrúpulos. Pero con Oliver puedes estar segura de que ése no es el motivo

—Pero… —lo miró desconcertada—, ¿no sabes lo qué pasó?

—¿Qué pasó? —repitió él—. No sé a qué te refieres.

—Supuse que papá había hablado contigo —titubeó. En realidad, no había supuesto nada… Oliver se lo había dicho—. Quiero decir, sé que no eras su banquero…

—Oh, no —sacudió la cabeza, sonriéndole—. Lo acordamos hace mucho tiempo. La amistad y los asuntos financieros no se mezclan, de modo que hicimos un pacto para no hablar de ello. Tu padre tenía su cuenta en otra parte. Jamás me solicitó consejo y yo nunca lo ofrecí. Es lo mejor. Aun con la mejor voluntad del mundo, pueden producirse malentendidos. De hecho, si no te importa que te haga una sugerencia, creo que sería inteligente que siguieras la misma política con Oliver. Manten tu fortuna separada, y ten otro consejero financiero con el que hablar de tus inversiones. Estoy seguro de que él coincidirá en que es lo mejor.

—Sí… —de forma instintiva había decidido no contarle nada—. Sí, es un buen consejo —murmuró—. Gracias.

Así que Oliver le había mentido. No pudo ser Howard quien le hablara de la crisis financiera de su padre, porque la desconocía. ¿Cómo se había enterado? ¿Y por qué había mentido?

Pero no había tiempo para pensar en eso, tenía otras cosas en la cabeza. Sara, en compañía de otras amigas íntimas, señalaba el reloj. Era hora de ir a cambiarse.

El lío Howard rió con cariño.

—Ah, creo que te llaman —declaró—. Ve a prepararle, querida —le dio un beso en la mejilla—. Me despediré de ti antes de que te vayas a París.

—Desde luego.

Tan discretamente como pudo se escabulló para reunirse con sus amigas y, entre risitas, atravesaron el jardín y subieron al dormitorio de Ginny.

Ya no era sólo su cuarto, iba a compartirlo con él. Como el dinero no era problema, lo había redecorado con satén y alfombras de seda china; también había comprado en una tienda de antigüedades una cama con dosel. Había dos vestidores, uno para Oliver y el otro para ella. El suyo estaba desordenado con los papeles y las cajas de cuando se preparó para fa ceremonia.

—¡Qué desastre! Parece como si hubiera pasado una manada de elefantes.

—No le preocupes —rió Sara—. Tienes cosas más importantes en que pensar.

Ginny ocultó una sonrisa irónica. Aunque era su mejor amiga, no había sido capaz de confiarle la verdad. Peter, un poco más perspicaz, quizá había adivinado que algo no iba del todo bien, pero no le había hecho preguntas.

—¿No estaban preciosas las pequeñas damas de honor? —declaró Sara—. Y tan modositas. ¿Recordáis la boda de Cassy Clayton?

—Sí —Ginny rió dientes, contenta de tener algo que le distrajera la mente de la noche que la aguardaba—. El abuelo de Cassy le dijo a la cuñada de Maddy Ratcliffc que bailaba como un hipopótamo, y cuando ésta se marchaba tropezó con un lecho de flores y terminó sentada en el suelo con el sombrero sobre la nariz.

—¡Oh, eso es cruel! —protestó la gentil Sara, aunque no pudo evitar unirse a las carcajadas—. Vamos, Ginny. ¿quieres quitarte primero el vestido o te ayudo con el velo?

—El vestido. Luego podré sentarme más cómodamente mientras te ocupas del velo. ¿Puedes bajarme la cremallera…?

La puerta se abrió despacio; Ginny estaba de espaldas, pero de cara al espejo, y al alzar !a vista sobresaltada, vio a Oliver apoyado en el umbral. Se paralizó y el corazón le dio un vuelco al mirar la inesperada aparición, como si fuera el mismo diablo.

—¡Oliver! —rió Sara—. Se supone que no debes venir aquí.

—¿Por qué no?

—Ginny va a ponerse un traje de calle.

—Eso veo —su voz adquirió un timbre deliberadamente ronco, insinuando intenciones perversas—. Pensé que… podría ser de ayuda.

—¡Oh…! —Sara rió encantada, fingiendo estar atónita. Miró a las otras chicas—. Creo que será mejor que volvamos a la fiesta —murmuró—. Vamos.

Durante un fugaz momento, Ginny tuvo la tentación de rogarles que no la abandonaran, pero pensarían que estaba loca. Todavía seguía con la espalda hacia la puerta y observaba a Oliver por el espejo. De algún modo logró sonreírle a sus amigas cuando se marcharon; si alguna había notado algo extraño, seguro que pensaría que se debía a los nervios.

Oliver dejó que la puerta se cerrara, sin apartar los ojos de Ginny. Muy despacio, ella se volvió. Él esbozó una sonrisa de arrogante satisfacción.

—Me parece que te estabas quitando el vestido. No pares por mí.

Ginny respiró lenta y profundamente y le lanzó una mirada desafiante. Pero ya era un poco tarde para eso, había pronunciado los juramentos; no tenía a dónde huir. Bajó la vista, giró a medias y con manos temblorosas se quitó el suntuoso vestido de satén y encaje, tomándose mucho tiempo para dejarlo con cuidado en una silla y doblar la cola en un esfuerzo por retrasar el momento inevitable.

—No cabe duda de que es un vestido espléndido —comentó Oliver—. Pero, ¿no crees que el blanco era un poco… inapropiado?

—¿Inapropiado? —repitió, negándose a responder a la indirecta.

—Tenía entendido que simboliza la virginidad no mancillada de la novia. ¿La tuya no está un poco… manchada?

—No, no lo está —replicó, picada.

—No esperarás que me crea eso, ¿no? —enarcó una ceja en sorpresa.

—¿Por qué no? —se volvió para mirarlo, deseando que no la hubiera provocado para revelárselo—. Es la verdad.

Él no respondió. Tenía una expresión arrobada en sus ojos oscuros, y de pronto ella sintió una oleada de calor por la espalda. Aún llevaba puesto el velo, pero al observarla Oliver fue capaz por primera vez de inspeccionar los resultados de sus adquisiciones en una de las tiendas más suntuosas de ropa interior.

El corsé blanco envolvía su esbelta silueta, realzando la plenitud de sus blancos pechos. Y cada vez que respiraba ella podía sentir las tiernas cumbres rosadas rozar contra esa deliciosa barrera, sabiendo que debían resultar tentadoramente visibles a través de la delicada tela.

El encaje se deslizaba por su vientre liso y se ceñía en torno a sus caderas, donde unos ligueros sujetaban las medias blancas de seda. Los tacones de las sandalias blancas de satén potenciaban sus piernas largas, y la única joya que llevaba, aparte de los anillos de compromiso y de boda, era el collar de perlas de su abuela, cinco hileras elegantes que rodeaban su cuello.

Oliver se tomó su tiempo y dejó que sus ojos se demoraran en insolente apreciación de cada centímetro de su cuerpo.

—Espléndido —comentó—. Siempre es más divertido abrir un paquete cuando está envuelto de forma tan atractiva.

Los ojos de Ginny brillaron con fría indignación, pero no habló.

Sin quitarle la vista de encima, él se quitó la corbata y la apoyó en una silla; luego, con un fluido movimiento de sus poderosos hombros, la chaqueta, haciendo que la boca de Ginny quedara súbitamente seca.

—Será mejor que te quites el velo —aconsejó—. Lo más probable es que nos hiera a uno de los dos.

Ginny sintió los dedos entumecidos, y fue muy consciente de que al alzar las manos para desprender la diadema de su cabello sus pechos también subieron, tirantes bajo las copas del corsé. Él no pasó por alto el movimiento, y en sus ojos se encendió una llama.

Necesitó varios momentos incómodos para quitársela, y lo odió por hacer que le proporcionara una exhibición tan erótica. Arrojó el velo y la diadema sobre la silla. El cabello le cayó sobre los hombros. Luego, se enfrentó a él con las manos en las caderas y los ojos centelleantes.

Pareció divertirle su pose desafiante.

—Dime, si se supone que eres virgen, ¿dónde encaja Louis?

—¿Louis? —repitió ella.

—El joven y atractivo estudiante francés que fue tu novio.

—Oh —sintió que se ruborizaba— No existe. Lo inventé.

—¿Y los otros?

—No hubo ningún otro —alzó la barbilla y se esforzó por mantener la voz firme—. Sólo fueron… chismes baratos.

—¿Mentían? —arqueó una ceja en cínica interrogación—. ¿Todos?

—Todos —confesó, y sintió como si se desprendiera de sus capas de armadura defensiva.

—Explícate.

Ella se encogió de hombros. Oliver sabría si mentía, pero no quería contarle toda la verdad.

—Supongo que… todo… Comenzó con Mark. Con él no sucedió nada —sus suaves labios se curvaron en una mueca irónica—. Aparte de todo lo demás, estaba demasiado borracho. Pero después de eso, todos los chicos con los que salí supusieron que yo lo haría. Y eso no me gustó, así que… Pero ninguno quiso reconocer ante sus amigos que no habían llegado a ninguna parte… supongo que temían que se rieran de ellos —hubo una nota amarga en su voz—. Se inventaron cosas… y a medida que cada historia se sumaba al resto, todos lo creyeron. No pude hacer nada al respecto… además, nadie me habría creído.

—¡Vaya, vaya! —su risa sonó baja y ronca—. De verdad que has superado todas mis expectativas —avanzó despacio hacia ella—. ¿Quién lo hubiera creído? Una prometida virgen —alzó la mano y le acarició el cuello hasta alzarle el rostro—. He aguardado seis años para esto. Pero la espera ya se ha terminado.

El beso que posó en sus labios temblorosos fue una promesa tentadora, dulce y sensual mientras su ardiente lengua trazaba un lánguido sendero en el interior de su boca. Pero cuando ella empezó

a derretirse, se apartó, dejándola sobre piernas tambaleantes. Dio media vuelta, entró en el dormitorio y se tumbó en la cama, y Ginny se quedó titubeante e insegura.

—Ven —ordenó con voz suave pero implacable.

Ella tuvo que respirar varias veces para tranquilizar los latidos de su corazón. ¿Su orgullo merecía el dolor de no decirle que lo amaba? Pero era lo único que le quedaba… hacía tiempo que él había esclavizado su corazón, y en ese instante iba a esclavizar su cuerpo para su placer. Sólo podía esperar que, con el tiempo, la intimidad de! lecho matrimonial suavizara sus sentimientos hacia ella, y tal vez un día podría empezar a sentir algo más que el deseo de castigarla.

Pero de momento… sólo cabía obedecer la orden imperiosa de esos ojos peligrosos. Despacio, avanzó hacia él. Oliver le lanzó una mirada de burlona satisfacción y alargó la mano para acariciarle el muslo enfundado en seda, atrayéndola para que apoyara una rodilla sobre la cama.

Ginny tragó saliva; él se había desabrochado el cuello de la camisa y podía ver su masculino y crespo vello. La invadió el deseo súbito de arrancarle el resto de los botones. Él rió, como si le leyera los pensamientos.

Inmovilizándola con la mirada, soltó con destreza los ligueros.

—Quítate las medias —ordenó—. Despacio.

Ella obedeció, descalzándose y deslizándolas por la esbelta extensión de sus piernas mientras Oliver la observaba con perezosa diversión. Finalmente, las dejó caer al suelo. Volvió a atraerla hasta dejarla de rodillas sobre su regazo.

Ginny se sintió muy vulnerable, ya que sabía lo transparente que era el corsé y la forma invitadora en que moldeaba sus pechos. Sin pensarlo, alzó una mano para echarse un mechón de pelo por encima del hombro, y reconoció la llama que ardió en sus ojos cuando el movimiento aplastó un pezón duro contra el freno de encaje.

—Sí… un paquete muy atractivo —murmuró él—. ¿Cómo empiezo a desenvolverlo? Ah, sí… ya veo.

Había una cremallera oculta que bajaba por la parte frontal; tiró de ella, abriendo unos centímetros. Ginny respiró aguadamente y Oliver sonrió al contemplar el tumultuoso subir y bajar de los

pechos, liberados ya de su confinamiento. Muy despacio, saboreando cada milímetro de piel desnuda que se revelaba, bajó toda la cremallera hasta dejar que la frívola prenda cayera al suelo.

Ella sintió que se ruborizaba bajo su mirada, desnuda ya salvo por el collar de perlas y el diminuto triángulo de sus braguitas. Tuvo que luchar contra el instinto de bajar la cabeza, cubrirse los pechos con el pelo y ocultar las traidoras cumbres de sus pezones a su íntima inspección. Pero su cuerpo era parte del trato. Y, contrariamente a lo que pensaba de ella, siempre respetaba un pacto.

Por eso arqueó un poco la espalda, consciente del modo en que sus curvas suaves y desnudas se inclinaban hacia él. De nuevo, Oliver exhibió una sonrisa de aprecio al tiempo que dejaba que sus manos acariciaran la tersura de su piel hasta alcanzar los firmes pechos para frotar levemente con las palmas los pezones tensos, enviando descargas temblorosas al cerebro de Ginny.

—Así que… ningún Louis —murmuró con ronca satisfacción—. Ningún Mark Ransome. No existe la huella de nadie —deslizó la mano por el pecho para marcar el lugar donde había dejado su propia huella, ya desaparecida—. Eres mía. Nunca lo olvides.

Ella lo miró con ojos brillantes, molesta por su arrogante asunción de propiedad. Pero así era, pensó irónicamente. Para él, ella se había vendido a cambio del derecho a seguir llevando el estilo de vida extravagante al que estaba acostumbrada. Bueno, que pensara eso… mantendría secreto su amor como única arma contra su crueldad.

Sus dedos largos y diestros moldeaban y acariciaban los senos desnudos, jugando con ellos y provocando que las cimas se endurecieran mientras observaba cada atisbo de respuesta en el rostro de Ginny. Eso no podía mantenerlo en secreto; jamás podría fingir indiferencia ante sus expertas caricias, su cuerpo la traicionaría siempre. Pero no pasaba nada… él mismo había afirmado que la base de su matrimonio era el sexo. Que pensara que para ella era lo mismo. Probablemente sería una relación hostil, ¡pero jamás fallarían fuegos artificiales!

—Qué paquete tan atractivo —murmuró casi distraído—. Pechos tan perfectos y firmes, con unos pezones bonitos, rosados y exquisitos. El tamaño justo para que encajen en mi mano… o en mi

boca…

La adelantó más y ella contuvo el aliento a! sentir sus dientes jugar alrededor de la dolorosa plenitud de un pecho, que se introdujo hasta el fondo de la boca ardiente y acarició con la lengua; luego, lo retiró despacio hasta sostener el tierno pezón en los labios y succionarlo para saborear la dulzura del suculento fruto.

Ella sintió un calor líquido en el estómago, y con la urgencia nacida de la sensual necesidad comenzó a manipular los botones de su camisa, impaciente en su frenesí por recorrer la áspera superficie de su torso. Él emitió una risa ronca, parecida a un gruñido, y de repente le asió ambas muñecas y la tumbó para inmovilizarla bajo su peso, con los brazos encima de la cabella y fuego en los ojos.

Pero la camisa se había abierto y Ginny lo deseó. Se liberó y lo rodeó con los brazos para atraerlo sobre ella, dejando que le aplastara los pechos contra el infranqueable muro de sus músculos mientras abría los labios en invitación a su beso.

La boca de Oliver era fuego, exigía y la incitaba a responder; sus lenguas libraron un feroz combate hasta que al fin él estableció su dominio, saqueando su dulce y secreto interior en una descarada exploración erótica, preludio de la posesión que tendría lugar. Y ella se entregó a todo lo que le pidió, y más aún, con el cuerpo suplicante bajo el suyo, anhelándolo.

Tuvieron que separarse para respirar; él enroscó los dedos en el cabello de Ginny, y le dejó su marca ardiente con besos por los pómulos, recorriéndole la oreja, haciéndola temblar de placer. Y luego bajó por la vulnerable curva de su cuello y ella arqueó el cuerpo para volver a ofrecerle la tierna exuberancia de sus pechos.

Él le lanzó una mirada de perversa diversión, provocando su lujuria, pero a ella no le importó. Cuando su boca cayó sobre un pezón sensible, Ginny cerró los ojos, dejando que las exquisitas sensaciones la recorrieran y la transformaran en miel líquida. Sometió cada pecho al mismo y delicioso tormento, hasta que la hizo sollozar de placer, perdida en un mundo de brillante oscuridad.

Y entonces sintió que bajaba las manos y las deslizaba entre el encaje blanco de las braguitas. No podía pensar en resistirse, aunque la recorrió un leve temblor de aprensión cuando se las bajó por las caderas hasta sacárselas y arrojarlas al suelo. Estaba completamente desnuda bajo él, los muslos un poco separados por

los suyos para disponer de libre acceso al suave terciopelo que había entre ellos.

El primer contacto íntimo de sus dedos le cortó el aliento; abrió mucho los ojos, un poco sobresaltada por la emoción de ver su mano explorar el núcleo más secreto y femenino de su cuerpo. Pero esa emoción se vio rápidamente superada por otra cuando con hábil magia él encontró la diminuta perla de placer oculta en lo hondo de su sedoso pliegue y la despertó a una ardiente excitación, riendo en voz baja al oír sus desvalidos sollozos de éxtasis.

Y entonces… lo sintió moverse, abrirle los muslos y acomodar su peso entre ellos. Volvió a abrir los ojos y, de forma súbita y devastadora, fue consciente de todas las implicaciones de su rendición. Pero no había marcha atrás, la tenía en el lugar exacto donde la quería, física y metafóricamente. No había escapatoria.

—Éste es el momento en que averiguo si me has dicho la verdad —gruñó.

Ella sintió un destello de furia. ¿Es que seguía sin creerla? Notó su pleno poder masculino, sólo controlado por su voluntad de hierro, y le lanzó una mirada desafiante.

—Adelante —lo provocó—. Tómame…

Se arqueó bajo su cuerpo, pasándole las uñas por la espalda, y con un súbito quebrantamiento de ese control rígido la penetró con fuerza hasta lo más hondo. Durante un instante fugaz fue como si la apuñalaran con un cuchillo de fuego. Su cuerpo se sacudió y un grito escapó de sus labios. Pero el dolor se resquebrajó a su alrededor como diamantes refulgentes, dejándola sólo con el preciado conocimiento de que al fin le pertenecía.

—¡Tonta…! —él agitó la cabeza, secándole con los labios la lágrima que le corría por la cara—. No te habría lastimado si no hubieras hecho eso.

—Pero entonces nunca habrías estado del todo seguro —susurró ella—. Ahora ya lo sabes.

—Sí —él se movió despacio, con cuidado, penetrando de nuevo en ella y ahondando su posesión—. Ahora ya lo sé.

Ni en sus sueños más febriles la habían preparado para eso. Se movió a su ritmo de forma instintiva a medida que el calor se incrementaba en su interior, arqueando la espalda para ofrecerle la penetración más profunda, extasiada en la sumisión de su cuerpo a

su duro poder varonil. Los dos respiraban entrecortadamente y estaban bañados en sudor cuando se apoderó de ellos la fiebre. Él no tardó en olvidarse de ser gentil, pero a Ginny no le importó… la cabeza le daba vueltas en un delicioso torbellino y una tensión exquisita crecía en su estomago…

Y con un espasmo repentino la tensión se desvaneció y un torrente de oro fundido corrió por sus venas. Con un último grito, sintió que caía y caía, protegida por los brazos de Oliver, hasta que ambos se derrumbaron, exhaustos, enredados en las blancas sábanas de satén.

Capítulo 9

—¿DE VERDAD quieres salir esta noche?

Oliver estaba en el umbral del vestidor de Ginny y la observaba con mirada intensa mientras se enfundaba en el ceñido vestido negro que acababa de sacar de su percha. Cubierto sólo con una toalla alrededor de las estrechas caderas, su amplio pecho aún bronceado de su luna de miel, resultaba una seria distracción.

—Sí —insistió ella—. El embajador es un hombre encantador. Además, aceptamos la invitación, sería incorrecto no aparecer.

—¿Un hombre encantador? —repitió él, acercándose por detrás y rodeándole el cuerpo al tiempo que subía las manos hacia sus pechos—. ¿Quieres decir atractivo?

—Claro… que no —protestó Ginny con esfuerzo—. Es… lo bastante viejo como para ser mi padre. Sólo…

—Adoro tus hermosos pechos —rió él y le besó el cuello—. Tan firmes y plenos… ¿Sabes que siento cómo se endurecen tus pezones a través del vestido? —apretó los tiernos capullos y dibujó su contorno por encima de la delicada tela—. Tu cuerpo nació para hacer el amor… responde con tanta lujuria cada vez que te toco. Excusémonos diciendo que me siento mal… ya noto cómo me sube la temperatura. Creo que voy a tener fiebre.

Ella respiró de forma entrecortada y rió mientras sacudía la cabeza.

—No… Oliver, por favor…

Había cerrado los ojos y apoyado la cabeza en su hombro al rendirse al placer de su caricia. Se había vendido a una esclavitud muy dulce, pero por el bien de su cordura intentaba no entregarse siempre con tanta facilidad.

—Foster vendrá con el coche en unos minutos —le recordó—.

Será mejor que te vistas.

Con una sonrisa, la observó en el espejo mientras se cepillaba el cabello.

—Recógetelo —insistió.

—¿Tú crees? —lo enroscó y se lo puso en lo alto de la cabeza—. No pensaba molestarme.

—Recógetelo —gruñó—. Sólo lo llevarás suelto para mí.

A través del espejo, le lanzó una mirada sorprendida. Empezaba a volverse muy posesivo con ella. ¿Era una buena señal?

—Oh, sí, amo y señor —respondió—. Tus deseos son órdenes para mí.

—Bien —la asió por los hombros, le pegó la espalda a su cuerpo y la aprisionó con las manos, una leve exhibición de fuerza para demostrar que sólo bromeaba a medias—. No lo olvides —durante un momento sus ojos se enfrentaron a través del espejo, ante el desafío de él de que refutara su arrogante aseveración. Pero en cuanto Oliver reconoció el instante en que ella se entregó, la soltó —. De acuerdo, me vestiré —concedió—. ¿Esmoquin?

—Desde luego.

Regresó a su vestidor y la dejó recogiéndose el pelo.

Llevaban casados seis semanas que habían sido más perfectas que lo que ella habría esperado. La luna de miel en una pequeña isla del Caribe fue lodo un lujo para los sentidos.

Y parecía que él no se cansaba de hacerle el amor. Sonrió al recordar las noches mágicas en sus brazos, las mañanas al despertar a su lado, las muchas veces que había regresado del trabajo, deseándola de inmediato, una vez, en la sala de las flores, dos en el suelo del salón, y una, memorable aunque un poco incómoda, en el armario del vestíbulo, donde guardaban los impermeables y las botas para la lluvia.

Tras recogerse el pelo y ponerse los anillos, se calzó las sandalias y se miró una última vez en el espejo. El vestido era uno de sus preferidos para una velada como ésa, seda negra de una sencillez impecable y con un escote que formaba una V profunda entre sus pechos. La tela realzaba su esbelta figura hasta los mismos tobillos.

—¿Lista?

Oliver había aparecido a su espalda y al mirarlo sintió que se te aceleraba el corazón. Aún no se había acostumbrado a lo atractivo

que estaba con esmoquin. Bajo esa elegancia formal, había un cuerpo masculino de músculos duros no muy alejado de sus orígenes primitivos. En unos segundos, podía desprenderse de su fachada urbana y arrastrarla despiadadamente a su caverna…

—¿Qué te hace gracia? —preguntó al ver su sonrisa sensual.

—Oh, nada.

—¿Nada? —rió—. No estarías pensando en lo mismo que yo hace un rato, ¿verdad?

—Desde luego… que no —pero el tono ronco la traicionaba—. Vamos o llegaremos tarde.

El Rolls Royce los esperaba junto a los escalones, con Foster de pie. Oliver se unió a ella en el asiento sin perder el brillo de humor provocativo en los ojos.

—Éste va a ser uno de esos terribles cócteles en los que todo el mundo habla a la vez y el champán es demasiado dulce —anticipó.

—Podemos, irnos temprano si quieres —sugirió con un leve temblor.

—Pensaba que quizá me hiciera falta alguna… diversión mientras estábamos allí —respondió y como al descuido apoyó una mano en el respaldo del asiento; antes de que ella se diera cuenta de lo que iba hacer, deslizó un tirante fino por su hombro y el vestido cayó con lentitud, revelando un pecho aprisionado en la tensa copa del corsé negro—. Me preguntaba qué llevabas debajo —murmuró —. Me gusta.

—¡Para! —protestó, mirando nerviosa en dirección a Foster al tiempo que se subía a toda velocidad el tirante y se apartaba un poco de él. No estaría pensando en hacer el amor en el coche, ¿verdad?

Él rió y se adelantó para cerrar la cortina que los separaba del chófer. Luego, con un destello en los ojos que le advertía que no se resistiera, volvió a bajarle el tirante y con un dedo siguió el delicado contorno del encaje hasta penetrar en el suave y sombreado valle entre sus pechos.

—¿Qué pasa? —se burló—. ¿Tienes miedo de que te estropee el maquillaje antes de llegar a la fiesta?

—Yo…

Con esa sonrisa de hechicero, pasó la palma de la mano por su pecho. La tierna cumbre empezó a endurecerse, su silueta

claramente visible como un tenso capullo rosado perfilado contra el delicado encaje negro.

Durante unos instantes Ginny cerró los ojos. Sabía que era inútil intentar resistirse, con ello sólo lo impulsaría a afirmar su dominio. Lo único que le quedaba era intentar fingir que lo que hacía no surtía efecto en ella, aunque se puso a respirar entrecortadamente cuando con sus dedos jugó con el pezón.

El tráfico era ligero y el coche avanzaba suavemente por las calles. Con ojos entrecerrados, Ginny vio a los transeúntes en los cruces y tuvo que recordarse que ellos no la podían ver a través de los cristales ahumados… no podían ver que su marido había aflojado el ceñido corsé para revelar la curva plena de su pecho coronado de rosa y que con un dedo la acariciaba tentador amen le hasta que consiguió obligarla a responder con un traicionero jadeo de desvalido placer.

—¿Sabes?, tu cuerpo es una fuente interminable de placer —susurró—. En especial cuando tratas de reprimir su deseo de rendirse a mí. Nunca lo logras… y es muy agradable observar el momento en que tu control se viene abajo.

En los ojos de Ginny brilló el resentimiento, pero no podía hacer nada. Oliver tiraba con suavidad del capullo, apretándolo con los dedos, y ella se derretía. Probablemente no fuera muy conveniente ceder siempre con tanta facilidad, pero con una simple caricia, una mirada, él sabía como derribar cualquier defensa que pudiera tratar de oponer. El único alivio que le quedaba era que creía que su placer era tan superficial como el suyo, algo físico, sin amor.

Pero era algo tan dulce… Oliver había inclinado la cabeza sobre el pecho y con su ardiente lengua acariciaba el pezón, lo mordisqueaba y lo succionaba con un ritmo hambriento, llevándola hasta el borde de la locura. Si decidía hacer el amor en ese momento, no sabría cómo detenerlo.

—Oliver… —suplicó con desesperación—. Oliver… por favor… ya casi hemos llegado.

Pero él rió y continuó atormentándola hasta que el coche entró en Kensington Palace Gardens y se detuvo ante las altas puertas de hierro de la embajada. Entonces, alzó la cabeza y sonrió mientras Ginny luchaba por arreglarse la ropa.

—Qué elegancia reservada —se burló—. Ocultar un cuerpo que

invita al pecado. Sí, nos marcharemos pronto… a menos que quieras arriesgarte a que te arrastre detrás de una de las palmeras y te haga el amor.

Ella le lanzó una mirada fulminante, pero no hubo tiempo para ninguna otra respuesta. Foster había abierto la puerta y bajó, alisándose la falda. Aún le dolía el pecho y el pezón, de modo que cada vez que respiraba el roce contra el corsé representaba una agonía deliciosa. ¿Cómo iba a entrar en el sofisticado cóctel del embajador con el recuerdo de lo que acababa de hacerle a su piel…?

Él la siguió, apoyó una mano en su brazo y juntos subieron por el breve sendero hasta el imponente porche de entrada, saludando a varios conocidos que habían llegado al mismo tiempo.

—¿Sabes qué te voy a hacer cuando le lleve a casa? —preguntó inclinando la cabeza hacia ella como si hiciera un comentario casual—. Te voy a desnudar y a arrojar a la cama. Luego, te echaré miel por lodo tu delicioso cuerpo, por tus lujuriosos y tiernos pechos, por tus suaves, esbeltos e invitadores muslos. Te lameré el cuerpo centímetro a centímetro —rió y ella experimentó un temblor —. Y, después, te haré el amor con tanta fuerza que no podrás caminar en una semana.

Ginny respiró hondo e intentó contener el ardiente rubor que había subido a sus mejillas. Requirió toda su fuerza de voluntad recuperar la serenidad cuando unos mayordomos, todos ellos listos para transformarse en guardias de seguridad altamente entrenados a la menor señal de alarma, los hicieron pasar con deferencia a un recibidor de mármol y a la suntuosa sala.

Era una reunión deslumbrante, con las mujeres vestidas de seda y diamantes y los hombres con esmoquin, aunque unos pocos lucían uniformes militares o los tradicionales trajes africanos y las túnicas árabes.

Oliver había estado en lo cierto… todo el mundo hablaba a la vez, haciendo caso omiso de la orquesta que tocaba en un estrado en un rincón. Cuando Oliver recogió dos copas de champán de un camarero que pasó a su lado, le resultó demasiado dulce. Iba a ser una velada aburrida, pero en cuanto hubieran circulado un poco y hablado con algunas personas, quizá pudieran escabullirse…

Su mirada se detuvo de pronto en un perfil familiar en el otro

extremo de la sala. Cabello rubio, piel casi transparente: Alina. La lía Margot había mencionado que iba a abandonar la clínica esa semana, aunque Ginny dio por sentado que durante un tiempo se tomaría las cosas con calma, y que quizá se fuera de vacaciones. No imaginaba que una embajada ruidosa fuera una forma ideal de convalecencia.

Habría preferido que su primer encuentro fuera en privado, tal vez en un acontecimiento familiar. No ahí, en un sitio tan público. Pero no tuvo tiempo de preocuparse sobre lo que podría suceder, ya que el embajador en persona se acercaba a ellos.

—¡Ah, querida! —la saludó, dándole un abrazo y plantándole un beso en cada mejilla—. ¡Qué maravilloso verte! ¡Y Oliver, mi buen amigo! —le estrechó la mano con cálida efusividad—. Tengo entendido que os habéis casado. ¡Noticias maravillosas, maravillosas! Debes atesorarla, amigo mío —aconsejó—. ¡Vale su peso en rubíes! Muchas damas de sociedad se dedican a buenas obras sólo para poder contárselo a sus amigos, pero mi dulce Ginny… —se llevó su mano a los labios en un gesto extravagante y besó sus dedos—. Entrega todo su corazón.

Oliver le sonrió y, para su sorpresa, ella vio que no había ni rastro de la expresión burlona que había esperado.

—Lo sé —respondió con un deje de orgullo.

El embajador emitió una risa complacida.

—Ah, pero cómo no vas a saberlo —coincidió—. Pocas cosas suceden sin el conocimiento de Oliver Marsden… ¿no es así?

—En general —concedió él con voz un poco tensa—. Si nos disculpas… aún tengo que bailar con mi esposa.

—Desde luego, desde luego —atronó el embajador, haciendo un gesto con la mano para que se fueran—. Disfrutad, por favor.

—¿Qué querías decir con eso? —preguntó Ginny ya en la pista de baile.

—¿Qué quería decir con qué? —él enarcó una ceja.

—Ya sabes. Con eso de «Lo sé» —insistió Ginny—. ¿Qué sabes?

—Si te refieres a todo el trabajo que haces en obras de caridad, claro que lo sé. ¿Es que creías que lo desconocía? Llevo años recibiendo informes regulares sobre tus actividades.

—¿Qué? —parpadeó, sobresaltada.

—Por supuesto. En su mayor parte de Margot. Aunque también

de otras fuentes.

—Oh, ¿de verdad? —no debió sorprenderle, aunque la irritaba un poco que no se lo hubiera contado—. ¿Y de qué más hablaban los informes?

—Oh… de tu vida amorosa —la observó con humor—. Margot estaba lista para advertirme si alguna de tus aventuras daba la impresión de convertirse en algo más serio.

—¿Oh? —sus ojos fueron como dos hogueras verdes—. ¿Y qué habrías hecho en ese caso?

—Ponerle freno, desde luego —respondió con fría arrogancia—. Ya le dije que no estaba dispuesto a dejar que te casaras con otro.

—Quizá no hubieras podido detenerme —contraatacó—. Podría haberme enamorado de uno de ellos.

—Oh, poco peligro había de ello. Sabía que no le involucrarías mucho con nadie… a pesar de todas esas absurdas historias acerca de tus aventuras sexuales.

—¿Qué? —lo miró con ojos centelleantes—. ¿Sabías que eran mentira? ¿Lo sabías?

—Digamos que era consciente de que la mayoría de las fuentes eran de poca confianza —rió y la atrajo más a sus brazos.

—Tú… —le golpeó el pecho con el puño—. ¡Dejaste que pensara que lo creías! —protestó, fingiendo irritación para ocultar la loca oleada de felicidad que sacudió su corazón.

—Bueno, no estaba seguro en un cien por cien —admitió con una sonrisa—. No hasta la primera vez que te hice el amor. Podrías haber estado fingiendo muchas cosas, pero no había modo de que pudieras fingir esa expresión de inocente sorpresa ante lo que vivías. Creo que fue el momento más feliz de mi vida.

—¿De verdad? —susurró.

—Sí.

Ginny cerró los ojos, apoyó la mejilla en su pecho y dejó que la música la llevara. Quizá fuera una tonta por empezar a albergar esperanzas, pero no pudo evitarlo… ¿Se trataba sólo de la posesión sexual de un varón depredador o había algo más…?

Una voz inesperada interrumpió sus sueños aterciopelados.

—Vaya, Oliver… Ginny. Qué agradable veros.

La sonrisa de Alina era nerviosa y sus ojos brillaban en exceso. Había perdido peso y se la veía demasiado delgada, sus rasgos muy

marcados y la piel pálida y tensa, con unas finas arrugas alrededor de la boca. Por primera vez, Ginny reconoció la vulnerabilidad que siempre debió estar oculta tras su aura de seguridad. Si lo hubiera sabido… tal vez le habría resultado difícil perdonar, pero quizá lo hubiera entendido. Observó mientras intercambiaba un beso con Oliver, pero aunque sintió cierta cautela, los celos que en el pasado la habían atravesado como un cuchillo habían desaparecido. Oliver jamás amó a Alina. De lo contrario, se habría casado con ella. Ahora estaba segura de ello… Y supo que su hermanastra ya no tenía poder para herirla.

Pero aún reinaba cierta tensión cuando se dieron unos besos fugaces, y las manos impecablemente cuidadas de Alina le parecieron garras en las suyas. Al retroceder vio la sombra de aquella sonrisa indulgente en los finos labios.

—Querida, qué vestido tan bonito —musitó—. Eres tan valiente al ponerte una tela tan ceñida… puede ser tan traidora.

Lo que podía ser una sugerencia de que la hacía gorda, pensó Ginny. Pero ignoró el comentario. Aunque era verdad que había ganado un poco de peso durante la luna de miel, no le molestó… jamás había tenido que preocuparse demasiado por su cintura.

Intercambiaron unos minutos de conversación superficial y luego Alina miró más allá de ellos y esbozó una sonrisa vaga.

—Si me disculpáis —ronroneó—. Hay alguien allí con quien tengo que hablar.

Al marcharse, Ginny soltó un suspiro de alivio. Era un poco extraño que no hubiera mencionado la boda, aunque quizá fuera lo mejor. Miró a Oliver, pero no leyó nada en su cara.

Ya no dispuso de más tiempo para reflexionar sobre el tema; ambos tenían muchos amigos y conocidos en la recepción, y no tardaron en verse solicitados para discutir las últimas noticias de Wall Street o la nueva tienda que había abierto en Beauchamp Place. Parecía que su plan para marcharse pronto se vería frustrado.

Al rato, los separaron; Ginny estaba bailando y, cuando miró hacia el salón, vio que Oliver había sido secuestrado por un grupo de hombres de negocios de Taiwan. Le lanzó una sonrisa fugaz de simpatía y se dirigió a uno de los rincones tranquilos junto a una columna, alcanzando una copa de champán en el camino.

—Ah… Ginny —una voz suave e insidiosa le habló junto al

hombro—. Veo que al fin te has cansado de bailar.

Giró y quedó cara a cara con Alina. Ésta esbozaba una sonrisa fría.

—Sí… —a pesar de todo, necesitó recordarse que ya no era una adolescente ingenua y desgarbada ni Alina la autoproclamada rival por el afecto de Oliver—. Hay demasiada gente.

—Verdad que sí-miró los dos anillos en la mano izquierda de Ginny—. Qué bonito anillo de bodas —comentó con indiferencia—. Yo prefiero el sencillo de toda la vida, esos tallados pueden parecer tan cursis —Ginny esbozó una leve sonrisa que podría haberse tomado por una aceptación educada, ya que no quería entablar conversación con Alina—. Debo reconocer —continuó la otra— que al principio me sorprendió un poco enterarme de vuestra boda. Pero cuando reflexioné me di cuenta de que quizá no fuera tan sorprendente.

—¿Oh…? —emitió en cauta respuesta.

—Bueno, después de lo que le hizo a tu padre, pensé que lo último sería casarte con él. Pero siempre has estado enamorada de Oliver, ¿verdad?

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver con mi padre? —demandó con el ceño fruncido.

—¿No lo sabías? —esos ojos azules brillaron como el hielo—. Claro, yo conozco a Oliver desde hace mucho… sé lo despiadado que puede llegar a ser cuando alguien lo traiciona. Pero no pensé que fuera a vengarse de tu padre de esa manera… cerciorándose de que perdía todo su dinero.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, recordándose que debía mostrarse muy suspicaz con cualquier cosa que dijera Alina.

—¿Conoces a un hombre llamado Guy Prentiss? —preguntó con dulce sonrisa.

—Sí —Ginny volvió a fruncir el ceño—. Era el agente que introdujo a papá en la empresa de seguros que quebró.

—Era amigo de Oliver, se conocieron en los Estados Unidos. Creo que lo recomendó a varias personas, incluyendo tu padre. Más adelante les advirtió a los demás que salieran de la empresa en cuanto se cerrara el año fiscal. Pero a tu padre no le dijo nada. Éste quedó atrapado en un año abierto con enormes pérdidas potenciales… creo que pasarán unos diez años hasta que los

aseguradores puedan establecer las responsabilidades.

Ginny no pudo ocultar su estupefacción, no sólo por las acusaciones de Alina, sino por el conocimiento detallado que mostraba.

—Al principio pensé que sólo planeaba herirte haciéndole daño a tu padre —prosiguió—. Pero ahora veo que en mente tenía un juego más sutil. Debiste encontrarte en una posición terriblemente difícil a su muerte, sin dinero… seguro que a Oliver no le resultó difícil manipularte para que aceptaras casarte con él. Y ahora te tiene justo donde quería. Recuerdo que siendo más joven le encantaba arrancarle las patas a las arañas. ¿Sabes?, puede ser muy cruel.

Ginny respiró hondo en un intento por aferrarse a su cordura.

—No… te creo. Ya me has mentido antes.

—No te mentí —Alina rió con tristeza y sacudió la cabeza—, en ese momento creía lo que le dije. Pero con el tiempo comprendí que él nunca me había amado… de verdad considero que es incapaz de amar. En realidad no es culpa suya. Adoraba a su madre, y cuando ella murió… tenía una edad tan impresionable…Debió parecerle que lo abandonaba, y ése es el motivo por el que desde entonces no ha podido relacionarse con ninguna otra mujer. Oh, sé que es un amante maravilloso —esbozó una sonrisa—. Pero un hombre no necesita experimentar ninguna emoción para hacer que una mujer goce con el sexo. En cuanto a lo que le hizo a tu padre, desde luego no tienes por qué creerme —añadió con suprema confianza—. Pregúntaselo a Peter.

—¿Peter? —Ginny abrió mucho los ojos—. ¿Qué sabe al respecto?

—Conoce la relación de Oliver y Guy Prentiss. Y si quieres más pruebas, puedes preguntárselo al mismo Guy —metió la mano en el bolso y sacó una tarjeta de presentación—. Éste es su número. Llámalo, queda con él para almorzar. Interrógalo todo lo que quieras. No tiene ningún motivo para mentirte… su reputación ya ha quedado totalmente destruida.

Ginny aceptó la tarjeta y la miró con ojos inexpresivos mientras Alina se marchaba con discreción. No quería creerla, pero… parecía saber tanto sobre e¡ asunto. Y Oliver le había mentido acerca de la manera de enterarse de la bancarrota de su padre; le dijo que se lo

había comentado Howard, pero éste insistió en que jamás hablaron de asuntos financieros.

Oh, no albergaba ninguna duda de que Alina estaba motivada por los celos, pero, ¿podía permitirse el lujo de ignorar todo el asunto? Tal vez debiera buscar una corroboración por parte de Peter… sabía que al menos él no iba a mentirle. Y estaba Guy Prentiss pensó, mirando con cierto desagrado la tarjeta que sostenía en la mano. Su instinto fue tirarla, sin embargo lo guardó en el bolso. Primero hablaría con Peter… probablemente su primo descartaría todo el asunto como una sarta de tonterías, aunque había podido hacer un mejor trabajo que los incompetentes que pusieron. Algunas de las cifras que aportaron eran absolutamente ridículas.

—¿Cómo llegaste a conocer a mi marido? —preguntó con rigidez, cansada de su discurso.

—¿Oliver? Oh, lo conozco desde hace años, más de los que me gustaría recordar —rió, invitándola a expresar asombro—. Yo estuve trabajando en los Estados Unidos en Tyler Warren, ya sabes, la gran empresa aseguradora —soltó el nombre como si fuera la realera—. Logramos hacernos algunos favores, ya sabes. ese tipo de cosas. Yo le presenté a algunas personas, atraje algunas inversiones, y él hizo lo mismo por mí. —¿Ya… mi padre?

—Oh, sí. Fue un par de años después de que volviera de los Estados Unidos… Oh, disculpa —era la tercera vez en veinte minutos que los interrumpía el teléfono móvil que había sobre la mesa.

Ginny sospechó que le pagaba a alguien para que lo llamara y así darse aires de importancia. ¿Cómo su cauto y conservador padre pudo dejarse aconsejar por un tipo así?, pensó. Sólo porque Oliver, cuyos conocimientos empresariales siempre había respetado, se lo había presentado, fue su amarga conclusión.

—¿Por dónde íbamos? —volvió a dejar el teléfono—. Ah, sí… Oliver. Como iba diciendo, fue una coincidencia afortunada el que volviéramos a encontramos. Hacía un par de años que había vuelto de los Estados Unidos, y realizaba algunos negocios con una empresa de inversiones de Londres. Un día me presentaron a sus accionistas, ¡y entre ellos figuraba Oliver!

El móvil volvió a sonar, y Ginny tuvo que suprimir el deseo de

meterlo en su vaso de agua mineral.

—¿Así que Oliver te presentó a mi padre? —insistió cuando colgó.

Asintió y comió otro bocado de langostino.

—Le dije que buscaba incorporar a más inversores a la empresa, y se ofreció a prepararme algunos encuentros… por la tarifa estándar de presentación, desde luego. La reunión con tu padre… Creo que los tres almorzamos… en el Davenporl. si no recuerdo mal. Mira, siempre me cercioraba de que mis inversores comprendieran los riesgos inherentes —añadió a la defensiva—. Pero en este mundo no se gana dinero a menos que estés dispuesto a correr algunos riesgos.

—No me cabe duda —sintió como si la mandíbula se le pudiera romper debido a la tensión en su interior, pero ya tenía lodo lo que necesitaba conocer—. Bueno, gracias. ¿Me disculpas si no me quedo a tomar café? —con una mirada discreta, llamó al camarero y pagó el almuerzo con la tarjeta de crédito de Oliver; había una cierta ironía placentera en ello, reflexionó mientras

Él se incorporó cuando ella se levantó.

—Qué pena que debas marcharte —protestó volviendo a exhibir esa sonrisa infantil—. Comprendo que puedas tener algunas reservas sobre mí, pero estoy seguro de que, si me permites invitarte a cenar, no tardaremos en aclarar las diferencias que puedan existir. ¿Qué dices?

Ella le devolvió una sonrisa absolutamente almibarada.

—Preferiría cenar con una colonia de babosas gigantes —contestó y, pasándose el bolso al hombro, salió al sol del mediodía y respiró aire fresco.

Oliver llevaba fuera poco más de una semana; en ese tiempo los nervios de Ginny llegaron a ponerse a flor de piel. Durmió poco y comió menos y no dejó de darle vueltas a lo que había averiguado. Una parte de su cerebro seguía sin querer creer, pero las pruebas parecían condenatorias. Podría haber descartado a Alina y Guy Prentiss pero la reacia confirmación de Peter de que Oliver había presentado a varías personas a ese hombre desagradable no era algo que pudiera ignorar.

Oliver había llamado cada noche, y hablar con él como si no sucediera nada representó una tensión adicional. No quiso tratar el asunto por teléfono… deseaba verle el rostro, los ojos, cuando lo acusara.

Llovía ligeramente cuando vio las luces de su coche. El corazón empezó a latirle con fuerza. Pareció transcurrir una eternidad hasta que apagó el motor y salió del coche. Al entrar lo esperaba en el vestíbulo. La saludó con una sonrisa, que se desvaneció al ver la furia en sus ojos.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Guy Prentiss —soltó con los dientes apretados—. Nunca me dijiste que lo conocieras.

Él suspiró y dejó el maletín en la mesa del vestíbulo con las llaves del coche encima.

—Sí vamos a discutir sobre él, ¿te importa que primero me siente y tome una taza de café? He volado cinco mil kilómetros y estoy un poco cansado.

—¿Así que lo conocías? —sus nervios amenazaban con hacerse añicos— ¿Y le presentaste gente… por dinero? Gente que confiaba en t¡… ¿le presentaste a ese estafador?

—Le presenté a algunas personas —concedió, con voz muy sosegada en contraste con la creciente histeria de ella—. Después de analizar con sumo cuidado el funcionamiento de su agencia. Quedé plenamente satisfecho de que era una propuesta segura. Le dio a la gente cuyo dinero estaba concentrado en una propiedad o en un negocio la oportunidad de generar un ingreso modesto. Fue después cuando empecé a preocuparme, ya que se dejó seducir por la posibilidad de ganar dinero más deprisa, y asumió riesgos muy elevados de reaseguración.

—¿Y les aconsejaste a los involucrados que se retiraran? —demandó con voz tensa y manos temblorosas.

—Sí, lo hice —frunció el ceño—. ¿De qué va todo esto? Además, ¿quién te habló de Guy Prentiss?

—Lo he conocido —informó—. Me contó cómo le presentaste a mi padre. Pero no le advertiste que se retirara cuando se lo aconsejaste a los demás. Deliberadamente dejaste que se arruinara. ¡Bastardo! —se había prometido que se contendría, pero todo estalló bajo la presión de la última semana—. Pasó los últimos años

de su vida en constante preocupación… ¡y es probable que eso lo matara!

—Ginny, yo… —dio un paso hacia ella y alargó la mano.

—¡No me toques! —se apartó con violencia—. ¡No vuelvas a tocarme jamás! ¡Te odio! ¡Te odiaré mientras viva!

Casi cegada por las lágrimas, huyó de la casa y bajó las escaleras a toda carrera, ajena a su grito.

—¡Ginny…! ¡Vuelve!

No tenía ni idea de a dónde iba… Corrió, jadeante. Él la siguió y le aferró el brazo, pero consiguió liberarse. Estuvo a punto de llegar a la cancela; sin embargo, él se le había adelantado y le bloqueó el paso. Desesperada, lo esquivó y salió como un rayo a la carretera.

Los faros eran intensos, la deslumbraron y llenaron todo su campo de visión. Oyó el chirrido de los frenos y el grito horrorizado de Oliver.

—¡Ginny…!

—¿Ginny…?

Suspiró, deseando que la dejara sola… tenía un terrible dolor de cabeza. No le extrañaba con todas esas luces, rojas y azules, y el ruido y movimiento. Pero desde hacía un rato reinaba la tranquilidad: la luz era de un blanco apagado y los sonidos suaves. Y los olores… parecidos a los de un hospital, a pino y… rosa. Giró la cabeza para tratar de ver las rosas.

—¿Ginny? —de nuevo la voz de Oliver, tensa, ansiosa—. Ginny, por favor, vuelve. Por favor, Ginny, te quiero.

Como si fuera lo bastante estúpida para caer en esa mentira. Ya le sucedió… años atrás. Pero nunca más. No con lo que sabía.

—Ginny, cariño, por favor… Abre los ojos.

—¡No me toques! —quiso gritar, pero, de algún modo, le salió como un graznido.

Parpadeo, confundida y desorientada por la luz. Oliver estaba cerca de ella, sonriendo, los ojos cálidos… no parecía haber oído lo que le había dicho. Y por una extraña razón, se sintió débil, dolorida, mareada… y necesitaba que la cuidara más que nada en el mundo. Intentó alargar la mano hacia él… pero era tan pesada. Sin embargo, Oliver la asió y ella consiguió esbozar una especie de

sonrisa.

—¿Oliver…? —no era capaz de alzar la voz por encima de un susurro.

—Sí, cariño. Bienvenida —le apretaba la mano y Ginny se sintió desconcertada por lo que parecía una lágrima—. Intenta dormir.

Trató de decirle que había dormido el último par de horas, pero le resultó demasiado esfuerzo hablar, así que volvió a cerrar los ojos, sin soltarle la mano, feliz. Oliver estaba ahí, y todo saldría bien.

Cuando despertó, la fragancia a rosas seguía presente. La inhaló, explorando el interior de su cabeza, pero el dolor agudo que había sentido se había reducido a una molestia apagada. Suspiró con alivio y se puso en una postura más cómoda antes de arriesgarse a abrir los ojos.

—Buenos días —Oliver estaba sentado en la cama; le sostenía la mano y le sonreía.

Insegura, ella le devolvió la sonrisa. Albergaba el vago recuerdo de algo terriblemente malo, pero en ese momento no quería molestarse en pensar en ello.

—Tienes un aspecto horrible —murmuró. De hecho, parecía no haber dormido en un mes, y le hacía falla un buen afeitado—. ¿Llevas aquí toda la noche?

—No me he movido ni un segundo durante la última semana —respondió—. Has estado en coma.

—¿Sí? —frunció el ceño, desconcertada. Volvió a cerrar los ojos, y rememoró con todo su fulgor los focos que avanzaron directamente hacia ella, y detrás la oscura silueta de un coche—. Había un coche…

—No pudo hacer nada —apretó su mano—. No quiero volver a pasar por un momento semejante.

—Me duele la cabeza.

—No me sorprende. Se te formó un coagulo de sangre en el cerebro… tuvieron que operarte —le acarició la cabeza con gentileza—. Te cortaron el pelo.

Ginny abrió los ojos horrorizada y alzó la mano para sentir algo suave donde tendría que haber estado su cabello.

—¡Mi pelo! —contuvo el aliento y se recordó que podría haber sido mucho peor—. Debo de estar horrible —musitó.

—Para mí estas hermosa —afirmó, y ella supo que hablaba en serio.

Con un suspiro de felicidad, volvió a cerrar los ojos y se sumergió en el sueño.

Al despertar por tercera vez Oliver seguía allí, en una silla junto a la cama, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y la boca entreabierta mientras respiraba lentamente, dormido. Parecía extenuado. ¿De verdad no se había movido de allí en todo ese tiempo, preocupado por ella?

Había dicho que la amaba… eso no lo había soñado. Y algo en lo más hondo de su ser hacía que supiera que no mentía. Incluso había comentado que estaba hermosa sin pelo… ¡el pobre debía de estar atontado! Alzó la mano para tocarse la cabeza.

En cuanto se movió, Oliver despertó con mirada ansiosa, luego sonrió al ver que había abierto los ojos. Ella le sonrió casi con timidez. La amaba, después de lodos esos años no resultaba muy fácil asimilarlo.

—Hola —se adelantó y le aferró la mano—. ¿Cómo te sientes?

—Oh… —realizó un rápido inventario de sus dolores—. Bueno, mejor, creo.

—Bien. ¿Quieres un poco de zumo de naranja?

—Gracias.

Le pasó un vaso; y aunque ella lo intentó, no parecía tener fuerzas para sostenerlo.

—No bebas de golpe —aconsejó—. No has comido en una semana.

Y tampoco la semana anterior a ésa, reflexionó, y fragmentos de memoria se asomaron a su mente. La última vez que se había sentado a comer, aunque apenas probó bocado, fue… cuando almorzó con Guy Prentiss.

—Guy Prentiss… —los recuerdos regresaron en oleada y se arremolinaron en su dolorida cabeza. Tantas contradicciones… demasiadas para analizar.

—Ginny, yo no presenté a tu padre a Guy Prentiss —informó Oliver con suave insistencia—. Te mintió. No sabía que tu padre era uno de los inversores de su agencia… no lo supe hasta la

investigación. Ni siquiera fue Prentiss quien lo reclutó… sino su socio, Charles Fleming, y eso muchos años antes de que Guy entrara en la empresa. Las pruebas están en las transcripciones de las vistas.

—Pero… ¿por qué me dijo eso? —preguntó—. No tenía nada que ganar… ya lo ha perdido lodo. Y tú me mentiste —añadió—. Me dijiste que descubriste la situación de mi padre de labios de Howard, pero él me aseguró que jamás hablaban de asuntos financieros.

—Lo sé. En ese momento, no pensé que creyeras mi explicación. Verás, fui yo quien hizo sonar la alarma sobre Prentiss, derribando el palacio de naipes que había levantado. Y en el proceso, inevitablemente, provoqué que muchas personas inocentes perdieran mucho dinero. No pude advertírselo a todos, pero me sentía responsable por aquellos a los que había aconsejado participar. Si hubiera sabido que tu padre estaba metido en… —suspiró y los ojos se le ensombrecieron—. Fue una decisión difícil de tomar. Es como ir pasándote una bomba activada. Si el año de la cuenta queda cerrado, entonces cualquiera de la empresa que se marche se halla a salvo, libre de responsabilidades. Pero si se subestimaron los riesgos a largo plazo, pasan a aquel que se haya incorporado para el año siguiente.

—¿Y la bomba le puede estallar en la cara?

—Si al final del siguiente año la empresa aseguradora no puede alcanzar unos cálculos de reaseguración, el año queda abierto, y las responsabilidades no se cancelan. Eso es lo que sucedió, lo que llevó a la investigación. Prentiss tuvo mucha suerte de salir librado sin enfrentarse a una demanda criminal, pero nunca me lo perdonó. Por eso te mintió… vio en ti la oportunidad de labrar su venganza.

—Venganza… Alina dijo que te casaste conmigo por eso. Por venganza.

—¿Alina? —una nota de cautela se reflejó en su voz—. ¿Qué tiene que ver Alina con el asunto?

Lo miró y lamentó haber mencionado el nombre de su hermanastra.

—Oh… nada —repuso con evasión.

—Ginny, ¿qué tiene que ver Alina en esto?

Sacudió la cabeza, demasiado débil como para resistirse a su insistencia.

—Ella… me dijo que presentaste a Guy Prentiss a mi padre… me dio su tarjeta. No habría creído a ninguno de los dos, pero hablé con Peter, y él me comentó que le habías presentado a algunas personas.

—La pequeña… —gimió dolido—. Debí imaginar que trataría de causar problemas, debí advertírtelo. Fueron sus celos los que plantaron las semillas de tanto daño la primera vez.

—¿Co… conocías eso? —lo miró sorprendida.

—Desde el instante en que supo que irías a Nueva York decidió entrometerse. Pensé que aquella primera noche en que apareció en mi piso mientras yo iba a buscarte al aeropuerto le había dejado bien claro que no debía herirte. Estaba convencido de que había entendido el mensaje… pero entonces recibí la llamada telefónica la noche que debíamos ir al Richmond.

—Lo recuerdo —murmuró, rozándole la mano.

—Me dijo que iba a tomarse una sobredosis —prosiguió con tono sombrío—. Pasé toda aquella maldita noche intentando encontrarla, hasta que al fin di con ella en un bar de Queens. Borracha, o drogada… no lo sé. Conseguí convencerla de ingresar en una clínica, y luego fui a casa. A tu lado. Después del infierno por el que había pasado, tú eras como un regalo caído del cielo, toda luz y vida.

—¡Haces que parezca una vela! —no pudo evitar reír ante esa descripción.

—Estaba locamente enamorado de ti. Sabía que no debía precipitarme para pedirte que te casaras conmigo esa noche. Eras tan joven… Pero fui paciente mucho tiempo, y te deseaba tanto…

—¿Sí?

—¿Recuerdas la vez que fui a recogerte al colegio? Tendrías unos diecisiete años, eras sólo piernas y presunción, sin parar de agitar el pelo y volviéndome loco. Jamás fui detrás de las crías, pero aquella tarde me costó contenerme, Margot lo adivinó… es una dama muy astuta.

—¿Margot lo sabía? Pero… ¿ella no quería que te casaras con Alina?

—No, en absoluto. Sabía que sería una unión desastrosa. Alina nunca ha sido… podríamos decir que estable, ni siquiera de adolescente. El problema viene de su padre. Era un maníaco

depresivo, y aunque ella no padece lo mismo, fueron los efectos de la enfermedad de él los que causaron los problemas. Un instante era su princesita y al siguiente ni siquiera le hablaba. Y más adelante, se suicidó, cuando ella apenas tenía diez años.

—No… lo sabía. Por cosas que dijo la tía Margot deduje que había estado en una clínica, pero no sabía nada de eso.

—¿Tu padre nunca le lo contó?

—No. Pero yo era una niña cuando la tía Margot se casó con el tío Howard. Y luego… Bueno, ya sería historia pasada por ese entonces. Además, él siempre fue muy discreto —le lanzó una sonrisa maliciosa—. En realidad, Alina me dijo que tú estabas perturbado psicológicamente por haber perdido a tu madre. Me contó que lo sentiste como un abandono, y que desde entonces nunca habías podido relacionarte con una mujer.

—Típica jerga analítica de Alina —soltó una risa áspera—. Claro que me causó mucho dolor, pero mi padre manejó muy bien la situación. Y también Margot. Ella jamás intentó ocupar el lugar de mi madre, siempre ha sido más una amiga. De hecho, hablé con ella después de nuestro desastroso compromiso. Me dijo que posiblemente se debía a que eras muy joven… y quizá porque tu padre y el mío te habían presionado demasiado con su pequeña conspiración.

—Oh, no… ¡no fue por eso! —lo miró un poco insegura. En realidad no quería decirle la verdad, hacía que ella pareciera estúpida y Alina perversa. Pero lo mejor era aclararlo todo—. Fue Alina —confesó—. Me dijo que la amabas, y que os habríais casado si hubiera podido tener hijos… pero como no podía, lo hacías conmigo para que te diera un heredero.

—¡Qué sarta de… tonterías! —la miró asombrado—. ¿Y tú la creíste?

—Bueno… no del todo, al menos de inmediato. Pero… tú habías pasado mucho tiempo con ella y… cuando bajé y os encontré en la terraza, abrazados, diciéndole que el hecho de que nos fuéramos a casar no cambiaría nada…

—Por eso insistió en que saliéramos a la terraza y se puso llorosa, diciendo que ya no sería su hermano —se le iluminaron los ojos—. Me temo que fue muy buena manipulando mi sentimiento de culpabilidad… al principio me había sentido muy atraído hacia

ella, pero no fue más que un enamoramiento juvenil, y no tardé en alejarme en cuanto comprendí lo absorbente y exigente que podía ser. Pero cuando le dije que todo había acabado, se tomó una sobredosis, la primera de muchas, y me pareció que era culpa mía.

—Oh, no —le apretó la mano—. Imposible. Eras joven.

—Lo sé, es lo que me dijo Margot. Y más adelante, cuando Alina se marchó y se casó, pensé que todo saldría bien, que lo había superado. Pero nunca lo hizo. Oh, casi siempre jugaba a ser la hermana, haciendo que me desviviera por ella cada vez que tenía una crisis. Espero que ahora que ha vuelto con su marido las cosas se solucionen.

—¿Ha vuelto con su marido? —repitió, sobresaltada.

—Su primer marido. Siempre se ha preocupado por ella… ha sido más una especie de figura paterna, lo cual probablemente es lo que Alina necesitaba. Vino a Inglaterra y la visitó constantemente mientras estuvo ingresada en la clínica la última vez. Creo que tu accidente, y el que comprendiera que en parte ella era la responsable, le ha hecho recuperar un poco el sentido común. El jueves regresaron a Texas.

—Bien —Ginny suspiró de alivio—. Espero que sea feliz, aunque sólo sea porque de ese modo no causará más problemas.

Oliver asintió y le acarició la mano.

—Eso… nos deja a ti y a mí. Hasta ahora no lo hemos hecho muy bien, ¿verdad?

—No… —entrecerró los ojos, de repente un poco tímida—. Yo… nunca pude creer que estuvieras enamorado de mí —susurró—. No llegaste a decirlo, ni siquiera la primera vez, cuando me pediste que me casara contigo.

—¿No? —jugó con las líneas de su mano—. No, sé que no lo hice. No sé exactamente por qué… imagino que Alina trivializó las palabras, ya que solía pronunciarlas como una especie de mantra sin sentido. Pero debí comprender que tú necesitabas oírlas. Aquella noche, ¿recuerdas, cuando me tiraste el anillo y saliste corriendo de la tenaza? Lamenté haberte hablado de ese modo, pero Alina había hecho que se me agotara la paciencia. Quise ir a buscarte y disculparme, y decirte que te amaba, pero pensé que debía darle unos momentos de tranquilidad. Además, intentaba encontrar ese estúpido anillo, para poder devolvértelo —añadió con una sonrisa

—. Había rodado bajo unas hojas y tardé siglos en dar con él. Acababa de recogerlo e iba a ir a buscarte cuando se produjo aquel escándalo… y ya fue demasiado tarde.

Una sola lágrima descendió por la mejilla de Ginny, por toda la desdicha y los años desperdiciados.

—De todos modos, me habría gustado que lo hubieras hecho. Pero tal vez… yo fuera demasiado joven para ti entonces. No lo sé. Me rompiste el corazón.

—Oh, amor mío… —le acarició la cabeza—. Por nada del mundo quería herirte.

—Pues hiciste un buen trabajo cuando regresaste a Londres —acusó con una sonrisa—. ¡Pensé que me odiabas!

—A veces yo también lo pensé —reconoció riendo—. Habías pasado de ser una joven encantadora a una mujer hermosa… todas esas chispas se habían convertido en fuego. No sabía cómo tratarte, y temía que después de que todo hubiera salido tan mal antes, no pudiera conseguir que me amaras de nuevo. Pero la primera vez que te besé me di cuenta de que había esperanzas para nuestra relación.

—Bueno, sin duda…

Llamaron a la puerta y ésta se abrió para dar paso al médico, enfundado en un traje gris arrugado y de cuyo bolsillo colgaba un estetoscopio.

—¡Ah, señora Marsden! ¿Cómo se encuentra esta tarde? Espero que un poco mejor.

—Sí, salvo por un ligero dolor de cabeza.

—Pasará. Déjeme ver… —sacó un instrumento del bolsillo y se inclinó sobre ella, haciendo brillar un punto de luz primero sobre el ojo derecho y luego el izquierdo—. Bueno, todo parece bien. Ha sido muy afortunada, ¿sabe? No ha sufrido ningún daño, ni se ha roto ningún hueso. No hay motivos para pensar que el bebé haya sufrido algún daño. Ayer captamos sus latidos en la ecografía y son bastante fuertes.

—¿El… bebé? —repitió aturdida.

—Oh, sí. ¿No lo sabía? Está embarazada de unas ocho semanas —sacó una tarjeta del bolsillo—. Aquí está el sonograma. Me temo que ahora no hay mucho que ver. Sólo ese punto negro, ahí —señalo con el dedo—. Bueno, como todo está bien, me marcho…

volveré a verla por la mañana. Adiós.

Cerró la puerta a su espalda, y Ginny se quedó mirando el patrón borroso de manchas negras y blancas de la tarjeta que le había dado, tratando de localizar qué punto negro había señalado. Oliver rió.

—Cuesta distinguirlo, ¿verdad? Está ahí.

—¿Tú lo sabías? —lo miró aún aturdida.

—Me preguntaron si podías estar embarazada, y por supuesto les dije que así lo esperaba —sonrió con expresión encantada—. Te hicieron una ecografía… bueno, te hicieron una el segundo día, pero no ofreció resultados concluyentes, de modo que ayer la repitieron. Es sorprendente… ¡ese pequeño punto negro ya late! ¿De verdad no lo sabías?

—Em… empezaba a sospecharlo, pero…

—¿No estás satisfecha? —preguntó con ansiedad.

—Sí… —su voz sonó un poco insegura—. Sí, por supuesto que lo estoy. Es que… Alina comentó que ése era el motivo por el que te casabas conmigo… para tener un heredero.

Oliver asió su mano con firmeza.

—Ginny, escúchame. No puedes confiar en todo lo que Alina haya dicho… ¿no lo comprendes ya? Y en cuanto al bebé… claro que quiero tener un hijo contigo. No sólo un heredero, sino una familia… niños. Pero no me casé por eso. Lo hice porque te amo. Sincera, honesta, loca e irrevocablemente… para el resto de mi vida, te amo.

Ella lo miró con sonrisa trémula.

—¿Me quieres tanto? —susurró con júbilo en su corazón—. ¿Incluso sin pelo?

—¡Incluso sin pelo! —confirmó, besándole la mano—. Eres la mujer más hermosa del mundo, señora Marsden, y te quiero.

Ella suspiró y cerró los ojos, contenta de dejarse arrastrar de nuevo al sueño.

—Estás loco —musitó—. Pero yo también le amo.